"La sinagoga tiene una escuela, ¿a quién se le ocurre que puedo ir a otra?, así que también camino esas cuadras todos los días. Tres cuadras que se convierten en una distancia perfecta y que se conectan mediante un hilo dorado tirante y seguro, como la soga de un alpinista, al que se reduce toda nuestra vida. 'De la sinagoga a la casa, de la casa a la sinagoga'".

tali goldman

la hija del rabino



tali
goldman

la hija del rabino

Para mi familia

—¿Qué se sabe de Tsírele, la hija del rabino?
—Aléjese de ella como del fuego.

ISAAC BASHEVIS SINGER, *Escoria*

Se nota el cansancio, la pesadez y, sobre todo, se siente el mal aliento. Son las últimas horas de Iom Kipur, el Día del Perdón. Es septiembre, afuera está a punto de llover, pero adentro el aire acondicionado y la luz artificial diluyen cualquier rastro del mundo exterior. Es difícil saber qué hora es. Está prohibido mirar el celular y son pocos los que usan reloj.

Quienes estamos esta noche en la sinagoga, un enorme salón de paredes color beige, alfombra azul y techos altos, un lugar sobrio y aséptico, ayunamos desde hace casi veinticuatro horas. Así está escrito en las fuentes sagradas: "Durante un día afligiréis vuestras almas para expiar las malas conductas. Nada de alimentos, ni bebidas. Un día dedicado a la espiritualidad y a la conexión con Dios". Pero hay que aguantar el olor a zorrino que sale de la boca de Sarita Kopelman cuando se me acerca minutos antes de que comience la ceremonia final.

—Leí un artículo tuyo, querida, sobre una muchacha que perdió a toda la familia por el golpe militar. ¡Qué impactante!

—Gracias, Sarita.

—¿Y cómo iba a ser de otra manera?, con el papá que tenés… ¡El fruto no cae lejos del árbol!

Sarita Kopelman, viuda desde que tengo memoria, pintada con labial rojo chillón, cuatro pelos locos inflados de un rubio gastado, vestida con una remera animal print demasiado llamativa para esta

noche solemne, intenta, como la mayoría, ser obsecuente o simpática conmigo, pero yo lo único que quiero es que esa mujer deje de respirarme en la cara. Entonces me alejo de manera sutil con una sonrisa que ya tengo bien ensayada mientras muevo la cabeza igual que esos perritos de plástico made in China.

La sinagoga está repleta y a los lejos veo a mi mamá y a mi hermana, sentadas en la primera fila, lugar que nos corresponde en el día más sagrado para el pueblo judío. Algunos dicen mil; otros, dos mil. A mi papá le encanta exagerar y en unas horas va a decir que hubo tres mil quinientas personas. No es cierto, lo dice para sentirse importante, porque eso alimenta su ego. Sabe que la suya es una de las pocas sinagogas de la Argentina y de Latinoamérica que convoca a tanta gente. Lo dice para que ese fin de semana se comente en Hebraica, Macabi y Hacoaj, y que se propague como una plaga entre los doscientos mil judíos en la Argentina, y por qué no entre los quince millones de judíos sobre la faz de la tierra, que la ceremonia en Beit Iacov —así se llama nuestra sinagoga de Belgrano R, La casa de Jacob, el patriarca— fue un éxito. Mi papá ya salió esa mañana en varios de los diarios explicando la importancia de este día, lo llamaron de las principales radios y hasta le hicieron clips en los noticieros. Es verdad que no alcanzan las sillas que los muchachos de maestranza pusieron al fondo, casi hasta el parque de juegos infantiles. Y también es verdad que hay gente parada, amuchada como puede. Pero el cálculo no da. Lo de las tres mil quinientas personas no es cierto. Aun así no podemos contradecirlo: eso puede llegar a causar peleas que podrían terminar en gritos y portazos —incluso él podrá llegar a desaparecer por horas sin que nadie sepa dónde esté—. Por eso le diremos que sí, que la cantidad

de gente, este año, es impresionante, nunca vista. Tampoco hay caras nuevas, somos los mismos que desde hace tantos años nos reunimos para recitar abrazados el *shehejeianu*, la plegaria de gratitud al Señor, Todopoderoso, por haber llegado vivos hasta el momento final de Iom Kipur y completar, por fin, la saga que comenzó diez días atrás en Rosh Hashaná, el Año Nuevo.

Escucho: Feierstein se divorció, fue sorpresivo, parecían una pareja divina, dicen que ella se fue con su médico; la hija del medio de los Sachs "se volvió" lesbiana —así dice Fany Socolosky, "se volvió"—, era obvio, de chiquita se notaba; el mayor de los Ackerman, el dientudo, el feo, al final se casó con una *goy* que se convirtió al judaísmo; a Vanesa Teitelbaum se le fue la mano con el bótox, parece Silvia Süller, pero nadie puede decir nada porque las aplicaciones se las hizo Jésica Pomerantz, que ahora se abrió un centro de estética sobre la calle Junín. No pasó ni media hora desde el comienzo de la ceremonia, acabamos de recitar el primer *al jet*, el largo listado de pecados que repetimos en voz alta, cuando se escucha un fuerte ruido. En la fila 20, del lado izquierdo, Claudio Birenbaum se descompensa. Varios de los congregantes médicos —Mauricio Feldman, el urólogo de mi papá; Javier Shajter, pediatra; Silvina Cosin, ginecóloga, la mía, por cierto— corren a asistirlo. Me da risa y pavor al mismo tiempo que, cada vez que voy a hacerme el chequeo anual con Silvina Cosin, ella, mientras mete la mano entre mis piernas, comente lo brillante que estuvo la prédica o recuerde las sabias palabras que mi papá pronunció en el entierro de su suegro. Ahora, con un poquito de azúcar, Claudio Birenbaum revive y, pese a la insistencia de que vaya un rato a la oficina del rabinato y corte con el ayuno, no se mueve de su silla y sigue rezando como si

nada. Porque, si estamos desde hace veinticuatro horas sin comer ni beber, tiene que valer la pena. No se puede suspender por un desmayo.

Débora Kleiman, la hermana de Moti Kleiman, de Kleiman Propiedades, empieza a leer la Torá. Con su tono de voz nasal, recita verso a verso la historia de Ioná, el profeta que desobedeció el mandato de Dios de ir a la ciudad de Nínive a llevar su mensaje y, como consecuencia, fue tragado por una ballena. Débora lee pausado, pronunciando cada fonema en hebreo, que muy pocas personas entienden. Una de ellas es mi mamá. Le pregunto cuánto falta para que termine este suplicio. Ella, con su habitual dolor de cabeza por el ayuno, separa unas veinte hojas del libro de rezos.

—Todo esto —me dice bajito y me muestra, sobreponiéndose a mi hermana, que está sentada en el medio de las dos.

Cierro los ojos. En breve, cuando se rompa el ayuno, la sinagoga se va a convertir en lo más parecido a un cumpleaños infantil: papas fritas, palitos de queso, galletitas, sándwiches de miga. Botín que ahora está guardado en bolsas de tela debajo de los asientos.

En la fila 2, detrás de mí, están los Roitman. Donan muchísimo dinero a Beit Iacov cada vez que hay una colecta para becas o para reformas edilicias, lo mismo que los Jarkowsky, de la fila 3. Ellos y el resto de los que se sientan en las primeras filas son los que llamo la "aristocracia". Aunque su nombre esté vinculado a lo económico, no necesariamente es tan así. Por ejemplo, los Sabune, de la fila 9, no tienen un peso, pero el padre de Ricardo, Abraham Sabune —hay una placa dorada con su nombre en la entrada—, fue uno de los fundadores de la sinagoga, entonces tienen ese *kavod*, ese honor, y por eso se sientan adelante. O los Silberstein, que ocupan la fila 4

porque Marta fue la única mujer en ejercer el cargo de presidenta de la comisión directiva. Beit Iacov es una asociación civil sin fines de lucro con socios que pagan una cuota mensual. Una comisión directiva decide sus destinos —incluido contratar al rabino— y se renueva cada cuatro años. Marta Silberstein consiguió desbancar al viejo Kohn, entronizado en su cargo, y por eso, a pesar de ser una señora bastante mediocre, la respeto, la respeto muchísimo, porque tuvo que aguantarse a cada uno que se creía dueño de la comunidad...

Miro hacia atrás y veo a Berta Grimberg: la nueva incorporación de la "aristocracia". Solía estar al fondo, pero ahora se ubica en la fila 15 vestida con un trajecito lila, maquillada, con un brushing auténtico y recién hecho, mirando con desprecio a su exsector, como diciendo "miren dónde estoy". Berta Grimberg estuvo toda la vida en la "extensión", el sector al que podríamos asociar a una suerte de clase media. Son los que no ponen un peso para mantener a la comunidad y se quejan: la alfombra azul está vieja y ya parece gris, las sillas son incómodas, el arreglo floral del púlpito parece de plástico, el aire acondicionado no anda o, diez minutos después, hace demasiado frío.

Mientras tanto, los hermanos Hugo y Simón Goransky —uno más alto, el otro más gordo, ambos pelados— van de un lado a otro llevando varias hojas impresas con una tabla de tres columnas. Tienen anotado qué congregante debe subir a la tarima en cada momento específico de la ceremonia. Durante los Iamim Noraim, que significa "días terribles" y que incluye a las dos festividades —Rosh Hashaná y Iom Kipur—, los feligreses abren y cierran las cortinas blancas del enorme armario de madera de un roble claro

donde reposan los rollos sagrados de la Torá. Es lindo ver a los hermanos Goransky desesperados cuando la persona que tiene que abrir la cortina no aparece o está en otro asiento que no es el suyo, entonces cuchichean pensando un plan de contingencia, como si fuera de vida o muerte.

Detrás del salón principal de la sinagoga y de la extensión hay un patio al que llamamos *sucá* y que hace referencia a las cabañas que construyeron los judíos durante el éxodo de cuarenta años por el desierto. Allí se ubica lo que denomino la "plebe": no son los pobres, sino los que vienen solamente para ese último día y que ni siquiera se molestaron en asistir durante los rezos que le corresponden a un buen judío en los Iamim Noraim. Es más, para muchos es una decisión impulsiva, como si dijeran: "Me mando a la sinagoga y, si hay lugar, me quedo". Y claro que sí, claro que hay lugar para todos, porque qué es una sinagoga sino la casa de Dios.

Que estas dos festividades se llamen "días terribles" no puede ser más que acertado. En Rosh Hashaná los judíos del mundo celebramos el mito de la creación bíblica, el día en que Dios, con sus propias manos, moldeó al precioso Adán y el universo entero cobró vida. Pero en el judaísmo a lo bueno suele acompañarlo algo malo —de acá el gen de la neurosis judía—: Adán viene con su Eva pecadora; la liberación de Egipto, con las diez plagas, y así, a la alegría del génesis del universo, se le impone este Día del Perdón, para recordarnos que somos simples humanos y que es el Todopoderoso, como un juez, el que decide quién será digno de ser inscripto en el "libro de la vida", en el que, según la tradición, se anota el destino de cada alma para el año entrante. Pero, por fuera de cualquier metáfora, durante estas jornadas los judíos del mundo

concurrimos a la sinagoga una cantidad desmesurada de veces. Rezamos de mañana, de tarde y de noche, entregándonos por completo a Su bondad y compasión. Le agradecemos, le pedimos, nos arrepentimos por los pecados cometidos, nos flagelamos y le imploramos: "Todos nuestros errores, Dios, absuélvelos, bórralos, perdónalos".

Cada año amago con no venir. Una semana antes de Rosh Hashaná, empiezo a figurarme una idea, una performance que yo misma protagonizo. Una escena en la que me detengo a pensar durante horas mientras me ducho o antes de ir a dormir. Imagino que entro a la sinagoga al grito de "Viva Perón" como si fuera el Che Guevara bajando de Sierra Maestra, porque los judíos odian a Perón y están empacados con que era un nazi, aunque haya sido el primer presidente que reconoció al Estado de Israel, aunque haya una foto preciosa entre Eva Perón y Golda Meir, que tengo como una estampita reposando en un estante de mi biblioteca. Pero no hay caso. No alcanza. Para los judíos nada es suficiente. Sé que mi despliegue artístico no es más que una actitud adolescente que condensa una especie de bronca o hartazgo que acumulo. Es fluctuante. A veces es contra el pueblo judío entero, como si eso realmente existiera como un todo. Otras, el enojo está focalizado en los judíos de la Argentina, o en la dirigencia local, aunque no sé ni quiénes son, ni sus nombres, ni podría identificarlos si los veo por la calle. Otras, solo despotrico contra los de Beit Iacov porque estoy ahogada en una pileta sin poder sacar la cabeza, encerrada en un gueto del que quiero escapar, harta de que circulemos entre los mismos de siempre.

Cada vez que pienso en este numerito, imagino la cara de indignación que pondría Raúl Stoierman, que anduvo diciendo que soy "muy de izquierda", así dijo, como Mirtha Legrand a Cecilia Rossetto; y ese rumor no hizo más que hacerme reír a carcajadas y llorar como una nena de cuatro años a la que le sacan el juguete. Me pasé horas hablando mal de ese viejo al que se le ven los pelos de las orejas, un señor que hizo su fortuna ayudando a decenas de clientes a evadir impuestos y al que le encanta hablar de los corruptos del poder.

Pero acá estoy, un año más sin hacer ningún show para llamar la atención, sentada en primera fila, ocupando mi lugar de princesa judía, con un pantalón negro ajustado para que Pablo Cohen, que se sienta detrás de mí, pueda mirarme el culo durante las dos horas seguidas que dura el servicio religioso.

Este año no vino nadie importante. Pero eso nunca se sabe con anticipación. Una vez apareció el embajador de Israel y se vivió una verdadera película de espías. Aterrizó con un séquito de custodios vestidos de negro que se ubicaron en lugares estratégicos y, con walkie-talkies invisibles, se pasaban mensajes cifrados que intentábamos entender, sospechando que podía haber un atentado en cualquier momento. Otras veces vinieron diputados, senadores y ministros de diversos partidos políticos, sobre todo en años electorales. Y a los feligreses les encanta porque, aunque después los insulten cuando aparecen en la televisión, la gente en general y los judíos en particular somos cholulos.

Durante los "días terribles" en la sinagoga hay un cuarto grupo humano: los del coro. A un costado del púlpito, quince voluntarios se sientan frente a los congregantes en una posición privilegiada. Se lo

merecen. En el transcurso del año ensayan una vez por semana para lucirse frente a todos nosotros. Ponen ímpetu y energía para cantar armoniosamente, no lo consiguen del todo, pero hay que ver a Ruthy Tempelsman tirar esos agudos. Todas las mujeres de la sinagoga —y algunos hombres también— suspiran cuando Marcelo Druker, un tenor aficionado que canta en exclusiva para Iamim Noraim, hace su solo. Nadie entiende lo que entona en hebreo, pero, como si fuera Luis Miguel, todas miran embobadas a ese hombre que por fuera de la sinagoga es un reconocido abogado penalista que trae año tras año a una nueva novia cada vez más joven.

Una primera señal de que ya faltan pocos minutos para que termine toda la ceremonia es cuando Marcelo Druker saca el *shofar*, el cuerno milenario que descansa junto a los rollos sagrados. Mientras se lo lleva a la boca para hacerlo sonar, cruzamos miradas con las mellizas Johana y Ariana, mis mejores amigas desde que tenemos cuatro años: "Ya queda poco, aguantemos".

En esta noche también el rabino es especial. No porque sea otro —es el mismo barbudo que está parado allí desde hace treinta años —, sino porque para esta ocasión usa una toga blanca hasta el piso, igual que la de un papa. Después del toque del *shofar*, es el único momento en el que está solo, parado detrás del púlpito —una estructura de madera, con un atril que sostiene el libro de rezos—, frente a toda su congregación. Respira, dice una bendición en hebreo y hace un sí con la cabeza mirando hacia el costado para que Derlis, el jefe de maestranza, apague las luces. Está fríamente calculado, va a empezar el momento cumbre. Dice:

—Adonai es nuestro Dios.

Iluminado con un candelabro que cuelga del techo y simboliza la inmensidad de Dios y la fe del pueblo judío, el rabino vuelve con esas mismas palabras:

—Adonai es nuestro Dios.

Los feligreses, que ya saben lo que tienen que hacer, responden al unísono:

—Adonai es nuestro Dios.

Ahora, el rabino sube el tono de su voz y reitera:

—Adonai es nuestro Dios.

Otra vez, el público responde. Como un estribillo, este juego entre el pastor y su rebaño se repite varias veces más, mientras el rabino se transforma hasta quedar poseído y grita; no, no grita, ruge con todas sus fuerzas para que hasta el último congregante que esa mañana se levantó con ganas de ir a la sinagoga pueda oírlo:

—Adonai es nuestro Dios, Adonai es nuestro Dios, Adonai es nuestro Dios, Adonai es nuestro Dios.

Cuando termina y su voz todavía retumba por el salón, el silencio es aplastante, salvo para mí. Por dentro, siento un ejército de caballos galopando. Las manos me sudan, el ojo derecho me late. El resto se conecta con ese mantra, y algunos hasta lloran y se abrazan. Yo rezo para que por favor el rabino no muera en ese momento de un paro cardíaco, ni le dé un infarto o un ataque de epilepsia, o no tenga una revelación divina que lo deje poseído para la eternidad. Lo único que le pido a Dios, a Adonai, al Todopoderoso, es que mi papá, el rabino, me mire desde el púlpito y parpadee dos veces. Ese es nuestro código desde que era chiquita y lloraba angustiada después de verlo así. Esa contraseña entre él y yo significa: “Tranquila, hijita, todo va a estar bien”.

Pero el código entra en cortocircuito y no parpadea. La fantasía ocurre: esa noche, la más importante para el pueblo judío, el rabino, mi papá, cae. El cuerpo del líder se desploma en medio del púlpito.

A la Muerte hay que ganársela. No ganarle. Ganársela. Con el tiempo entendí que morirse no es solo un acto biológico. No es simplemente que el cuerpo se apague. Eso le pasa a cualquier ente vivo. La cuestión es otra. Tiene que ver con qué hiciste mientras estuviste acá. Qué lugar ocupaste. Qué decisiones tomaste cuando nadie te miraba. Si fuiste protagonista de tu propia vida o apenas un espectador. Porque si lo que dejás es apenas un dato —una fecha, un nombre, una anécdota suelta—, entonces la muerte es solo un mero final.

Pero si tu paso por el mundo se vuelve una fuerza que empuja a otro, que inspira, que deja huella, entonces sí, ahí te la ganaste. Te ganaste a la Muerte. Con mayúscula.

Una madrugada, en Río de Janeiro, suena el teléfono. Mi papá se despierta asustado y corre hasta el living. Reconoce de inmediato la voz. Es la esposa del presidente de la sinagoga, que, con un tono entrecortado, le avisa que secuestraron a su marido. En su portugués casi perfecto, después de un año de estar viviendo ahí, intenta tranquilizarla y le dice que va para su casa. Mientras se cambia apurado, despierta a mi mamá y le cuenta lo poco que sabe. Antes de salir, pasa a darme un beso. Ella se despabila, pone una silla en mi pieza y, sentada, me mira dormir en la cuna el resto de la noche.

A mi papá lo habían convocado para dirigir una sinagoga en Río de Janeiro, donde está la segunda comunidad judía más grande de toda América Latina. El rabinato es un oficio con mucha demanda y poca oferta, y él, apenas unos meses atrás, se había recibido después de nueve años de estudio. Hay una foto en casa donde se la ve a mi mamá embarazada de mí, abrazada a su esposo, que levanta el diploma.

No estaba en sus planes originales ser rabino, ni siquiera había gente religiosa en su familia. No había un deseo, ni un sentido de misión. Fue, en principio, la curiosidad. La madre de su amigo Lito, del *shule* Doctor Herzl de la calle Morón —nunca supe cuál era su nombre verdadero hasta hace poco, que me enteré de que se llama Israel, y de Israelito pasó a ser Lito—, les comentó que un rabino

americano había abierto un seminario no ortodoxo en el barrio de Belgrano, el único de esas características por fuera de Estados Unidos.

A sus diecisiete años, mi papá era un joven solitario, flaco, de tez trigueña y ojos verdes, sin un pelo en la barbilla, con anteojos gruesos de carey por su alto grado de miopía, condición que a temprana edad heredaré. Su pasatiempo era ir a la sala del Cine Arte a metros del Obelisco a ver películas de Luis Buñuel, Pasolini, Claude Lelouch y Vittorio de Sica. Si no estaba en el cine, estaba encerrado leyendo libros de filosofía, ensayos o cuanta novela cayera en sus manos. Jean-Paul Sartre, Erich Fromm, Julio Cortázar. Un intelectual en desarrollo. Fue entonces la mera curiosidad lo que lo llevó a ver de qué se trataba ese seminario sobre la calle 11 de Septiembre. Con Lito tomaron juntos unas clases pensando que sería un pasatiempo. Su amigo aguantó un mes. Él siguió. Vio en ese rabino americano al guía que no sabía que estaba buscando y el Maestro vio, en ese chico inmaduro —un muchacho antisocial—, su potencial. De inmediato lo adoptó como uno de sus discípulos.

El Maestro, un hombre de dos metros, que hablaba un español americanizado, no solo le enseñó textos bíblicos, sino que lo obligó a leer un listado de más de doscientos títulos de literatura universal. En los exámenes le tomaba versículos de la Torá como así también párrafos de *Moby Dick* y el análisis sobre su famoso inicio "Call me Ishmael".

Tuvo que conocer los principales tratados de la Halajá, y a la vez memorizar el poema "El Golem", de Jorge Luis Borges. De su Maestro aprendió que la prédica —la gran performance semanal de un rabino— es un arte: siempre hay que tener a mano un chiste y

los tonos a la hora de hablar son tan importantes como el contenido. Debía adoptar una postura corporal que impusiera respeto, una mirada profunda. También aprendió de él que la casa de un rabino no es un ámbito privado, sino una sucursal de la sinagoga. Y que no podía mirar para un costado frente a los problemas de su tiempo. Su Maestro repetía una y otra vez: "Un rabino debe tener en una mano la Torá y en la otra, el diario".

Cuando se recibió, el Maestro lo impulsó para que tomara el puesto vacante en la sinagoga de Río de Janeiro. Le dijo que sería una buena experiencia, pero que, además, con mi nacimiento, no podía darse el lujo de seguir haciendo una vida académica como soñaba. El intelectual en ciernes necesitaba mantener a una familia. Tenía que conseguir la *parnasá*, ese es el término que significa sustento económico. Había que comprar pañales.

Así es como llegamos a Río de Janeiro. Los directivos de la sinagoga —una construcción imponente, semejante a una iglesia europea, con bancos de madera y altos ventanales con vitraux— nos alquilan un departamento en el barrio de Laranjeiras, a una distancia caminable de la comunidad y de la playa. La vida en Brasil entusiasma mucho a mis papás. Se adaptan al clima, a la música, a la literatura, incluso se fanatizan con *Pantanal*, la telenovela que tiene en vilo al país. En Río de Janeiro mi papá empieza a forjar su personalidad como guía espiritual de una congregación. Da clases sobre pensadores y filósofos judíos, acompaña a las familias en los rituales del ciclo de la vida. Moldea, de a poco, su carisma y despierta su ego: un pequeño monstruo que comienza a crecer cuando sabe que se rumorea que un joven rabino argentino está revolucionando la comunidad judía local. Esto se convierte en su

combustible. Por momentos se cree la reencarnación de Maimónides, aunque todavía conserva resabios de acné en la frente y en los pómulos. Con veintisiete años corre maratones en la playa, se deja crecer la barba y cambia los anteojos de carey por unos de marco fino. Camina con el pecho hacia afuera. Se esfuerza por aprender palabras sofisticadas en portugués y relata, desde el púlpito, los libros que lee. Cita a Sigmund Freud, a Heidegger y a tantos otros como si fuese un especialista cuando apenas los entiende.

En el futuro, mis padres me dirán que, mientras vivo en Brasil, soy una gordita simpática que corretea desnuda por los pisos del departamento; que me encanta comer arroz con *feijão* y llenarme de arena en la playa. Aprendo mis primeras palabras en portugués de la mano de Claushia, así se pronuncia el nombre de la empleada doméstica que trabaja y duerme en nuestra casa durante la semana. Una chica negra y esbelta que bien podría haberse dedicado al modelaje de no haber nacido en una favela. Le dice a mi papá "*senhor* Ramiro", hasta que entiende que la gente le dice "*senhor* rabino".

Lo que mejor me sale en portugués es contar hasta el número siete. Cada viernes, al terminar el postre en la cena de *shabat*, mi mamá me sube a una silla y tengo que hacer mi gracia ante los invitados de turno:

—*Um*, *dois*, *três*, *quatro*, *cinco*, *seis*, *sechi*.

Claushia me enseña que así se pronuncia el siete. Como un muñequito eléctrico, me hacen repetir el *sechi* hasta el cansancio, mientras los adultos aplauden a esa *bochechinha,* apodo que me gano por tener mofletes gordos. Cada viernes, y así será durante las siguientes tres décadas, recibiremos a un puñado de invitados: una

manera de entablar intimidad con miembros de la congregación y de generar —como lo hace todo buen líder, según aprenderé muchos años después en la carrera de Ciencia Política— su propio grupo de acólitos.

Son las dos de la mañana cuando mi papá entra al departamento del presidente de la sinagoga, en el barrio de Leblon. Aunque ya sabe, es a partir del secuestro de alguien tan cercano que toma verdadera dimensión de lo áspero que es el clima político y social en Brasil a fines de la década de 1980. Hay inseguridad. Hay, como en este caso, secuestros extorsivos sin fines políticos: una modalidad hasta entonces desconocida para un argentino. La esposa del presidente está sentada en un sillón junto a sus hijos. Es una casa amplia, con ventanales que dan al mar, con cuadros y adornos dorados de una exuberancia majestuosa. Imagino que entra encorvado, asustado como un bicho bolita. Ya no camina como un pavo real. Nada de esto estaba en el manual de aprendizaje del Maestro cuando estudiaba en el seminario. Seguro querría teletransportarse a su cálida biblioteca, refugiarse entre los tomos de la Mishná o en los poemas de García Lorca. En ese momento mi papá es un joven en pánico, rodeado de policías que le indican que, cuando suene el teléfono, él deberá atender. ¿Él? ¿Negociar con secuestradores? Desearía volver a ser ese nene del barrio de Flores y que don Jesús, el gallego del almacén de la calle Páez, le regale un Biznike Nevado después de jugar a la pelota con sus amigos de la cuadra. ¿Qué huellas quedan de aquel niño travieso en este joven rabino?

La leyenda cuenta que una mañana, sentado en su pupitre de madera, aburrido porque la señorita Gobernori de sexto grado de la

escuela primaria tardaba, reunió a sus compañeros y les dio algunas indicaciones. Venía pergeñando el plan desde que vio que la maestra llevaba un audífono en la oreja izquierda. Cuando Gobernori llegó al aula de la Escuela Número 17, saludó como lo hacía siempre:

—Bue-nos-dí-as-a-lum-nos.

Ellos respondieron el saludo modulando, sin que se oyera nada. La maestra, un poco sorprendida, subió apenas el volumen de su pequeño aparato y repitió el saludo. Los chicos, otra vez, movieron la boca sin que saliera un solo sonido. Entonces, la señorita Gobernori decidió llevar el audífono al máximo. Toda la clase se miró con picardía y, a la orden de mi papá, gritó:

—BUE-NOS-DÍ-AS-SE-ÑO-RI-TA.

Gobernori comenzó a tambalearse. A mi papá lo echaron de la escuela.

Esa madrugada, en la casa del presidente de la sinagoga, suena el teléfono y los que están allí clavan las miradas en ese muchacho que no se saca la kipá ni para dormir. Está petrificado. Se levanta del asiento, evitando cruzar miradas con la mujer y los policías, camina hacia el escritorio y atiende:

—¿Aló?

A las pocas horas, entregan con vida al presidente de la sinagoga.

Mi papá se pasa varias semanas angustiado y hasta tiene una fiebre altísima que lo deja postrado en la cama sin poder levantarse. Por un tiempo no me mandan a Barilán, el jardín de infantes al que voy en Copacabana, por temor a represalias. Si bien durante los meses siguientes no hubo otro secuestro de gente conocida, ya no pueden proyectar una vida en Brasil. Tienen miedo, un miedo que hasta entonces no conocían. Y ya no es suficiente la casa cerca de la

playa, el clima, la música, los nuevos amigos, las cenas de *shabat*, que son cada vez más solicitadas, ni que ya hablo mejor portugués que castellano. En esos meses de nervios y angustia, mi papá recibe otro llamado. Enterado de la situación, el Maestro lo convoca para que ocupe su lugar en Beit Iacov, en Buenos Aires, la sinagoga que él mismo había fundado. El Maestro quiere volver a vivir a Estados Unidos, su país natal, y le da tranquilidad que su discípulo estrella lo reemplace.

Lo más triste, me contarán, es el abrazo que le doy a Claushia cuando me despido de ella.

—¿Cómo describirías a ese joven que eras cuando quisiste estudiar para ser rabino?

—Soberbio, como la mayoría de los rabinos, que creía conocer todas las dimensiones de la vida. Sentía que había un mandato establecido por la ley judía que indicaba cómo debía ser el comportamiento del hombre. Tenía sueños y ambiciones, y me llevaba el mundo por delante.

—¿Cuál era tu ambición?

—Ser reconocido a través de una transformación social y espiritual del universo —obviamente que con un matiz narcisista—, dejando una página en la historia. Reconocimiento y transformación eran una misma cosa. Creía en esas ideas vinculadas a lo profético, a lo contestatario, a lo revolucionario.

—No entiendo, explicame mejor.

—Bueno, si no entendiste andá a leer un poco a Herbert Marcuse y a Jean-Paul Sartre. Informate más sobre mi época de juventud y no hagas preguntas pelotudas.

Es domingo por la mañana. Caminamos lento por Avenida de Los Incas. En una bocacalle nos cruzamos con un camión de mudanza que dice: "Compramos todo". Hace frío, tengo puesta una campera Columbia violeta reversible —a veces la uso violeta, a veces fucsia— y voy de la mano de mis papás. Unos hombres sacan muebles pesados de una casa. Nos frenamos. Les pellizco las manos, quiero seguir caminando porque prometieron comprarme stickers, pero están atornillados mirando, como si fueran lingotes de oro, las sillas de madera oscura tapizadas en terciopelo. Tienen debilidad por los muebles antiguos y cuentan que en Israel —se fueron allá, recién casados, para que mi papá terminara sus estudios rabínicos— era normal que la gente dejara en la calle objetos que ya no usaba. Así habían amoblado su departamento cuando eran jóvenes estudiantes y, por más que ahora son adultos y tienen una hija, así también lo harán en Buenos Aires. No es una cuestión de dinero ni de madurez, eso lo entenderé muchos años después. Es una manera particular de vincularse con el consumo, cierta austeridad que se espera de un rabino.

Mi papá se acerca a uno de los hombres, que carga un vajillero tallado con motivos de racimos de uvas, y empieza:

—Esto es de Europa y casi con seguridad de principios de siglo, ¿no?

Soy chica, pero ya conozco esa postura corporal. Es igual a la de mi abuelo, el *cuentenik*: una palabra que aún no tengo idea de qué significa, y que, décadas después, en un curso de *ídish* al que asistiré, sabré que se refiere a un vendedor "a cuenta" en una suerte de cocoliche que hablaban los inmigrantes judíos. Aunque ya estaba jubilado, mi abuelo era un gran negociador, esencialmente un testarudo. Como una avalancha, era imposible de frenar o de convencer de lo contrario cuando algo se le ponía en la cabeza, una cualidad que su hijo heredará. Mi abuelo ponía cara de piedra sin ninguna mueca en el rostro y no hablaba, ladraba. Una vez lo vi en un negocio queriendo que le hicieran un descuento por un pequeño escritorio. Lo golpeó con el puño y dijo "panelco", como sugiriendo "es una porquería, no vale nada". Sé que, antes de ser *cuentenik*, soñaba en Hrubieszów, su pueblo natal, con ser dentista. Pero cuando tenía que entrar a la universidad, los nazis invadieron Polonia.

Los del camión no tienen idea de si los muebles son europeos o asiáticos, del siglo I o XV, pero explican que la dueña falleció y que su hijo quiere deshacerse de sus cosas. Ahí es cuando mi papá pone cara de piedra y entra en acción. Golpea la mesa con el puño, como buen hijo de su padre, y dice:

—Panelco, no vale nada.

Los del camión se ríen. Empieza el juego. Yo miro como en un partido de ping-pong. Mi papá, determinado, le grita a mi mamá:

—Vamos.

Ellos dicen:

—Esperá, esperá.

Él susurra una cifra irrisoria por el lote completo; ellos se ríen otra vez; mi mamá responde:

—Yo no puedo ver esto.

Mi papá le hace una seña con la mirada para que cierre la boca; los del camión entran a la casa; mis papás discuten bajito; yo insisto en que quiero mis stickers; me callan. Caminamos hasta la esquina y, cuando escuchamos un chiflido, mi papá nos guiña el ojo y murmura:

—Ahora ni una palabra y no sonrían.

Hago que sí con la cabeza, mi mamá también, pero resopla. Diez minutos después, los tres estamos arriba del camión con el lote de muebles rumbo a nuestro nuevo departamento. Nadie me compra stickers.

—Esto es mucho más importante —concluyen ellos. Para mí, no.

Hace poco que vivimos en Buenos Aires y, como no usamos medios de transporte en *shabat*, mis papás eligieron un departamento que queda a tres cuadras de la sinagoga. Es una de las tantas reglas que tenemos que respetar y cumplir como familia del rabino. La sinagoga tiene una escuela, ¿a quién se le ocurre que puedo ir a otra?, así que también camino esas cuadras todos los días. Tres cuadras que se convierten en una distancia perfecta y que se conectan mediante un hilo dorado tirante y seguro, como la soga de un alpinista, al que se reduce toda nuestra vida. "De la sinagoga a la casa, de la casa a la sinagoga".

Los hombres del camión de mudanza suben los muebles usados hasta el sexto piso. Desde cualquier rincón se escuchan las campanadas de las doce del mediodía y de las seis de la tarde. Es una coincidencia graciosa y ocurrente que la casa del rabino esté

pegada a una iglesia. El living es amplio, los techos son altos, y la mesa y las sillas de la difunta son perfectas para las cenas de *shabat*. Como en Brasil, ahora los feligreses de Beit Iacov se pelean por venir a nuestra casa. Hay lista de espera para celebrar el día sagrado de la semana con el rabino y su familia, como si fuéramos especies únicas en un zoológico. El espacio del living se completa con dos sillones de color rosa viejo que mandan a hacer, unas alfombras de estilo persa con tonalidades verdes y rojas que conservan de su residencia en Israel y el piano que era de mi mamá cuando era chica. En una habitación a la que denominamos "el escritorio" está la biblioteca. Ocupa las cuatro paredes. Los libros no solo están en esos estantes, se encuentran dispersos por toda la casa, mezclados entre los montones de antigüedades, como una balanza de almacenero, jarrones, tapices, carteles fileteados, candelabros, copas de vino, vasijas con inscripciones en hebreo y una plancha de hierro que pertenecía a mi abuelo, el *cuentenik*.

Fue el único de su familia que sobrevivió al Holocausto. Cuando terminó la guerra, todavía en Polonia, conoció a mi abuela, que había logrado salvarse escondida en un sótano junto con sus padres. Lo que sigue lo voy a saber mucho tiempo después: como no había tiempo para enamorarse, a la semana de haberse visto la cara por primera vez, se casaron. En 1946 hubo un pogrom en una ciudad cercana, en la que asesinaron a los cuarenta y dos judíos que quedaban. Mis abuelos y los padres de mi abuela, que temían por sus vidas una vez más, lograron huir con destino a la París de posguerra, y de allí a Río de Janeiro. En esa ciudad —que aún no había manera de saber lo importante que sería para nosotros— vivían unas tías de mi abuelo que emigraron en el período de

entreguerras. La historia oficial dice que mi abuela no se adaptó al clima carioca. La no oficial, que estaba celosa de las jóvenes y bellas primas de su marido, a quienes apenas conocía.

Llegaron a la Argentina a mediados de 1950. Instalados en Buenos Aires, nació mi tía y, cuatro años después, mi papá. No eran religiosos. Cumplían con lo mínimo necesario: iban al templo solo para Iom Kipur y mi papá, cuando cumplió trece, celebró su *bar mitzvá*. Ese día sus abuelos le regalaron un cuadro que le habían comprado a un paisano. En la pintura, dos hombres con sobretodo negro y barba blanca corren con una Torá cada uno, huyendo de una persecución. Una imagen que condensa la historia de su familia. Los judíos siempre se estaban escapando. Ahora, ese cuadro está colgado en una de las paredes de nuestra casa, como si, después de tanto deambular, hubieran llegado, al fin, a destino. Un destino perfecto: la casa de un rabino. Quizás sus abuelos hayan intuido en qué se convertiría su nieto.

A mí, ese cuadro siempre me pareció espantoso.

—¿Cómo reaccionaron tus padres cuando les dijiste que querías ser rabino?

—Digamos que no descorcharon champán. No fue la idea que más los entusiasmó. Hay un refrán, medio en chiste, que dice: "Ser rabino no es una buena profesión para un muchacho judío".

—Pero más allá del chiste, ¿te decían algo?

—No mucho. En realidad, nunca hablaban demasiado del tema. Creo que les preocupaba que su hijo —y su familia— quedaran a merced de los humores de la comisión directiva de una congregación, que no siempre son los más previsibles del mundo. Pero con el tiempo me di cuenta de que también había orgullo. Cuando mi viejo murió, mi hermana encontró entre sus cosas un sobre con todos los recortes de los artículos que yo había publicado. Todos. Yo no tenía ni idea de que los guardaba.

—O sea que te leía.

—Me leía… y, por lo visto, con más disciplina que muchos de mis feligreses.

Termino de bañarme y mi mamá me pasa el peine fino para sacarme los piojos con muy poca paciencia. Me hace doler, grito, y ella se pone a llorar. La miro sin entender el porqué de semejante reacción si siempre hago berrinche. Me pide que la perdone, que no es conmigo, que está muy triste. Quiero preguntar, pero suena el timbre. Ella corre a atender.

—Vienen los *madrijim* —me dice, intentando que suene natural el hecho de que, un lunes a la noche, lleguen a mi casa los líderes de los grupos juveniles de la sinagoga.

Pero como son vacaciones de invierno, no tengo horario para ir a dormir.

Mi papá no está. Se fue temprano. Del otro lado de la puerta aparecen Daniela y Pipe, y voy corriendo a abrazarlos. Los veo todos los sábados a las tres de la tarde en los "grupitos"; así llamamos a las actividades recreativas de la sinagoga, que espero ansiosa toda la semana. Ellos y tantos otros adolescentes de entre diecisiete y veinte años son los que las coordinan y, para mí, son tan adultos como mis papás. Me educan —¿o me adoctrinan?— en valores judíos y, si me preguntan qué quiero ser cuando sea grande, varío entre algunas profesiones, pero sobre la que nunca dudo es ser *madrijá*.

El timbre sigue sonando y la puerta ya queda abierta. Entran Darío, Sergio y Paola, me abrazan, me acarician el pelo, me aprietan los cachetes. Ninguno me explica qué hacen acá ni por qué algunos

lloran, igual que mi mamá, pero no me importa. Entiendo que yo también tendría que estar triste, pero, muy por el contrario, tengo una excitación que a esa edad solo puede compararse con el día en el que recibí una casa gigante de Barbie de parte de una feligresa millonaria que estaba agradecida con mi papá porque había enterrado a alguien de su familia. Cuando mi papá tenía una buena campera, un buen traje, un reloj caro o un perfume importado, con mi hermana, muchos años después, los llamaríamos "los regalos de los muertos".

Todos los *madrijim* están desolados, aunque al verme intentan demostrar que está todo bien. Soy chiquita, pero no tonta. Sé que algo está pasando, algo grave; igualmente, si están acá es para que mi papá lo solucione. Como un bombero, es el que apaga incendios en la sinagoga. Por eso no me preocupo. Él puede resolver todo y esto seguramente también. Hay que esperar a que venga y punto.

Los *madrijim* deambulan por mi casa como si fuera la suya y me encanta. Se sientan en el sillón a charlar o van directo al escritorio donde está la única televisión. Están clavados en el noticiero y yo corro de un lado a otro subida a mis pantuflas naranjas del demonio de Tasmania. Las estufas están encendidas y los chicos rotan para estar más cerca del calor. Quiero que Daniela y Pipe conozcan mi habitación y los arrastro de la mano. Les muestro mis muñecas, la colección de libros de Clarita y un instrumento que hace sonidos locos. El timbre suena de nuevo y entran más *madrijim*. Sé contar y hay como veinte.

Mi papá tiene un vínculo especial con ellos. Cuando volvimos de Río de Janeiro, una de las tareas que le encomendó el Maestro fue organizar el movimiento juvenil. Con treinta años, mi papá tenía

tenía una energía imparable y ese primer verano viajamos a Córdoba para que dirigiera el *majané*, así se le dice en hebreo al campamento. Es una herencia de los *camps* de Estados Unidos que había importado el Maestro cuando fundó la sinagoga y tenían fama de ser una escuela de verano. Durante esas tres semanas mi papá supo construir una relación de hermandad con los *madrijim*, esos adolescentes a los que les llevaba apenas diez años. Y como yo tenía cuatro, cinco o seis años, me convertí en la mascota del campamento al que seguiría yendo, de forma ininterrumpida, hasta mis veinte. Me pasaba los días de verano de brazo en brazo, convertida en una espectadora privilegiada en esas semanas tan anheladas por todos, incluso por nosotros.

A medida que la noche avanza, se va poniendo mejor: Gabriela, Sergio y Darío aparecen con cajas de pizzas. Mi mamá está en la cocina encerrada con Pamela. Cada vez que entro, Pamela esconde el cigarrillo para que no me dé cuenta, pero es imposible ocultar el olor y el humo. No había visto a nadie fumar adentro de mi casa y me impacta que una *madrijá* lo haga. Pensaba que para los judíos estaba prohibido. Pero esta noche todo es rarísimo, surreal, y yo sigo sin preguntar. Busco vasos y servilletas mientras mi mamá me abraza y me pregunta si estoy bien. Respondo que sí, que estoy pasándola supergenial. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar.

Devoro la pizza que como con las manos, sentada en el sillón, y nadie me reta cuando se me chorrea la mozzarella o se me cae la Coca-Cola en la alfombra. Sergio desenfunda una guitarra y empezamos a cantar canciones de Charly García y Fito Páez, igual que los sábados en la ceremonia en la que despedimos el *shabat* para dar inicio a la semana. Voy de brazo en brazo, como en el

campamento. Caro me dice que tiene sueño y me pregunta dónde se puede acostar. La llevo a la pieza de mis papás y se suman Irene, Yael y Vanesa. Todas se sacan las zapatillas. Irene se hace un bollito y Caro la abraza en forma de cucharita. Yael se ubica en la punta de la cama formando una T y las agarra por los pies. Vanesa se acomoda en el único lugar que le queda y, como un pulpo, con cada mano se une a sus amigas. Entonces lo entiendo: esto es nada más y nada menos que el pijama party de mis sueños. Tengo tantas ganas de contarles a las mellizas, no lo van a poder creer. Darío y Sergio se recuestan en un sillón, Pipe agarra unas almohadas y se tira en el piso. Estoy muerta de sueño, pero no quiero perderme nada.

En un momento de la noche o de la madrugada, no lo sé con exactitud, llega mi papá y va directo hacia la cocina. La puerta se cierra. Los que estábamos dormidos nos despertamos por los gritos de Pamela. Gritos y un llanto desgarrador, gutural que, si aún cierro los ojos, puedo oír a la perfección. No sé cuánto tiempo pasa, pero los tres salen de la cocina. Se arma una ronda improvisada. Le doy la mano a Daniela, la aprieto fuerte. Pamela, abrazada a mi mamá, sigue llorando, todos lloran salvo yo. Mi papá dice que cerremos los ojos y recitemos juntos el *kadish*, la plegaria judía en memoria de los muertos. La sé de memoria, la escucho todos los viernes en la sinagoga, así que la pronuncio sin errores para que todos estén orgullosos de mí.

Algunos años después voy a comprender lo que pasó esa noche porque, en cada aniversario del atentado a la AMIA, van a nombrar a la mamá de Pamela en el listado de las ochenta y cinco víctimas.

A la mañana siguiente de la pijamada, me despierto esperando encontrar a los *madrijim* para desayunar, pero ya no hay nadie. Solo quedan las cajas de pizza vacías, los vasos sucios y las servilletas tiradas por toda la casa.

—¿Qué es ser rabino para vos?

—Esperaba más de vos, hija.

—Dale, pa.

—Ser rabino es ser maestro. Existencialmente, todo hombre tiene una misión en la vida. Mi misión como rabino es ayudar a dar sentido a la vida de otros, especialmente de quienes no lo encuentran o lo han perdido. Y, de manera simbólica, desde lo judío eso se hace a través de la Biblia, que es el libro en el que se dicen las primeras cosas. Por eso lo mío es docencia, no sacerdocio. Ser rabino no es un cargo religioso.

—¿No te considerás religioso?

—En la tradición judía no existe demasiado esa categoría de un "ser religioso".

—¿Pero no es una contradicción? ¿Se puede ser rabino y no ser religioso?

—Entendelo como quieras, y escribilo como te parezca. Religioso o no, me da lo mismo. Las definiciones no son algo que me quite el sueño. Porque, en definitiva, ¿qué importan las definiciones? Sirven para orientarte un poco… y a veces para que algún mediocre las use para encasillarte.

Lo veo apoyar los brazos a los costados de la silla Le Corbusier sobre la que está sentado en la tarima. Suspira fuerte y se levanta. Con los papeles en la mano, camina lentamente los pocos pasos que lo separan hasta llegar al púlpito. Corre el atril con el libro de rezos bien al borde de la tabla, apoya los papeles, les quita el clip que los mantiene unidos, se acerca el pie del micrófono y empieza a hablar. En ese preciso instante, me escapo.

Acaba de empezar el momento central del servicio religioso de *shabat*: la prédica. La tradición judía es interpretación —mi papá dice eso todo el tiempo— y el sermón del rabino es un instrumento muy antiguo para pensar la realidad. Como si fuera un artista, cada viernes a la noche tiene su función, su unipersonal. Frente a la congregación, ofrece un monólogo que combina elementos de la Torá, la vida cotidiana, la filosofía, la literatura y hasta anécdotas graciosas. Aunque parezca natural, no hay nada improvisado. Si por alguna circunstancia un viernes no voy a la escuela, lo espío mientras practica. Con su mate rojo de chapa enlozada, va leyendo en voz baja, dejando anotaciones, mirando al público invisible, calculando los silencios entre párrafo y párrafo.

La gente espera la prédica toda la semana. ¿Qué dirá el rabino esta noche? Muchos necesitan que los guíe con su mensaje, algunos lo usan para discutir con él y otros directamente para insultarlo. A mí me pone nerviosa, me da vergüenza verlo hablar frente a los

feligreses. Pero, sobre todo, me aburre. No entiendo lo que dice, no me interesa. Prefiero estar en el patio con Martita, mi amiga más grande, a la que veo cada viernes en la sinagoga.

Es morocha de pelo cortito y usa un flequillo pegado a la frente. Tiene piernas flacas, panza chata y unas tetas redondas que, cuando camina, rebotan como dos pelotas. Cuando estoy sola en mi casa me pongo dos remeras en forma de bollo y juego a ser ella. Para ir al templo se viste con una minifalda y botas de caña larga. Sueño con tener quince para poder vestirme así. Mi mamá, en cambio, dice que no es un aspecto apropiado para ir a la sinagoga. Pero al mismo tiempo Martita le da pena porque no tiene padre y porque "cuando ves a la madre, entendés". Eso no lo dice mi mamá, lo dice Dorita Stiberman, la encargada de la *janutiá*, una tienda dentro de la sinagoga que vende *jalá*, vino y otros elementos para una buena vida judía. Por supuesto, no abre en *shabat* porque no se puede tocar dinero, pero sí está abierta de lunes a viernes en el mismo horario en el que funciona la escuela. Cada vez que paso por ahí, Dorita Stiberman me regala unos chocolates en forma de estrella de David y, mientras me los como, escucho las conversaciones entre ella y otras madres de la escuela que, cuando dejan a los hijos, aprovechan y, con la excusa de comprar alguna cosita, le sacan el cuero a la gente. Ahí aprendo a fingir que no estoy prestando atención cuando en realidad estoy registrando cada palabra y, no menos importante, cada gesto. Gracias a los chismes que escucho a diario en la *janutiá*, desarrollo la capacidad de seguir varias conversaciones a la vez y de hacerme la desentendida al mismo tiempo que tomo nota mental de los detalles: una herramienta clave para cualquier periodista.

Salgo al patio, pero Martita no está. Vuelvo a entrar al templo y hago un paneo general desde el fondo, buscando a su mamá. No es difícil ubicarla, su pelo naranja casi fluorescente la delata. Raquel Mirkin es una congregante fiel. No falta ningún viernes al servicio religioso y participa de todas las actividades de la sinagoga: charlas, conciertos, voluntariados. Cuando quedó viuda, mi papá le consiguió trabajo en la fábrica de muebles de Natalio Adler, otro feligrés, y ella devuelve su agradecimiento con una lealtad comparable a la de una soldado.

Me acerco por el pasillo, en silencio, agachada para que nadie note mi presencia. Mi papá habla, pero no presto atención. Él cree, esto lo sabemos solo mi mamá y yo, que sus palabras llegarán hasta las altas esferas del poder político y está convencido, sí, convencido, de que entre los congregantes, se infiltra alguien de los servicios de inteligencia. Una vez, un hombre de unos cincuenta años, al que nadie conocía, empezó a venir a la sinagoga. Sin esposa, sin hijos, siempre solo, leía concentrado, cantaba las canciones en hebreo y movía el cuerpo mientras rezaba. Participaba de cada curso que dictaba mi papá, por lo que se había ganado el pase libre para venir a las cenas de *shabat*. Incluso durante varios años participó de nuestra mesa de Pésaj, porque así está escrito: "Que todo el que tenga hambre venga y coma; que todo el que tenga necesidad venga y celebre Pésaj". En una de esas oportunidades, trajo un pequeño presente: una ovejita de cerámica que mi papá puso entre los jarrones y otras chucherías que hacía mi mamá en un taller de alfarería. Algunos años más tarde, en coincidencia con un cambio de gobierno, el hombre dejó de frecuentar la sinagoga, desapareció sin

aviso y mi papá rompió la ovejita en pedazos creyendo que escondía un micrófono. No encontró nada.

Me ubico procurando ser discreta. Raquel Mirkin mira a mi papá embobada y asiente con la cabeza en cada frase, validando las cosas que dice. Cuando estoy a punto de chistarle para preguntarle por Martita, escucho a mi papá decir:

—Esta semana, mientras desayunábamos juntos, mi hija hizo una afirmación que me dejó pensando.

La gente se ríe, intentando buscarme con la mirada.

—¿Saben qué me dijo?

Algunos me descubren en cuclillas.

—Que no creía en Dios.

Cierro los ojos y resoplo.

—Mi propia hija diciéndome que no creía en Dios, ¡*oy vei*!

Los congregantes se empiezan a reír y los que me tienen cerca me hacen ojitos. Me quedo petrificada porque me gustaría contarles que la conversación no fue tan así, pero a quién le importa. A él le sirve inventar o exagerar anécdotas porque sabe que a la gente le encantan los entretelones de nuestra vida. Qué desayuna su líder espiritual, cuántas veces por semana hace natación, en qué momentos lee, qué perfume usa —lo digo, así no hay misterios: la colonia Heno de Pravia—, ¿cambia las lamparitas de su casa?, cuál es su comida preferida, con qué películas se distrae —también lo digo, con las de Bruce Willis—.

De repente, el llanto de un bebé irrumpe en sus palabras. Aprovecho el barullo y le pregunto a Raquel por su hija. Ella no sabe lo que es hablar bajito:

—Hola, mi amorrrrrrrrrr. Martita debe andar por ahí, mi amorrrrrrrrr, vinimos juntas. Qué gracioso lo que contó tu papá sobre vos.

El bebé sigue llorando y nadie logra calmarlo. Mi papá deja de hablar y guarda silencio, dando a entender que tienen que retirar a esa criatura. La gente empieza a murmurar. Los padres insisten un poco más, pero como no lo logran, él se harta y dice por el micrófono:

—¡No sé qué cosa tan grave pude haber dicho para que ese bebé llore así!

La gente vuelve a reír, pero yo sé que ese tono que pretende ser amable es, en el fondo, ira contenida. Está molesto porque, cuando se desconcentra por un bebé —años después se sumarán los celulares—, no puede retomar el hilo de su prédica. Yo aprovecho esta secuencia para salir otra vez al patio.

Estoy malhumorada. A la salida Sarita Kopelman y un séquito de feligreses me van a buscar para decirme algo sobre la prédica, y voy a tener que sonreír y no voy a poder decirles que, además de haberme tergiversado, la conversación terminó con él gritándome como un loco. Pero eso no lo cuenta en la prédica porque lo haría quedar mal y el rabino no puede quedar mal ante sus acólitos. Sigo sin encontrar a Martita.

Me cruzo con Jony Grimberg. Es alto y morocho de ojos celestes, un chico del que Martita está enamorada, aunque él está de novio con Karen Menache: una de *esas* que puede ponerse un jogging gastado y una remera por las rodillas e igual es hermosa. Martita me viene enseñando el concepto de "histeriquear", porque es lo que, según ella, le hace Jony Grimberg cada vez que nos ve caminando

por el patio y nos dice: "¿Cómo están las chicas lindas de Beit Iacov?". Jony me contesta que tampoco la vio. No sé por dónde más buscar y voy corriendo al único lugar que me queda sin revisar: la oficina de mi papá. Nadie puede entrar ahí sin permiso, salvo yo. Subo las escaleras de madera hasta llegar, abro la puerta, prendo la luz.

En un rincón, entre varias pilas de libros, copas de *kidush* y candelabros, veo la espalda de un chico sentado en la silla de mi papá. No llego a verle la cara porque se la tapa, se levanta los pantalones y sale corriendo. Ahí es cuando veo a Martita salir por debajo del escritorio. A una velocidad extrema, me toma del brazo y me lleva al pasillo oscuro. Se inclina hasta quedar a mi altura. Puedo verle las tetas que le sobresalen del corpiño y atraviesan el escote. Mientras me mira a los ojos con urgencia, me dice:

—Me tenés que jurar que no vas a decir nada de lo que viste.

—Los judíos no juran —le respondo segura.

—¡Juralo igual, por la Torá, por Adonai, por lo que más quieras!

—Te lo juro —respondo bajito.

—Por la Torá y por Adonai, te dije.

—Por la Torá y por Adonai —repito.

Martita me aprieta la mano y me hace doler. Creo que lo que más me molesta no es el hecho en sí, que aún no termino de entender, sino que haya elegido hacerlo en *esa* oficina.

Bajamos juntas las escaleras y los tacos de sus botas hacen un ruido infernal, me da miedo que mi papá los escuche desde el púlpito. Entramos para la canción final del servicio religioso. Nos tenemos que abrazar porque así es la costumbre y, como un mantra,

repetimos la última bendición que se instaló después de que explotara la bomba en la AMIA:

—*Tzedek, tzedek tirdof* —decimos juntas sin mirarnos—. Justicia, justicia perseguirás.

Martita me suelta y la pierdo de vista. La gente que me ve se acerca a saludarme.

—Así que no creés en Dios…

—Tu papá hoy habló de vos…

Sonrío y no digo nada. Mi papá, que tiene una fila de gente que espera su saludo, me encuentra con la mirada y me hace una seña con la cabeza que significa "vamos".

Salimos a la calle por una puerta lateral exclusiva que solo abren para nosotros, mientras el resto sigue charlando en el hall. Volvemos caminando, los dos en silencio. Al llegar a la esquina de la segunda cuadra, empieza a romper los papeles de la prédica. Primero en dos, después en cuatro. Me da algunos de los pedazos para que yo los siga rompiendo. En el primer cesto que aparece él tira una parte, en el siguiente, yo tiro la otra. No lo dice, pero sospecho que tiene miedo de que alguien se robe sus palabras. En cuanto a las mías, cumpliré la promesa que le hice a Martita. Jamás diré nada sobre lo que vi en esa oficina. Hasta ahora.

—¿Sentiste alguna vez el llamado de Dios?

—No. Nunca.

—¿Lo esperás? ¿Te va a llegar?

—No. No creo en ese llamado.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Eso. ¿Por qué no creés en un llamado divino?

—Porque creo que Dios es una metáfora.

—Cuando era chica te dije que no creía en Dios. ¿Te acordás?

—No.

—No te conviene acordarte.

—¿Es una entrevista o querés sacar trapitos al sol para castigarme como padre?

—Dale, seguí con el Dios y la metáfora.

—La existencia es un concepto filosófico que remite a lo real. Y no soy tan creyente como para afirmar que Dios sea real. Por ahí es una invención de nuestra mente. Eso no quita la importancia y la potencia que puede tener una idea, una sensación o una creencia en nuestra vida. Las creencias modelan nuestro comportamiento. Como la literatura, que causa un impacto en el alma de cada persona que lee algo que le resulta significativo.

—A ver...

—Dios no es Dios, sino literatura. La más sublime. La que a veces solo puede describirse con silencios. Con un renglón en blanco. Y el hombre, simplemente un pequeño lector. Pero ¿querés saber el verdadero secreto, el cabalístico?

—Sí.

—No se lo digas a nadie y seguime en esto, que te va a parecer un delirio, pero no lo es.

—Dale, pa.

—¡Dios es rock!, o mejor dicho, Dios es como el rock. Es el ruido que te sacude cuando todo parece demasiado ordenado. Es el acorde mal puesto que hace que la canción valga la pena. Dicen que es perfecto, pero yo lo imagino desafinando a propósito, rompiendo el ritmo, riéndose de nuestras ganas de entenderlo todo. No susurra, amplifica. No calma, distorsiona. Porque si fuera tan claro, tan limpio, tan correcto… sería insoportablemente aburrido. Y mientras nosotros pedimos señales, Él nos tira un solo interminable y espera, con una media sonrisa, a ver si alguna vez dejamos de taparnos los oídos.

Podría pasarme horas mirando las pulseras de oro que adornan las muñecas de Sofía Zafrani. Una tiene pequeños corazones separados por una corta distancia; de otra sobresalen una estrella de David, una manito *hamsa*, una clave de sol, una luna. Quiero creer que hay algún tipo de criterio en la elección de cada uno, que hay una historia detrás para contar. Pero cuando le pregunto, ella me dice que no. A Sofía le cuelga, además, un collar con siete dijes en forma de nenitos y nenitas, y lo único en lo que pienso, me obsesiona imaginarlo, es que para tener esa cantidad de criaturas hizo *eso* siete veces.

Mis papás lo hicieron una vez y con eso fue suficiente para tenerme a mí porque, hasta este momento, no tuvieron más hijos. Dos años atrás fuimos de viaje a Israel con un grupo de congregantes de la sinagoga. Mi mamá me había dicho que debía pensar un deseo para dejar en el lugar más sagrado sobre la tierra, o sea, el Muro de los Lamentos. No necesité meditar demasiado porque mi único anhelo era un hermanito. Así que eso fue lo que escribí en un papelito al que convertí en un bollito y metí en un hueco. Pero Dios no cumplió mi pedido y me di cuenta de que era una pavada dejar deseos en ese muro que, comprobé, doy fe, de milagroso no tenía nada. Volviendo a Sofía Zafrani: siete veces me parece una barbaridad.

Tiene todas esas joyas porque ella vende pulseras, collares y anillos. Mi mamá dice que es un hobby, que no necesita trabajar. Su marido, Sami Zafrani, tiene un negocio de telas en el Once y hace fortuna, agrega. Unos años más tarde, Sofía me dará mi primera pulsera de oro como regalo de mi *bat mitzvá*. Va a traer a mi casa unos pañolencis negros llenos de alhajas de oro y voy a tardar horas en decidirme por una con pequeños círculos dorados. Pero ahora solo miro con deseo las que cuelgan de su muñeca, pensando que no vi jamás en mi mamá una pulsera de oro, ni siquiera el anillo de casada, que se había sacado en Brasil después del secuestro del presidente de la sinagoga por miedo a que le robaran y nunca más se lo volvió a poner.

Si alguien no la conociera y la viera por la calle de la mano conmigo, podría pensar que es una madre hippie y soltera. Vestida siempre con ropa holgada y collares de feria, nadie imaginaría que no solo está casada, sino que es la esposa del rabino: una mujer sobre la que se posan las miradas de cientos de feligreses, que se preguntan cómo es eso de enamorarse de un hombre de fe, con vocación de servicio a Dios.

Se conocieron cuando ella tenía quince y él, dieciocho. A mi papá lo habían tomado como seminarista, mientras estudiaba Rabinato, para orientar a la juventud de una sinagoga del barrio de Vicente López. Mi mamá era la líder rebelde del movimiento juvenil y empezó una revuelta contra el protorrabino que había aterrizado, según ella, para traer reglas y mandamientos que cumplir. Pero ni ella era tan rebelde ni él tan observante, y, entre tantas peleas, él la invitó a ver un concierto de la Filarmónica de Israel en el Colón. En

las escalinatas, antes de entrar, le recitó un verso de García Lorca y eso terminó de enamorarla.

Mi mamá tiene que ejercer su rol de esposa del rabino. Por eso, una vez por semana, da clases en la sinagoga sobre mujeres y Biblia, el tema que estudió en Jerusalén, cuando abandonó su carrera universitaria a solo dos materias de recibirse para acompañar a su flamante marido a que terminara sus estudios. Las clases no son un trabajo pago, pero es la manera que tiene de mostrarse dispuesta frente a la congregación.

Yo también estoy en esa clase porque no tengo con quién quedarme. Mi papá está en una reunión, o dando otra clase, o en la presentación de un libro que autopublicó una congregante sobre el recuerdo de su tatarabuelo en Alepo. O quizás esté visitando a un enfermo, o dándole las condolencias a la familia de un muerto, o reunido con los padres separados de un niño que está por hacer su *bar mitzvá* para que sea una celebración y no una guerra. Y así podría seguir nombrando miles de razones por las cuales nunca puede cuidarme.

Mientras mi mamá da su clase, me quedo en silencio, jugando con una muñeca, dibujando y mirando cuando Sofía Zafrani saca un labial y una crema para las manos de su cartera gigante de cuero color negro. ¿Cuántas cosas se pueden tener en un bolso? En la carterita de mi mamá solo entran las llaves y algunos billetes sueltos arrugados.

Ella está preocupada por otras cosas. Lo estético le resulta una cuestión del orden mundano y conmigo es muy exigente. No me deja ver mucha televisión y me tiene prohibido el programa infantil que miran todas mis amigas, porque lo considera "estúpido" para

una nena "tan inteligente" como yo, así dice. Esto genera el efecto contrario y lo único que quiero es deleitarme con las canciones de esas huérfanas que salen en la pantalla chica. Cuando lloro porque no me deja verlas, deseo vivir en la casa de las mellizas y ser como Belén o Mili, las protagonistas de la telenovela, que no tienen papás y son felices igual, si no no estarían cantando y bailando.

También me obliga a leer libros. *Mi planta de naranja lima* me aburre y no lo entiendo. A los quince, tampoco voy a entender *Madame Bovary* o *Anna Karénina*, que me impondrá como castigo por ser tan adolescente. Hasta amenaza con tomarme "examen", algo así como una comprobación de lectura, pero después se olvida. Lejos de su objetivo, que por supuesto es que yo sea una gran lectora, otra vez genera el efecto opuesto. Odio leer.

Como los domingos a la mañana nos quedamos solas, mi papá tiene que ir al club —así le dice al cementerio porque va todos los domingos—, me arma planes culturales como ir a museos o a los conciertos infantiles del Teatro Colón. Cada vez que vamos me recuerda que allí, en dos butacas del gallinero —las señala—, se había dado el primer beso con mi papá. Me da asco cuando lo dice.

En la clase de hoy, mi mamá cuenta la historia de las hijas de Zelofejad, una leyenda que escucharé en mi adultez y me resultará fascinante, pero que, por supuesto, ahora no entiendo. Hacia el final del éxodo de los judíos de Egipto, mientras se preparaban para entrar a la Tierra Prometida, Dios ordenó que el territorio fuera repartido entre las tribus según el tamaño de sus familias. Un señor de nombre Zelofejad había muerto sin tener hijos varones y, cuando sus hijas se dieron cuenta de que el nombre de su padre quedaría excluido de la repartición, decidieron hacer algo extraordinario que

nadie había intentado antes: se acercaron a Moisés y le exhortaron el derecho a heredar las propiedades de su padre. Moisés consultó a Dios y el Todopoderoso le respondió que el pedido de las hijas era justo y que se les debía otorgar la herencia de su padre.

—Las hijas de Zelofejad hicieron el primer reclamo feminista registrado de la historia, siglo XII antes de la era común. Increíble, ¿no? —dice mi mamá esa tarde en la sinagoga.

Todas asienten con la cabeza. Sofía Zafrani, por supuesto, también.

—¡Qué bárbaro!

—¡Qué mujeres!

—¡Qué corajudas!

—¿Cómo era el Dios en el que creías cuando empezaste a estudiar para ser rabino?

—Mirá… te soy sincero, no te lo puedo definir con precisión. No tenía una idea clara ni demasiado elaborada. Era más bien una intuición. Un Dios al que le hablaba en términos domésticos, de entrecasa. Le contaba mis cosas. Y sí… en mi imaginación también podía premiar o castigar.

—¿Como cuando pedís un deseo antes de soplar las velitas? Bastante infantil, ¿no?

—Sí. Bastante. Pero no tiene nada de malo. Todos empezamos así. Y te confieso algo: a veces todavía me sorprendo teniendo esas percepciones medio parvularias. Ese impulso de mirar al cielo y negociar un poco.

—¿En serio?

—Claro. Lo que pasa es que cuando las intelectualizo… el rabino que discutió textos durante años… esas representaciones se disipan en treinta segundos. Se evaporan. A veces me da lástima porque hay algo muy tierno en ese Dios tan cercano, casi cómplice. Más de una vez extraño esa simpleza.

Cuando se abre la puerta de mi casa y lo veo entrar con su valija, lo primero que pienso es que no tiene nada que ver con la foto, cuatro por cuatro en blanco y negro, que sale todos los meses en la revista. David "Deivid" Levner es petiso. En mi cabeza lo imaginaba como un hombre alto, fornido, pero apenas me supera en altura. Deivid es un periodista estadounidense que dirige una publicación sobre distintos aspectos del mundo judío llamada *Tikkun Olam*, que literalmente significa "reparar el mundo". Pero *tikkun olam* no es solo un eslogan, es un concepto teológico ligado a la ética judía y a la idea de responsabilidad colectiva frente a la injusticia. Mucho tiempo después entenderé que podría interpretarse como justicia social, pero ya sabemos que ese es un término peronista y por eso a muy pocos judíos les gusta pensarlo así.

Cada mes esa publicación atraviesa el océano y llega por correo a mi casa. Una vez que la tiene en las manos, mi papá se desespera por leerla, como cuando era chico y leía sus dos favoritas: *Superman* y *El Tony*, en el Vorwärts, la quinta en la localidad de Moreno a la que iba los fines de semana, fundada por judíos de Europa del Este. En aquel lugar compartía pequeños dormis con otros niños, hijos de inmigrantes como él, y se pasaba horas con esas revistas.

Ahora, una vez que las termina, las almacena en el revistero del baño; y, si bien hay libros por todos lados, las *Tikkun Olam* son las primeras revistas que se acumulan. Después llegarán otras

colecciones —*Debate*, *Trespuntos*, *Veintitrés*— que tendrán su lugarcito en el baño, pero las *Tikkun Olam* se transforman en un objeto preciado, incluso para mí, cada vez que las tengo en las manos. Me gusta pasar esas páginas finitas, leer los nombres de quienes firman los artículos y soñar con escribir algún día y que mi nombre esté sellado en hojas enceradas. Aunque no sé el inglés que se necesita para comprender esos textos, me atraen las páginas coloridas, las imágenes, e infiero por algunos dibujos que es una revista judía pacifista. Hay entrevistas a figuras de distintos credos, como musulmanes o budistas, y las palabras "peace" o "coexist" se repiten bastante.

Por eso, cuando mi papá me cuenta que Deivid Levner va a venir a la Argentina a dar un ciclo de charlas en la sinagoga y que se va a alojar en nuestra casa, me emociono igual que si viniera una estrella de Hollywood.

Miro un programa de televisión que se llama *El fantasma escritor* —mi mamá sí me lo deja ver porque "tiene un contenido", así dice—, en el que un grupo de chicos debe resolver misterios a través de las palabras, una mezcla entre detectives, investigadores y escritores. Cada uno de ellos lleva una lapicera colgada alrededor del cuello porque tienen que estar listos por si el fantasma les envía alguna señal. Yo me armo esa misma herramienta de manera casera: agarro una lapicera a la que le ato un cordón y me la cuelgo para jugar a ser ¿escritora?, ¿investigadora?, ¿periodista? Deivid es la persona más parecida a mis ídolos de la tele. Tengo muchas preguntas para hacerle. Quiero saber cómo es trabajar en una revista y si lleva una lapicera con él a todas partes. Pero, cuando lo

tengo enfrente, en la mesa de la cocina de mi casa, no me sale preguntarle nada.

Deivid es simpático, se ríe y no para de hablar. A mí no me registra, apenas me mira. Come empanadas, una detrás de otra, y se limpia con el mantel la grasa que le chorrea entre los dedos. Mis papás lo miran obnubilados y le celebran cada ocurrencia. La charla fluye entre el inglés y el hebreo. Sigo el hilo de la conversación como puedo y me sorprendo cuando dice:

—*I want to meet someone*.

Unos segundos atrás nombraba a filósofos y pensadores judíos y ahora, sin ninguna transición, cuenta algo tan íntimo y privado. Presto atención. Mi mamá siempre dice que soy muy *iajne*, chusma en *ídish.* Lo menciona como algo peyorativo, pero muchos años después entenderé que ser *iajne* es la herramienta principal de todo buen periodista y voy a estar muy orgullosa de serlo.

Intento comprender a dónde quiere llegar Deivid Levner con su pedido y me limito a escuchar: cuenta que lleva un tiempo divorciado —de su segunda mujer— y que sueña con volver a formar pareja; esta vez, con una argentina. Mis papás dicen que van a pensar en alguien para presentarle e intentan cambiar el rumbo de la conversación, pero él insiste. Necesita saber cómo son las mujeres argentinas judías, a lo que ninguno de los dos sabe qué responder; entonces, con mis siete años recién cumplidos, digo:

—*They are the best*.

Los tres se ríen de mi ocurrencia y me pongo contentísima porque es la primera vez que Deivid me mira a los ojos.

—*She has talent*… —responde.

Bajo la vista y sonrío, mezcla de vergüenza y alegría por su cumplido. Mientras, mi mamá cambia de idioma a castellano y le sugiere a mi papá que pueden presentarle a Olga Leibovich, una viuda de la sinagoga que es "muy culta, sabe mucho de arte". Pero Deivid, que algo percibe de la conversación, aclara, por las dudas:

—*I want a young woman*.

Sin dormir en toda la noche por el pedido, apenas amanece, mi mamá llama a Judith Koplinsky, una congregante que trabaja en varios clubes judíos y en otras organizaciones de la colectividad. Supone que ella conoce mujeres jóvenes que quieran salir con un cincuentón intelectual norteamericano. Judith toma nota y dice que se va a poner a trabajar en este *shidaj* lo antes posible.

Los días siguientes, Deivid duerme hasta las once de la mañana y se pasea en cueros por toda la casa. Mi mamá dice que es un *shleper*, igual que mi papá, otra palabra en *ídish*, que significa desprolijo o dejado, y que por eso se entienden tanto. Toman mate en la cocina, charlan hasta altas horas de la madrugada, pero él sigue obsesionado con una sola cosa y cada vez que se cruza con mi mamá la aborda:

—*So?*

—*We are working on it* —le explica ella, moviendo las manos, pidiendo paciencia.

El viernes, unos minutos antes de salir a la sinagoga para el servicio religioso, llega el llamado de Judith Koplinksy con buenas noticias. Consiguió una candidata, una soltera de cuarenta años recién cumplidos. Paula Wolf, escucha mi mamá con el teléfono al hombro, mientras saca los cubiertos del cajón para la cena de *shabat* en honor a Deivid, y se queda dura. En nuestra casa ese

nombre es mala palabra o directamente se la menciona como "la hija de puta". Paula Wolf era la persona que le había ganado a mi mamá el puesto de directora académica en una reconocida escuela central de la colectividad. Pero no hay más tiempo para buscar otra candidata para Deivid. Es lo que hay. Apenas llega a la sinagoga, con el servicio ya empezado, mi mamá le hace una seña a mi papá con el pulgar para arriba. Él, desde el púlpito, entiende.

Deivid dirige unas palabras al público de Beit Iacov. Habla sabiendo que está su candidata. Después tiene que saludar a toda la comunidad como si fuera una eminencia, aunque hasta ese momento nadie había hojeado jamás una *Tikkun Olam.* De hecho, si la leyeran, ni siquiera coincidirían con sus ideas —sobre todo las vinculadas a la política del Estado de Israel, como escuché más de una vez esta semana—, pero eso da igual. Lo único que les interesa a los congregantes es que Deivid viene de Estados Unidos y eso es bueno como todo lo que viene de Estados Unidos. Entre los que se acercan está Paula Wolf. Mi papá los presenta.

Ella está invitada a cenar a nuestra casa y a mi mamá le cuesta ocultar su disgusto, está malhumorada. Mientras tanto, Deivid hace un gran esfuerzo para impresionarla y no paran de hablar. Yo ceno y me voy rápido a jugar a mi pieza porque me aburro. A la mañana siguiente, Paula desayuna con nosotros. Deivid regresa a Estados Unidos con un mate en la valija y el compromiso de volver, ya no para salvar el mundo, sino por una mujer argentina.

Según la tradición, quien hace un *shidaj* tiene una recompensa. En nuestro caso, será casi inmediato porque, al poco tiempo, Deivid y Paula se casarán y ella se irá con él a vivir a Estados Unidos; así que

mi mamá, finalmente, ocupará el puesto con el que había soñado. Un *win win*, como se diría en su nuevo país.

—Si te preguntara por la primera vez que pensaste como rabino...

—Una vez unos chicos vinieron a verme. El pibe tenía, no sé, dieciocho; la piba, diecisiete. Yo en ese momento tenía unos veintiséis. Se sentaron. Estaban terriblemente angustiados. Ella me contó que estaba embarazada, entonces yo salí con toda la perorata sobre qué dice el Talmud y el judaísmo acerca del aborto. Me mandé un sermón, cité libros. Y cuando terminé la verborragia automatizada, me dijeron: "No venimos a preguntarte qué decisión tomar. Venimos a pedirte que nos ayudes a hablar con nuestros padres porque nos queremos casar". Ahí me dije a mí mismo: qué pedazo de pelotudo que soy. A partir de ese instante revelador, empecé a darme cuenta de que tenía que escuchar más y hablar menos.

—Igual que un buen periodista.

La primera vez que trae ese polvito a casa, mi mamá no cena. La etiqueta dice: "Suplemento dietario para el control de peso". Miro cómo lo disuelve en agua y lo toma de a sorbos, con cara de asco, enojada, mientras comenta:

—¡Qué estupidez!

Es evidente que no lo es porque, desde que tengo uso de razón, está decidida a bajar de peso. Ya no puede soportar que la vuelvan a confundir con una embarazada y le cedan el asiento en el colectivo. En televisión, un doctor llamado Alberto Cormillot habla sobre hacer dieta y muchos en la sinagoga van a grupos para adelgazar o compran viandas congeladas que él vende. Pero lo que pasó en los últimos Iamim Noraim con Laura "la gorda" Mizrahi fue otra cosa. Todos querían saber cómo de un año a otro había bajado cincuenta kilos. ¡Nadie la había reconocido! ¿Cómo esa chica obesa que se sentaba junto a sus padres, también obesos, había podido convertirse en una modelo? La sinagoga entera se acercó a felicitarla. Hasta mi papá dijo por el micrófono, frente a la congregación, lo orgulloso que estaba de ella, y Laura sonrió como si hubiera hecho dieta para que el rabino la nombrara.

Yo tampoco podía creer el cambio cuando la vi y ahora sí me parecía una chica hermosa, y lo único que deseaba era que pudiera encontrar un novio. La gente de Beit Iacov quería lo mismo y "ahora que es flaca es mucho más fácil", dijo Dorita Stiberman una mañana

en la *janutiá.* La gran pregunta era cómo lo había hecho y ella respondía con una sola palabra: "Herbalife".

Mi mamá me culpa por su gordura. Dice que desde mi nacimiento no recuperó su peso. Veo fotos de ella antes de tenerme y es verdad que era flaca, casi que se le notaban los huesos. Yo aún no lo sé, pero mi mamá buscó otro hijo y no pudo. Tampoco sé que llevan hechos varios tratamientos y ninguno funcionó. Parece que voy a ser hija única. Me siento bastante culpable de que ahora sea gorda, entonces la aliento con el tratamiento y le digo que va a quedar igual que la gorda Mizrahi, a la que se le sigue diciendo así aunque ya sea flaca; el gorda es algo que nunca se va.

No solo fue bajar de peso lo de esta chica, sino que empezó a vestirse mejor. Ropa de marca, carteras caras, peluquería, uñas de manicura. Los comentarios llegaban hasta mi propia casa. ¿Cómo una simple maestra jardinera tenía acceso a esas cosas? Nadie lo decía, pero sospechábamos de que alguien se las compraba. ¿Por qué no lo presentaba en sociedad? ¿Por qué no lo traía al templo para Rosh Hashaná? ¿Por qué se seguía sentando sola en medio de sus padres? La respuesta para todos era obvia: su novio debía ser *goy*.

El misterio se develó poco tiempo después porque la gorda Mizrahi tuvo la mala suerte, la pésima suerte, de que en el hotel de Miami donde se estaba hospedando junto con Miguel Gurevich —que le llevaba veinte años—, también se alojaran los Jarkowsky. Los Gurevich y los Jarkowsky se conocían muy bien. Eran vecinos en el sector de la aristocracia en los "días terribles". Los Jarkowsky, fila 3; los Gurevich —Miguel, su hasta entonces esposa y sus tres hijos—, fila 4. En el desayuno del hotel todo fue una incomodidad.

—Imaginate que estaban sirviéndose el huevo revuelto cuando se cruzaron —escuché decir a Dorita Stiberman, que tenía todos los detalles de la trampa, mientras me hacía la distraída en la *janutiá*.

Y qué escándalo cuando en el Rosh Hashaná siguiente la gorda Mizrahi pasó a sentarse en la fila 4 tomada de la mano de Miguel Gurevich, mostrando su anillo de casada, porque él se quedó con los asientos, mientras que su ahora exesposa, ofendida con mi papá porque los había casado, se fue al templo de la competencia.

En cuanto a mi mamá, no solo no adelgaza con el Herbalife, sino que empieza a engordar de una manera extraña. Está cansada y lo único que quiere es dormir. Un viernes, en la víspera de *shabat*, mientras mi papá y yo caminamos las tres cuadras que nos separan de la sinagoga, va a la farmacia, vuelve a casa y se hace un test de embarazo. No espera. Sale disparada a Beit Iacov y se sienta por el medio del salón. Le hace sí con la cabeza, él apura el rezo para que el servicio termine antes y sale corriendo a abrazar a su esposa.

Del escarnio público por casarse con Miguel Gurevich, Laura Mizrahi se convierte en heroína porque hasta el día de hoy mi mamá está convencida de que el Herbalife le funcionó como método de fertilidad. La gorda Mizrahi será recordada como la responsable de que yo dejara de ser hija única a los ocho años, que el rabino entregara a la congregación una nueva heredera al trono.

—Una vez un hombre y una mujer que estaban por ser padres me pidieron que los acompañara en la clínica. No tenían familia. Estaban solos. El parto se tornó difícil, los médicos iban y venían, y el pasillo del sanatorio se llenó de ese tipo de miedo que lo ocupa todo. El padre estaba deshecho. En un momento me agarró fuerte del brazo, como si necesitara sostenerse, y me imploró que rezara.

—¿Y qué hiciste?

—No encontré palabras. Y eso también me marcó. Porque uno pasa la vida aprendiendo plegarias, textos, formas… pero hay instantes en los que todo eso queda chico. Entonces cerré los ojos. Y pedí. Pedí como alguien simple que solo quiere expresar algo honesto. Pedí que la vida eligiera quedarse. El tiempo se volvió extraño… no sé cuánto esperamos. Pero de pronto desde la sala de parto se escuchó el llanto, como un clamor. Fuerte. Claro. Indiscutible.

—¿Te acordás de lo que sentiste?

—Sí… Primero fue una sensación de alivio. El padre lloraba de alegría sin intentar esconderlo. Yo me quedé en silencio. Porque entendí algo… algo que no había comprendido del todo hasta ese momento: que cada nacimiento supera al hecho biológico. Es un acto de fe en la vida misma. Es una manera mágicamente obstinada de abrirse camino.

—¿Y eso te cambió?

—Desde entonces, cada vez que escucho a un bebé llorar, para mí, es una respuesta sagrada.

Son las cinco de la tarde y, a esta altura del año, los árboles ya se pintaron de naranja. La combi de Mary dobla en la calle Arcos y eso quiere decir que faltan dos cuadras para que lleguemos a lo de las mellizas. Al entrar al jardín de infantes, apenas aterrizamos de Río de Janeiro, la primera amiga que me invitó a su casa fue Johana y a la hora de la salida su mamá apareció de la mano con otra nena igual, que se llamaba Ariana. Por primera vez vi un par de mellizas y, desde ese momento, las tres nos volvimos inseparables.

Cuando estamos a punto de bajarnos de la combi, Johana me susurra al oído:

—Te pagamos diez pesos si hoy probás jamón.

Como hija de rabino, tengo que comer alimentos *kosher*. La Torá prohíbe el consumo de cerdo, ingerir animales no rumiantes —no tengo idea de qué son los animales no rumiantes, solo repito lo que escucho— y mezclar carne con leche. No sé en qué categoría entran, pero tampoco se pueden los mariscos.

Mary pone el freno de mano y nos grita para que nos apuremos. No tiene demasiado tiempo para estar en doble fila. Las chicas me siguen insistiendo, por lo que termino dando una respuesta rápida y digo que sí.

Soñé muchas veces con este momento. Lo hago desde que fui por primera vez al cumpleaños de un amigo del jardín y vi pasar una bandeja llena de salchichitas con mostaza.

—Ahí vienen las pizzetas para vos, mi vida —dijo la mamá del homenajeado para quedar bien con la hija del rabino, mientras que lo único que yo quería en ese momento era tirarle las pizzetas con queso rancio en la cara y zambullirme entre esos pequeños manjares porcinos de felicidad.

Sobre mi espalda tengo la mirada de cientos de feligreses: ellos sí comen lo que quieren, pero esperan de nosotros y de mí, una pobre criatura a la que le gusta más comer que jugar, que obedezcamos el mandato divino. Con diez años tengo que acatar lo que nos ordena Dios, un viejo sentado en una nube, así lo imagino, una figura perversa que me prohíbe deleitarme con una mísera salchichita con mostaza como el resto de mis amigos. Todavía no está de moda ser vegetariano o vegano; no existe la celiaquía ni la intolerancia a la lactosa. La única que no come salchicha, ni jamón, ni hamburguesa soy yo. Odio a Dios.

Carlos, el portero de las mellizas, nos abre la puerta del edificio y, de lo emocionadas que estamos, ni le decimos hola. Subimos corriendo las escaleras. Tocamos varias veces el timbre hasta que Lourdes, la empleada doméstica cama adentro que vive con ellas, nos abre la puerta. Habla distinto porque es paraguaya. De las amigas de las chicas, soy a la que más quiere porque voy a esa casa como mínimo una vez por semana y me quedo a dormir bastante seguido, pero, sobre todo, soy la preferida por ser la hija del rabino. Ella es evangélica, me cuenta, y me explica algunas similitudes entre ellos y nosotros, y yo la escucho, no como las mellizas.

Hay otras reglas que orbitan alrededor del mandato de comer *kosher*, en especial las vinculadas a no mezclar carne con leche. Tengo prohibido pedir una hamburguesa con queso; si ceno una

milanesa de pollo, tengo que esperar dos horas para tomar un helado de crema: lo de las dos horas no es una metáfora divina, es literal. En mi casa hay un cajón para cubiertos de carne y otro para cubiertos de productos lácteos, y nadie se puede confundir porque mi mamá empieza a gritar:

—¡No cortes esa milanesa con el cuchillo de leche!

Cuando se pone así me da pánico porque no entiendo qué consecuencias concretas puede traer mezclar una cosa con otra. ¿Enfermedades? ¿Una catástrofe? ¿La muerte?

Una vez, a los siete años, en un control odontológico, la dentista me felicitó porque ya se me habían caído los últimos dientes de leche.

—¿Y cuánto tardan en crecer los de carne? —pregunté.

Otro día mi mamá intentó con una explicación nueva.

—La vaca *kosher* sufre menos en el momento en que la matan —me dijo.

En mi cabeza, imagino esto: dos vacas idénticas enfrentadas a dos hombres, uno vestido normal, el otro vestido como un judío ortodoxo. Los hombres escuchan, al mismo tiempo, el sonido de un silbato. El primero empieza a golpear a la vaca con un palo; golpea, golpea, sigue golpeando; sangre, más sangre, charco de sangre, mugidos agudos; muerte. En cambio, el ortodoxo dice una bendición:

—*Baruj atá Adonai*, no sufras.

Entonces, saca un arma y dispara. Pum, la vaca muere al instante. Está clarísimo quién sufre menos y entonces mi mamá tiene razón. Los judíos que comemos *kosher* somos mejores que el resto de la

humanidad porque no maltratamos a los animales antes de asesinarlos.

Con las mellizas nos sentamos en la mesa del comedor diario que Lourdes nos había dejado preparada. Sobre el mantel cuadriculado, rojo y blanco, hay tres platos, tres tazas, chocolatada, tostadas, quesos untables, mermelada. Las mellizas me dejan sola por un momento y traen de la cocina un paquete cerrado.

—Jamón ibérico —dice Johana.

—Lo trajo mamá de España —agrega Ariana, como si yo pudiera comprender que estoy a punto de cometer un pecado premium, cuando, a esa edad, me da lo mismo si el jamón es europeo o del almacén de la esquina.

Nos sentamos las tres en la mesa y Johana, con una tijera, corta el envoltorio. Escoltada por su hermana, lo abre delante de mí, certificando la autenticidad, y despega una lámina del montón. Me quedo mirando la feta unos segundos.

—Es mucho —digo.

Entonces Ariana toma la lámina, la levanta con las dos manos y, como si fuera las tablas de la ley, la corta a la mitad. Igual que Moisés a su pueblo, me entrega la feta de jamón. Cada una se sienta a un costado y quedo en el medio. Cierro los ojos, trago saliva y meto el jamón en mi boca. Las chicas acercan sus caras a la mía y abren cada vez más grande los ojos. Me miran como si estuviera a punto de comer una cucaracha viva. Mastico y siento un gusto salado, demasiado salado, e intenso. Las mellizas aplauden y cantan:

—¡Ja-món! ¡Ja-món! ¡Ja-món!

Me empiezan a dar arcadas. Toda mi vida soñando con esto y ahora lo único que quiero es escupir. En el fragor del momento, escuchamos el ruido de las llaves. Nos miramos. Es su mamá. En ese microsegundo en el que no sabemos qué hacer, en donde tenemos que guardar la evidencia del crimen, me imagino la escena: la madre verá el pedazo de jamón en mi boca, nosotras no podremos disimular y confesaremos. Le voy a rogar que no les diga nada a mis papás, pero ella no va a poder mentir, y menos al rabino. El rumor se va a esparcir por todo Beit Iacov hasta llegar a la mismísima Sarita Kopelman, que, en la noche de Iom Kipur, comentará:

—La hija del rabino comió jamón. ¿Te enteraste? ¡Qué barbaridad, jamón, la hija del rabino, jamón!

Pero nada de eso ocurre: la mamá entra, saluda de lejos y ni nos mira. Respiro y reclamo mis diez pesos.

—¿Sentís que sos coherente en tu vida y en tu práctica religiosa?

—Nunca creí en esto de ser "coherente". La palabra me suena a acomodo, a tribunal invisible que te evalúa todo el tiempo. Te diría algo más: la coherencia, así entendida, es casi la ideología de los mediocres. Prefiero hablar de ser "consecuente". Es decir, hacerme cargo de las consecuencias de lo que hago, aunque incomode.

—Si no existe exactamente la idea de pecado en el judaísmo, ¿por qué igual aparece la lógica del castigo divino?

—Porque en la Biblia hay consecuencias. Eso sí está. Pero no funciona como en otras religiones, donde el pecado es una especie de mancha espiritual.

—O sea que castigo hay, pero pecado no.

—No del mismo modo. En hebreo la palabra que suele traducirse como "pecado" es "jet"*, que en realidad significa algo así como "errar el blanco", igual que cuando tirás una flecha y no le pegás al centro. Es decir, no hiciste lo correcto, te equivocaste, te desviaste. Pero no quedaste marcado para siempre.*

—¿Y en casa? ¿Hasta qué punto cumplían los rituales de manera genuina y hasta dónde era pura presión social o institucional?

—Con mamá siempre intentamos ser lo más auténticos posible. De verdad. Pero no te voy a mentir: muchas veces sentíamos que había que mostrarse perfectos. Como si alguien estuviera tomando nota, evaluándonos.

—Qué boludez.

—La verdad… sí. Mucha energía gastada en sostener una postal prolija. Con el tiempo entendés que la vida no necesita maquillaje.

Cuando llegamos, Roque, el muchacho de maestranza, está terminando de acomodar los enormes arreglos florales del pasillo. No parece que estemos en la misma sinagoga en la que rezamos cada viernes. Esta nueva escenografía con lirios, rosas y peonías la transforma en un perfecto set de película romántica. En una hora, por esa pasarela que Roque acaba de decorar, desfilarán los futuros esposos. Esta noche mi papá va a oficiar tres casamientos seguidos.

—Hijita, ahora, silencio —me dice, mientras nos sentamos en la mesa redonda de su oficina.

Le hago caso y lo miro. Tiene que concentrarse para llenar la *ketubá*, el acta nupcial. El documento que acredita el matrimonio, similar a la libreta roja del registro civil, es una cartulina de color celeste. Con su letra desprolija e infantil, pone la fecha, los nombres de los novios y estampa su propia firma. Como un juez, tiene la potestad de certificar un casamiento judío. No escribe su nombre en español. En la *ketubá* firma como Hershl, su nombre en *ídish*, en honor a uno de sus bisabuelos asesinados por los nazis.

Después de completar el acta, llegan Estelita y Jorge Eidelstein, una pareja de voluntarios que ayudan en el operativo de la ceremonia, como si fueran wedding planners. Ella es castaña y tiene unos mechones muy rubios que quedan mezclados entre sus rulos, y a mí me da intriga saber cómo es que logra ese entramado de tonalidades. Robusta, de pechos grandes, cadera ancha, Estelita

tiene la capacidad de manejar a las dos familias —a la del novio y, sobre todo, a la de la novia— para que logren relajarse antes de decir "sí, quiero". Es que los involucrados depositan en esta noche las expectativas acumuladas a lo largo de toda una vida y, una cosa no menor, dinero: casarse es muy caro. Jorge Eidelstein, petiso y pelado, camina con su manojo de llaves colgado del cinturón, haciendo ruido, ante la mirada corrosiva de su esposa, que siempre resopla cada vez que él pasa: "Ponete la camisa dentro del pantalón", "limpiate el sudor", "tenés caspa hasta el *tujes*, Jorge". Tienen dos hijos varones —muy feos— y lo único que anhelan es encontrarles novias judías. En los casamientos, ella está muy pendiente de que aparezcan hermanas, primas, amigas de los novios y lleva en su cartera, por las dudas, fotos de sus hijos, que muestra cada vez que puede.

El primero que llega es el novio con sus padres y sus testigos, junto con un equipo de camarógrafos y fotógrafos que dan vueltas por todos lados. Mi papá los detesta porque, como paparazzis, hacen maniobras para tener la mejor captura y alteran la dinámica de un lugar tan sagrado como es la sinagoga. Mientras tanto, yo entro y salgo de su oficina.

—Ay, qué divina, ¿es tu hija? —dice alguien.

—Pero ¡qué ojos tenés, mi amor! —agregan, mirándome fijo…

—Viste… son de un amigo de mi señora —remata mi papá.

Siempre el mismo gag, que solo los adultos entienden y que funciona para descomprimir. No importa que para mi papá, o para los Eidelstein, o incluso para mí, cada sábado sea igual al otro. Para las familias, esta noche única tiene que salir perfecta y nosotros disponemos de todo para que esto ocurra.

Salgo corriendo y doy aviso a Estelita de que en cualquier momento llega la novia. Ni bien pisa la vereda con su zapato blanco, los camarógrafos, como moscas, vuelan a registrar el momento exacto en que baja del auto junto a su padre. Hago un paneo rápido del vestido y me voy apurada —como si mi presencia fuera fundamental— a una pequeña sala donde mi papá está esperándola. Cuando entra, le saco una radiografía a cada detalle. Anoto en mi cabeza: vestido acampanado, corsé con lentejuelas, peinado recogido, corona con apliques. Los casamientos son la primera escuela en donde afilo la mirada y, sin saber cuánto me servirá después, aprendo a observar con agudeza y obsesión.

—¿Te gusta el vestido? —me pregunta la novia, que siempre está a punto de desmayarse. Asiento con la cabeza y sonrío.

—¿Un vasito de Coca? —interrumpe Estelita Eidelstein para prevenir tragedias.

Es un clásico. Hace una semana que la novia no come para que le entre el vestido. Cuando estaba en primer grado, la maestra Shoshi nos invitó a su casamiento. Para mí era emocionante porque era la primera vez que estaba de invitada en una ceremonia que oficiaba mi papá. Pero nunca me voy a olvidar de cuando, a los pocos minutos de empezar, Shoshi se descompensó y se cayó redonda al piso. Después de que la asistieran, la ceremonia continuó con ella sentada en una silla.

Bajo las escaleras y entro a la sinagoga. Ya está repleta de gente. Voy despacio por el costado y subo a la tarima. Nadie me lo pide, pero corroboro que Felisa, la secretaria de mi papá, le haya pegado un papelito con el nombre de los novios detrás del púlpito. Esa

noche no puede confundirse entre Laura y Paula, o entre Nicolás y Tomás. No puede haber ni un error.

Mientras tanto, Jorge Eidelstein le reparte una kipá a cada uno que llega. Si no tengo nada para hacer, si nadie me necesita para algo específico, yo también las reparto. Una vez se casó una panelista de un programa de chimentos y fueron como invitados Adrián Suar y Marcelo Tinelli. Cuando le di una a Suar, se la puso porque es judío, su apellido real es Kirzner Schwartz; de hecho, su padre, Leibale, era un cantante muy famoso de música en *ídish.* Esto dice siempre mi mamá cada vez que Suar aparece en la tele porque, para ella, los actores judíos son mejores que el resto. Pero Tinelli agarró la kipá y, para hacerse el simpático o porque de verdad no sabía, me preguntó qué hacía con eso. Durante toda la semana me la pasé contando en la escuela que Tinelli y Suar habían estado en la sinagoga y que yo le había repartido una kipá a cada uno.

A las ocho de la noche —en punto, porque si hay un encadenado de casamientos, como hoy, no puede retrasarse nada—, comienza la ceremonia. Mi papá entra por un costado de la tarima junto con Marcelo Druker, el abogado que canta para los "días terribles" y también para los casamientos. Adrián Mayer, el organista de la sinagoga, toca los primeros acordes. Es un muchacho joven con un arito en la oreja izquierda y collares de macramé, fanático de la música brasileña y por eso mi papá lo contrató hace algunos años. En la prueba inicial que tuvo que dar para su contratación, lo hizo tocar, además de las canciones litúrgicas, música clásica y jazz, pasando por rock hasta que terminaron cantando juntos temas de Caetano Veloso y Gilberto Gil. Ahora interpreta "Pompa y circunstancia" y esa es la señal para que los invitados se pongan de

pie. Yo estoy en la última fila. Roque abre las puertas y entra el novio con su madre.

En una procesión lenta, saludan con la cabeza. Detrás de ellos, entra el padre del novio con la madre de la novia. Mientras tanto, Roque vuelve a cerrar las puertas y, desde el púlpito, mi papá charla por lo bajo con Marcelo Druker. Quiero saber qué dicen, por qué se ríen. El novio sube los escalones y luego se ubica debajo de la *jupá*, el palio nupcial. Mi papá le da unas palmadas en la mejilla para que se relaje mientras le coloca el *talit*, el manto de oración. El novio mueve las piernas, está nervioso. De repente, Adrián Mayer frena la música y, después de unos segundos, arranca los primeros acordes de la marcha nupcial. Mi corazón late sin parar.

Radiante, sonriente, nerviosa, todo eso junto, la novia camina lentamente de la mano de su padre. Mientras la miro, imagino que soy ella. A mi marido ya lo tengo elegido: es Martín Perelman, el hijo de unos amigos de mis papás, al que veo los sábados en su casa después de los casamientos, donde nos esperan para comer pizza. Camino por la pasarela, saludo a todo el mundo; a veces mi vestido es amplio, a veces entallado al cuerpo, con brillos, con encaje —depende de la novia de turno—. Mi fantasía siempre entra en cortocircuito al momento de tener que ponerle cara al rabino. Quiero que esa noche mi papá cumpla una sola función: la de ser mi papá. Pero eso es imposible porque no podría dejar que me casara otro. Mi papá dice que, salvo él, todos los rabinos son unos payasos. A veces varía y dice que todos son unos pelotudos.

Cuando la novia llega a la mitad del pasillo, Estelita la frena. El novio se da vuelta y hace un "no, no, no" con la cabeza, como diciendo "no lo puedo creer" o "qué hermosa" o "Dios mío, qué hago

acá". Baja los escalones y no sabe cómo seguir. Si primero saludar al suegro, que está parado con cara de póker, o besar a su novia, que está a un centímetro de su papá, lo cual también es un poco incómodo. Como sea, suben los tres y se ubican cada uno en su lugar.

—*Baruj Haba BeShem Adonai; Berajnujem MiBeit Adonai*. Bienvenidos sean en nombre del Eterno, y reciban las bendiciones desde la casa del Eterno —recita mi papá.

Después, el coro —dos barítonos, un tenor y una soprano, que nada tienen que ver con el de los "días terribles", estos son cantantes profesionales—, acompañado por un violín y un contrabajo, entona la primera bendición. La ceremonia dura alrededor de media hora, pero ni siquiera en ese momento me relajo. Estoy atenta a que mi papá no se saltee ni un paso del ritual. En mi fantasía, si hubiera una emergencia, estoy capacitada para dirigir la ceremonia. Me la sé de memoria de principio a fin. Después de la bendición y de la lectura de la *ketubá*, viene una de mis partes favoritas: la colocación de los anillos. Mi papá le pregunta al novio si "acepta". Él responde que sí, entonces viene el chiste que no falla:

—¿Sí qué? —pregunta.

—Sí, acepto —dice el novio.

—Ahhh, menos mal —remata, y el público estalla.

El coro vuelve a cantar otra bendición y empieza una pequeña prédica en donde mi papá habla de los novios y la conecta con un mensaje de la Torá. Después indica ponernos de pie, y eso quiere decir que está por empezar, para mí, la parte más alucinante.

Mientras suena una música de fondo, cubre las cabezas de ambos con el *talit*, haciendo una pequeña carpa con el manto, y les pide a

los camarógrafos que se alejen del púlpito. Posa las manos sobre sus cabezas, cierra los ojos y derrama bendiciones sobre ellos. El coro empieza con "Shirim ad kan", una canción romántica que, de no ser en hebreo, la podría cantar Ricky Martin. A mí me encanta y a veces lloro de emoción mientras la entono bajito. Cuando termina, mi papá invoca a Dios con una frase que repite siempre:

—Que puedan transformar esta *jupá* en una casa y esa casa, en un hogar. Y que puedan traer hijos sanos y fuertes a este mundo que otrora creaste.

No tengo idea de qué significa la palabra "otrora", pero la guardo en alguna parte de mi cerebro y muchos años después la voy a usar en una crónica periodística que tendrá mucha repercusión. Nos vamos a reír cuando la veamos publicada. Ahora sí, el final. Mi papá coloca una copa de vidrio envuelta en un papel y explica que, en unos segundos, el novio la pisará.

—En cada momento de júbilo, el pueblo judío tiene que recordar también el dolor atávico que nos atraviesa. Pero, una vez que el novio rompa la copa, todos volvemos a la alegría al grito de *imazl tov!*

Y entonces… el crash de la copa, el grito de *mazl tov*, el beso, los aplausos, la pequeña orquesta y el coro sonando a máximo volumen.

Después de los otros dos casamientos, en donde todo se repite, llegamos a lo de los Perelman, que viven a unas cuadras de la sinagoga, en una casona monumental sobre la calle Melián. Mi papá entra con el saco colgado al hombro y la corbata en el bolsillo, agotado como si hubiera corrido una maratón. Por el contrario, yo estoy enérgica.

—¿Cómo estuvo? —pregunta mi mamá.

—Bien —dice él, en un tono seco y cortado.

Yo, en cambio, cuento en detalle cada vestido, los arreglos florales, el coro, mientras miro de reojo si aparece Martín Perelman. Y qué emoción siento al escuchar el crujido de las escaleras y verlo a él, como un galán de telenovela, bajar cada escalón con su remera en la que se leen bien nítidas las tres letras que forman la palabra GAP, emanando un aroma a desodorante Axe y moviendo el pelo, ese pelo dorado y mojado. Esa noche, como cada noche después de que veo a Martín Perelman, sueño que estoy vestida de novia, pero no se escucha la marcha nupcial. Solo el chirrido de las llaves de Jorge Eidelstein y una voz, esa voz inconfundible de Estelita, que me dice segura, muy segura:

—¿Un vasito de Coca?

—¿Cómo sabés cuándo una pareja está lista para casarse?

—Vinieron a mi oficina unos novios, a semanas de la fecha pautada para su casamiento. Al principio todo parecía normal, incluso amable. Pero a los pocos minutos empezaron a dialogar con pequeñas tensiones, detalles que parecían insignificantes… hasta que, sin darse cuenta, terminaron lanzándose palabras muy duras, agresivas. Fue como ver una tormenta formarse en segundos.

Entonces les dije: "Paren un momento. Piensen en serio si de verdad quieren dar este paso juntos". Se fueron llorando. Una semana más tarde, me llamó el novio. Me agradeció por la recomendación. Habían decidido suspender todo.

—¿Y después volvieron a casarse con otras personas?

—No lo sé… Ya no se contactaron nunca más conmigo.

Cuando vamos a lo de Julio, miro cada espacio e intento sacar una foto mental para, cuando sea grande, tenerla de referencia como mi casa ideal. Es un PH en Barracas, fuera del radar del hilo dorado y muy distinto a los departamentos de Belgrano de la gente de la sinagoga. Techos altos, patios escondidos, una cocina integrada al living y bibliotecas en cada rincón. Julio es de los pocos amigos por fuera de Beit Iacov. Es un periodista político y escribe en el diario progresista de la Argentina. Se conocieron después de que él le hiciera una entrevista y, como retribución, mi papá lo invitó a una cena de *shabat*. Aunque Julio es un judío ateo y secular, lo adoptó como "su rabino" y la amistad se extendió a toda la familia.

Julio tampoco se parece a los judíos que conozco. Hay algo diferente en su andar pausado, en su permanente olor a cigarrillo, en las remeras con inscripciones de bandas musicales o frases como "Hasta la victoria siempre". Pero, sobre todo, lo que me sorprende de él es la forma en la que trata a mi papá. Lo aborda con cariño, sí, pero no con la adulación típica de un feligrés. Y mi papá tampoco es el mismo que cuando vamos a la casa de alguien de la sinagoga. Es una relación de amistad horizontal. Julio no es parte de su rebaño. No tiene que cuidarse en lo que dice, ni siquiera en las formas, y percibo el entusiasmo que le genera cada vez que se ven. En esos almuerzos o cenas dice malas palabras con una displicencia que solo

tiene cuando estamos solos y se siente cómodo, como si en ese PH de Barracas se apagaran las cámaras que lo controlan.

Me gusta ver entre las repisas los posters del Che Guevara, los portarretratos con músicos, escritores y hasta presidentes. No hay nada judío en ningún rincón. No hay *mezuzá* en ninguna puerta, ni candelabros, ni copas de vino. Pero a Julio le encanta contar sobre Salomón, su padre, un inmigrante judío y comunista. Como si estar con mi papá lo conectara con un aspecto de su infancia que tiene guardado en algún lugar oculto del cerebro.

En la mesa hablan de política, un tema que no tocamos de ninguna manera con la gente de la sinagoga: está prohibido. Julio es peronista —es la primera vez que escucho a alguien cercano asumirse como tal— y cuenta anécdotas de su exilio durante la dictadura. Sigo fascinada con sus relatos mientras miro de reojo a Tomás, su hijo. Tiene once años, uno más que yo, y va a una escuela pública. Nunca había tenido relación con alguien que fuera a una escuela pública. Tomás me gusta y aunque no sea de la sinagoga es judío, así que puedo enamorarme de él. Me imagino que a mi papá le encantaría que Julio fuera su consuegro.

Cada vez que nos vamos de su casa, mi papá me dice tajante:

—Lo que escuchaste hoy no podés contárselo a nadie.

Lo que más me entusiasma es cuando Julio cuenta los entretelones del diario. Me lo imagino en un piso enorme lleno de escritorios con computadoras, el humo del cigarrillo, botellas de whisky. Muchos años después, será alguien fundamental en mi formación periodística, pero a esta altura es demasiado temprano para saberlo. Solo lo escucho y lo miro fascinada mientras cuenta anécdotas de los periodistas y puedo oír el golpeteo de las teclas de

la computadora, teléfonos sonando, hojas saliendo sin parar de impresoras gigantes. Lo pienso con sus compañeros, todos con camisas que insinúan sus panzas, haciendo gestos con las manos. Las mujeres de mi redacción imaginaria tienen tetas gigantes, anteojos de marco grueso y mi cara.

—¿Para qué te va a ver la gente? ¿Es como el confesionario de un cura?

—No exactamente. En el confesionario relatás un pecado y recibís una absolución. Acá la gente viene más bien a pensar en voz alta… o a descargar lo que no puede decir en ningún otro lado.

—O sea que venís a ser una mezcla de psicólogo y depósito emocional.

—Algo así.

—Igual me estás contestando muy diplomáticamente. Yo quiero saber qué te cuentan.

—De todo. Infidelidades, estafas, peleas familiares, socios que se traicionan, hermanos que no se hablan hace veinte años… y a veces cosas que rozan lo perverso. Aunque también pasa lo contrario: hay gente que viene simplemente a contar un logro o a compartir una alegría. Lo curioso es que, pasado un tiempo, la persona cree que ya resolvió todo y de repente tiene que sacarme de la escena, porque yo conozco su miseria. Y así, sin querer, termino siendo un chivo expiatorio.

—¿Y eso te afecta?

—La experiencia ayuda. Ahora ya sé en quince segundos si alguien viene a buscar ayuda de verdad… o si viene a usarme de depósito.

—¿Y qué hacés cuando es lo segundo?

—Los escucho igual. La gente necesita hablar, incluso cuando no quiere escuchar nada de lo que yo le diga.

Llegamos justo antes de que se cierren las puertas del gran comedor y nos sentamos en la mesa larga que corresponde a nuestro grupo. Es 31 de diciembre en el *majané,* el campamento, y sobre unos manteles plásticos ya están servidas las paneras y los pequeños recipientes metálicos con manteca y dulce de leche. Me ubico entre las mellizas. Mi papá está en la mesa principal, junto a los coordinadores, con una visión panorámica de los doscientos chicos y los *madrijim* con los que convivimos desde hace una semana y media en Alta Gracia, Córdoba. Levanta la mano derecha —ese es el código para pedir silencio— y, cuando nos callamos, agarra un pedazo de pan y lo bendice. Todos respondemos bien fuerte:

—Amén.

A fines de la década del noventa, el *majané* se hace en un predio llamado Colonia Evita. Pienso que Evita es el apodo cariñoso de la dueña del lugar y la imagino como una señora viejita, de pelo blanco, sentada en su mecedora, cocinando mermelada casera en una cabaña de madera. Es un terreno que parece no acabar nunca, lleno de espacios verdes, con árboles añejos, plantas silvestres, flores que crecen alrededor de las cabañas, pájaros que cantan y bichos que nos pican en todo el cuerpo; hay canchas de fútbol y de básquet, una pileta inmensa con agua de río, salones de usos múltiples y hasta un anfiteatro.

Cada diciembre, apenas llego a Colonia Evita, el olor a pasto recién cortado es la señal de que estoy en mi lugar en el mundo. Aunque soy la única acampante cuyos padres están ahí, intento no tener ningún privilegio. Si me golpeo, voy a la salita del médico; si me peleo con alguien, recurro a un *madrij*; pero es muy difícil fingir que mi papá no está. Cualquiera que levanta la cabeza ve al rabino con un sombrero de paja nada discreto, una malla violeta casi fluorescente —los acampantes sienten cierto privilegio de verlo en traje de baño y no en saco y corbata— y una remera que puede variar entre una amarilla con una inscripción de la Universidad de Berkeley —que compró cuando fue a casar a Deivid Levner— u otra verde loro que dice "Os Paralamas do Sucesso". Una se lo puede cruzar en el desayuno, en los rezos de la mañana, en algunas actividades que conduce o en el saludo nocturno —una canción en hebreo con la melodía de "Day is Done", que suena en todos los funerales de los soldados en Estados Unidos—.

Muchas veces, después del almuerzo, nos sentamos en una ronda en el piso del comedor y empieza la *shirá*, el momento musical. Los *madrijim* reparten los cancioneros. Adrián Mayer, el organista, teclea los primeros acordes y mi papá empieza a cantar alguna de Charly García, Manal, Fito Páez o Vox Dei. Le encanta pararse en el centro de la ronda y entonar "No, no, no, pibe", moviendo el cuerpo de forma espástica, simulando ser un rockero ante los aplausos y gritos de todos los presentes y, sobre todo, ante la mirada enamorada de su esposa, o sea, mi mamá, que le festeja su despliegue y canta encima de él. En esas tres semanas, los doscientos chicos se creen sus hijos, pero cuando es el centro de atención —como siempre—, o cuando hace el ridículo —como ahora—, todos quieren mirar la

reacción de la verdadera hija. Y yo, que tengo los cuatrocientos ojos en forma de láser apuntándome, bajo la vista y sigo la letra en el cancionero, fingiendo que nada de eso está ocurriendo, aunque por dentro quiero desaparecer, ser una acampante normal con un papá normal que no esté ahí. Uno que atienda su negocio en el Once o trabaje en una oficina del Microcentro y que, una vez por semana, como el resto de los padres, reciba las cartas que yo le envíe contándole lo bien que la estoy pasando.

El *majané* tiene sus propias reglas y una rutina casi militarizada: desayuno, rezo, deporte, pileta, almuerzo, descanso, talleres artísticos —yo voy al de revista, al que, años después, consideraré mi primera redacción—, otra vez deporte, merienda, espacio grupal, aseo, cena y la actividad nocturna. Este mismo cronograma se repite desde la década de 1930, cuando los movimientos juveniles judíos empezaron a organizar campamentos como una forma de educar a los niños en valores comunitarios y promover un ideal de vida colectiva. El que los trajo a la Argentina fue el Maestro, que murió unos pocos años atrás. En una cena escuché referirse a su muerte con palabras como "pastillas", "internación" y la peor: "depresión". Pregunté y me dijeron que no podía contárselo a nadie. Yo no podía creer que el Maestro fuera depresivo si siempre estaba tan alegre. A la gente se le decía que se había muerto de un cáncer, algo genérico. Nadie podía enterarse de la verdad y yo guardaba el secreto —más tarde aprendería la palabra correcta, el Maestro había muerto por sobredosis de medicamentos— con la responsabilidad de saber una infidencia que podía alterar la imagen de alguien tan importante como él.

Este año en *majané,* el cambio de siglo nos tiene nerviosas. Circulan muchas teorías y los *madrijim* nos dicen que un virus llamado Y2K puede acabar con el mundo en tan solo unas horas. Pero, ahora, la ansiedad que sentimos tiene otra causa. A las doce de la noche, apenas empiece el nuevo año, cada una de nosotras se dará un beso con un chico del grupo un año más grande, que son todos lindos y cancheros, no como los tontos de nuestra edad. Casi ninguna se dio un pico antes y gritamos de emoción con la idea. Discutimos las parejas. Dos de las chicas piensan posibles duplas para elaborar un listado unificado e ir a pactarlo con representantes de los varones. A mí me enganchan con Andy Teitelbaum, el único con el que comparto el taller de revista. Acepto. En realidad, cualquiera estaría bien. Mientras esperamos, con las mellizas ordenamos la habitación y después limpiamos el baño. Sabemos que esa noche habrá fiesta de disfraces, y aprovecho el tiempo muerto para que vean la malla con flecos que usé en la muestra de tap de fin de año. Mi mamá no me iba a comprar otro disfraz. Pagó por este y había que amortizarlo, así dijo.

—Una cowgirl —explico porque parece que no lo descifran.

La guardo cuando nos avisan que llegaron las negociadoras. Hacemos una ronda en la entrada de la cabaña.

—Hay un problema —dicen sin dar muchas precisiones y las dos clavan sus ojos en mí—. Nadie se quiere dar un pico con vos.

Johana me agarra fuerte de la mano.

—Dicen que no se quieren meter con la hija del rabino, que no le pueden hacer eso a tu papá.

Imagino *eso* que no quieren hacerle, como si yo fuera una virgen sagrada a la que no está permitido tocar. Mis amigas se acercan para

abrazarme, pero me voy rápido al baño. Trato de calmarme y pienso como un mantra: todos los varones son unos tarados. Lo repito, respiro, lo repito y me seco las lágrimas, que siento caer dispersas, pero pesadas.

Unas horas después, me pongo con desgano la malla con flecos. Por el altoparlante anuncian que en diez minutos hay que estar en la cancha de básquet. Llego escoltada por las mellizas. Johana tiene un disfraz de vaquita de San Antonio y Ariana, de abeja. Nos sentamos las tres en las gradas. Hago un paneo general y mis papás no están. Nunca participan de la actividad de Año Nuevo, suelen dormirse antes de las doce. Me alivia no verlos ahí.

Las luces se apagan y comienza la obra de teatro protagonizada por los *madrijim*. El rol principal lo tiene Ari Resnicoff, el más lindo, vestido con una tela blanca como si fuera un fantasma, con letras plateadas recortadas y pegadas en el pecho con cinta scotch que forman Y2K. Miro fijo sus brazos musculosos y solo pienso en que quiero que esto termine pronto e irme a dormir. Pero el sketch me arranca una sonrisa. Distintos personajes intentan convencer al fantasma para que no acabe con el mundo, aunque nadie aparentemente lo puede lograr. Cuando la obra parece terminar, llega un último *madrij* vestido de ángel y le dice al malvado fantasma que le dé una última oportunidad, que dos personas más necesitan verlo. Ari Resnicoff, o sea, Y2K, acepta la petición del ángel —muy bien interpretado por Mariano Susman, hay que reconocer— y, por un costado, aparecen esas dos personas. Uno está vestido con un pantalón negro, una camisa gris de manga corta y una tira de cartulina blanca alrededor del cuello. La otra, con un jumper gris y un pedazo de esa misma tela cubriendo su cabeza. No

hay metáforas ni segundas interpretaciones. Es clarísimo: mi papá está disfrazado de cura y mi mamá, de monja. Los doscientos chicos empiezan a reír, a gritar, a aplaudir. Me tapo la boca con la mano; miro a las mellizas, que me abrazan y quedo como el jamón del sándwich —y me acuerdo del pecado que cometí un año atrás—. Quiero convertirme en la vaquita de San Antonio, como Johana, y volar, porque otra vez todos me buscan con la mirada.

Entre los que se acercan a felicitarme por la "suerte" que tengo de tener "esos" papás, un chico pelirrojo del grupo menor me pregunta:

—Y si tus papás son cura y monja, ¿vos qué sos?

Lo miro fijo, miro fijo a ese diablito que sé, si tuviera mi misma edad, tampoco me hubiera querido besar y, sin dudarlo, le respondo:

—Dios, yo soy Dios.

—¿Odiás a alguien?

—Sí. Como todo el mundo, a varios. La bronca existe. Sería falso negarlo. El problema es qué hacés con esa bronca.

—¿Y qué se supone que hay que hacer?

—Transformarla. Si no la transformás, el enojo termina dominando tu vida.

—Dame algún ejemplo de la Biblia, hacé tu gracia, pa.

—José. Sus propios hermanos lo vendieron como esclavo. Terminó preso en Egipto, pasó años de humillación hasta que se convirtió en asesor del faraón, un hombre muy poderoso. Tenía todas las razones del mundo para vengarse de ellos. Pero cuando finalmente tuvo a sus hermanos frente a él, decidió perdonarlos. No porque olvidara lo que le hicieron, sino porque entendió que si vivía prisionero de ese odio, su vida quedaba definida por la venganza.

—O sea que perdonar no es ser ingenuo.

—No. Es la mejor manera de liberarte.

—¿De qué?

—De pasar el resto de tu vida peleándote con tus enemigos, incluso cuando ya no existen y se transforman en fantasmas.

Adelante de nuestro auto va el coche fúnebre con el cajón en el que yace mi abuela; detrás, en caravana, la mitad de la comunidad. Me entero ahí mismo, en el remís, de que Tablada no es el nombre oficial del cementerio, sino la localidad del conurbano bonaerense donde queda. En el viaje, mi papá ya no llora como la mañana anterior, en el aeropuerto, cuando llegó de urgencia desde Nueva York.

Había viajado a un homenaje que le hacían a su Maestro y lo que iba a durar siete días duró cuatro. Apenas mi mamá le contó la noticia por teléfono, tomó el primer vuelo de regreso. Hacía unos meses a mi abuela le habían detectado alzhéimer. Era la época en la que los argentinos estaban viendo en el cine *El hijo de la novia*; salvo nosotros, que teníamos a Norma Aleandro en vivo y en directo. Yo la había visto pocas veces desde que estaba enferma. La última vez no hablaba en español, solo decía palabras en *ídish*, que, por entonces, no tenía manera de comprender. ¿Quizás sea esa la razón por la que muchos años después empecé a estudiarlo? En un momento, mi abuela le preguntó a mi tía si yo era una amiga suya de Ludmir, su pueblo natal, y ella se rio a carcajadas y me lo contó como si fuera una ocurrencia muy graciosa, pero a mí me pareció terrible y decidí que no iba a volver a verla. Al poco tiempo, murió.

Mi mamá les había pedido a los Abramov, unos congregantes con los que tenía mucha confianza, que lo fueran a buscar a Ezeiza

porque ella tenía que acompañar a mi tía a hacer los trámites del entierro. Insistí en que yo también quería ir a recibirlo, necesitaba verlo. Además, mi papá iba a querer estar con alguien de la familia y no me equivoqué en mi diagnóstico. Los Abramov me pasaron a buscar. Me trajeron un alfajor y una cajita de jugo de naranja para el trayecto. Hice los honores y lo devoré. Los tres esperamos a que se abriera la puerta de arribo. Tardé unos segundos en reconocerlo. Tenía puesta una camisa blanca por fuera del pantalón, el saco colgado en la mano, el pelo largo despeinado, la barba desaliñada, los ojos hinchados. En cuanto logró distinguirme entre la gente, hizo un puchero como un bebé. Corrí y nos abrazamos fuerte. Él lloró con ruido, con furia, gemía. Al soltarnos, vi que mi remera tenía manchas rojas. Le sangraban las encías. Los Abramov lloraban a un costado.

En el remís camino a Tablada parece repuesto, pero estoy asustada de que vuelva a quebrarse. No quiero que la gente de la sinagoga lo vea así. Miro por la ventana la cantidad de autos que pasan a mayor velocidad que nosotros por la General Paz. Una caravana encabezada por un cajón es una procesión lenta. Mi papá me explica que el cementerio está dividido en dos partes: la "nueva" y la "vieja". A mi abuela la vamos a enterrar en la parte "vieja" porque ahí ya están sus padres.

Un muchacho abre una barrera. Mi papá baja la ventanilla y saca la cabeza.

—Walter… —le dice.

El tal Walter se acerca a saludarlo y él le cuenta que esta vez es su mamá quien falleció.

—Rabino, lo siento mucho.

Me sorprende ver que alguien a quien no conozco se muestre tan cercano a él y me doy cuenta de que estoy a punto de entrar al lugar a donde viene todos los domingos, un lugar que no sé cómo es.

Por primera vez, pierdo el control de la situación. Ignoro dónde empieza el ritual, cómo es esa ceremonia de la que no sé ni una oración salvo el *kadish*, aunque ni siquiera estoy segura de si se dice o no. Estoy capacitada para oficiar un servicio religioso de *shabat*, incluso un casamiento, y hasta me animaría a pararme frente a las miles de personas en Iamim Noraim, sabría por dónde empezar y cómo terminar. Pero no, un entierro no.

El cementerio es parecido a lo que me había imaginado: césped, tumbas, césped, tumbas. En esa primera inspección del terreno pierdo de vista a mi papá. Los congregantes de la sinagoga nos interceptan en el playón del estacionamiento. Sigo a la manada, que se dirige a una especie de gran salón. Hay un escritorio con dos personas frente a unas computadoras viejas que atienden a la gente que se acerca y le marcan en un mapa la parcela para llegar a la tumba indicada.

Me siento en unos sillones de cuerina negra. Una puerta se abre y mi papá aparece. Me busca con la mirada hasta que me encuentra. Está con los ojos llorosos.

—¿Dónde estabas, pa?

—Preparando a mi mamá. Vamos.

¿Preparándola? ¿Había visto el cuerpo muerto? ¿Cada domingo ve cuerpos muertos? ¿Y qué hace? ¿Los bendice? ¿Mientras que cada domingo mi preocupación es si me compro un collar o una pulsera de mostacillas en alguna feria hippie, él ve cuerpos muertos? Me da

la mano y salimos del salón. Nos siguen. Por un costado, aparece un carro metálico con rueditas y el cajón encima. Los sepultureros, vestidos con mameluco gris, gritan:

—Seis hombres, por favor, seis hombres.

No hay que esperar más de tres segundos. Víctor Abramov, Simón Goransky, Moti Kleiman —de Kleiman Propiedades—, Jorge Eidelstein, Natalio Adler y Gustavo Benjuya se ponen tres de un lado y tres del otro. Agarran las manijas del cajón. Me causa un poco de gracia la rapidez con la que se mueven, como si en un cumpleaños infantil fueran los primeros seis en levantar la mano para formar el equipo junto con el homenajeado. Hoy el homenajeado es el rabino. Todo un honor, incluso en la tragedia.

Con mi papá y el resto de la familia nos ubicamos detrás del cajón y empezamos a caminar. El cementerio es enorme, parece un laberinto. Camino por unas calles frente a miles de tumbas. Negras, blancas, grises. "Nahum Goldstein, 88 años. Abuelo, esposo, padre"; "Rebeca (Beki) Cohen. Que su memoria sea bendita". No hay flores sino piedras en las tumbas.

La caminata parece interminable hasta que nos frenamos. Salimos de la pequeña calle y entramos al pasto. Otros sepultureros que ya están en el sector sacan tierra a paladas. Lo hacen rapidísimo. Entiendo que es el hoyo en el que van a enterrar el cajón con mi abuela adentro. Le aprieto fuerte la mano a mi papá y me la suelta porque la ceremonia está por comenzar. Busco a mi mamá que no para de llorar y me quedo con ella. Se arma un semicírculo. Son muchísimas las personas que nos rodean junto al féretro y al pozo abierto en la tierra. Mi papá saca de su bolsillo un pequeño librito anillado y empieza:

—*Adonai Ro'i lo Ejsar*. El Señor es mi pastor, nada me puede faltar.

Mi abuelo, el *cuentenik*, está en una silla que alguien le alcanzó y apoya las manos en el bastón. Mira fijo el agujero de tierra. Después de algunas oraciones en hebreo, mi papá se acerca al suyo y le corta la camisa con una pequeña trincheta que también saca de su bolsillo. Sé sobre esta costumbre: "Jacob rasgó sus vestiduras al creer que su hijo José estaba muerto", así está escrito en la Torá. Pero hasta ahora no había visto una *kriá* en vivo y en directo. Después de cortarle la camisa a mi abuelo, corta la blusa de su hermana, busca a mi mamá con la mirada y le da la trincheta. Según el ritual, uno no puede rasgarse a sí mismo. Entonces cierra los ojos y mi mamá corta su camisa blanca mientras él, con la voz quebrada, recita la bendición:

—*Baruj atá Adonai, Eloheinu Melej ha'olam, dayan ha'emet*. Bendito eres Tú, Señor nuestro Dios, Rey del universo, Juez de la verdad.

Los feligreses no paran de llorar mientras ven al rabino con su camisa cortada, esta vez, del otro lado del mostrador. A partir de ese momento, y para siempre, se instala en mi cabeza una fantasía que no se irá jamás: ¿cómo será el entierro de mi papá? ¿Quién va a oficiar esa ceremonia? Igual que con mi casamiento imaginario, los rabinos que conozco me parecen unos tontos y ninguno estaría capacitado para hacerlo. Pero ahora que ya sé el ritual, lo podría hacer yo solita.

Mi papá respira y empieza a hablar. Cuenta cosas sobre mi abuela: cómo sobrevivió a la guerra en el sótano comiendo papa cruda, cómo conoció a mi abuelo y cómo había logrado, ya en la Argentina, armar su propia familia. Pienso en mi abuela de espaldas, cada vez

que me recibía en su casa, haciendo los chorizos de masa, esperándome para cortarlos juntas y sumergirlos en la olla en forma de ñoquis.

Después, recitamos el *kadish*, la única parte que conozco del ritual. Cuando terminamos la plegaria con un fuerte "Amén", mi papá mira a los sepultureros, les hace una seña con la cabeza, ellos agarran el cajón y, con unas sogas, lo bajan al hoyo profundo. El golpe seco me descoloca y ahora sí me pongo a llorar. Mi papá me ve y me abraza. Los muchachos empiezan a cubrir el cajón con tierra y después de unos segundos dejan las palas clavadas. Nos acercamos al agujero semicubierto. Juntos, tomamos la pala y arrojamos más tierra.

Una larga fila de gente se acerca a saludarnos y la acción de ese gesto cotidiano del saludo, como si fuera Rosh Hashaná, me tranquiliza. Cuando el cajón queda tapado, mi papá me explica que no podemos volver por el mismo camino, así que cambiamos el rumbo. Otra vez, las inscripciones de las tumbas. "Jaime Fishbaum, 56 años. Que su alma esté ligada al lazo de la vida eterna"; "Berta Noemí Bruler, 77 años, tu familia te recuerda".

Antes de subirnos al remís, pasamos por unas enormes piletas. Abrimos las canillas y nos lavamos las manos. Tengo que limpiar mi primer contacto con la muerte.

—¿Viste morir a alguien?

—Sí. A Fany Fridman… ¿te acordás de Fany?

—Sí, claro, la que traía las sambusak de queso a casa antes de que empezara cada Rosh Hashaná*.*

—Estaba internada, muy mal. Abrí la puerta de su habitación y, al reconocerme, se iluminó de golpe, soltó un grito de alegría y, de repente… pum: cerró los ojos. Fue como presenciar un suspiro suspendido entre dos mundos, ese instante milimétrico donde la vida se escapa y la muerte se instala. Toda despedida es así: imposible de medir, imposible de contener.

Una tarde veo entrar a Ricardo Katz a mi casa. Camina ensimismado, mirando el piso, muy distinto al andar del hombre con sonrisa de dientes implantados que solía pasearse por la sinagoga, creyéndose el presidente de la nación y no un simple vendedor de artículos de librería de Flores. Mi papá lo recibe, lo abraza y yo quiero gritarle que no lo haga, pero me contengo y rechino los dientes como un caballo. Unos minutos después, llega su esposa, con anteojos de sol y un pañuelo en la mano con el que se limpia las lágrimas por debajo de las gafas. Los tres se encierran en el escritorio y, aunque lo intento —voy al baño, que está pegado a ese cuarto, una cantidad desmesurada de veces, a ver si puedo escuchar—, no logro ver ni oír nada.

Hace un tiempo, Ricardo Katz —alguien que no era de la sinagoga "de toda la vida", sino un padre de la escuela que oficiaba de vocero de un grupo de familias quejosas— se había convertido en el presidente de la comunidad. Como cualquier sociedad civil sin fines de lucro, Beit Iacov también debía someterse a un cambio de autoridades con cierta frecuencia. Hasta entonces, los presidentes siempre habían sido personas vinculadas a la vida comunitaria. Pero apenas Katz asumió su mandato, empezó una guerra contra mi papá. Sembró entre algunos feligreses la idea de que se estaba desviando de su tarea pastoral, porque veía pasar por su oficina dirigentes sociales, referentes de otros credos y personalidades de

organismos de derechos humanos. Todo eso era cierto, pero lo que realmente le molestaba a Ricardo Katz era ver gente pobre en la puerta de un templo en el corazón de Belgrano R.

Cuando cumplí doce, mi papá inauguró un comedor dentro de la sinagoga. Lo llamó Hineni, una expresión hebrea que significa "heme aquí". En la Biblia, el patriarca Abraham utilizó ese término ante la exigencia de Dios de dar una muestra de fidelidad, así como Moisés respondió *hineni* cuando el Todopoderoso se le presentó en una zarza ardiente para convencerlo de liberar a su pueblo esclavizado. Ahora Beit Iacov decía *hineni* ante una aguda crisis social.

Los miércoles, a partir de las seis de la tarde, cientos de personas —casi ninguna judía— hacían fila para recibir la única comida del día. Yo me quedaba después de la escuela a ayudar. Lo que más me impactaba era ver a hombres y mujeres bien vestidos —he visto señoras enfundadas en tapados de piel, con perfumes caros— recibir un bolsón con alimentos no perecederos, elementos de higiene personal, medicamentos y un guiso caliente. A veces, yo ayudaba a armar los bolsones con las latas y los paquetes que los feligreses depositaban en la entrada de la sinagoga cada viernes cuando llegaban a rezar. Otras, seguía las indicaciones de Elena Goransky, la esposa de Hugo Goransky, que era farmacéutica y se encargaba de repartir los medicamentos. Pero lo que más me divertía era quedarme a servir la cena. Jugaba a la moza y llevaba platos calientes a personas que agradecían. Después llenábamos recipientes con lo que sobraba para que pudieran comer al día siguiente.

Me gustaba compartir esas tardes con mi papá porque era prácticamente el único momento del día en que lo veía. Si alguna

noche se quedaba a cenar en casa —cosa que era muy raro—, pedía un pote grande de helado y esa era su cena. Engordó veinte kilos en pocos meses. No se cortaba el pelo ni se afeitaba y, años después, supe que en esa época había empezado a tomar pastillas para dormir. También dejó de usar la kipá de manera permanente. No indagué en los motivos, no me interesaban. Lo único que sentía era alivio de caminar por la calle con alguien que no tenía nada en su vestimenta que llamara la atención.

Una madrugada mi papá empezó a sentirse mal. Mi hermana y yo dormíamos, pero nos despertamos ni bien oímos el ruido de los médicos que habían llegado en una ambulancia. Entornamos la puerta de nuestro cuarto y lo escuchamos decir que tenía un fuerte dolor en el pecho y que no podía respirar. Nos acercamos en puntas de pie a la habitación y logramos espiar. Uno de los médicos le puso unas sopapas en el pecho y, a través de un aparato, observó los latidos de su corazón.

Ricardo Katz había sugerido la idea de traer a un nuevo rabino. Un sector de la comisión directiva se entusiasmó con la propuesta de contratar a alguien más joven y menos comprometido socialmente. Alguien que simplemente fuera como un empleado de un negocio, un gestor de la vida judía de los socios que mes a mes pagaban la cuota para tener a un rabino a su disposición. Un servicio a la carta. Otro grupo se abroqueló detrás de mi papá, dispuesto a armar una comunidad paralela si lo despedían.

Cuando todo parecía llegar a un punto sin retorno, cuando se debatía entre renunciar, escribir una carta pública y hacerla circular en todos los diarios, e incluso barajaba opciones más drásticas —¿irnos del país? ¿Volver a Río de Janeiro?—, todo quedó en la nada.

Ricardo Katz llamó a elecciones anticipadas y dejó la presidencia, algo similar a lo que ocurría en el país.

Aquella noche, después de que los médicos le sacaran las ventosas a mi papá y se fueran, con mi hermana corrimos a abrazarlo. Llorábamos las dos. Él nos tranquilizó y nos quedamos dormidas una de cada lado. Desde ese día entendimos que lo que había pasado no era grave y que no estaba a punto de morirse como él creía. Pero teníamos prohibido contarlo. Nadie en la comunidad podía enterarse de que, cada tanto, una ambulancia llegaba a casa de madrugada para revisarlo y decirle que no tenía nada, que estaba estresado, que solo debía relajarse y bajar la tensión.

Lo que tampoco puedo explicar, porque no hay una razón lógica, es que cualquier ser humano con la intención de perjudicarlo sufre algún tipo de maldición, un karma. Es un pensamiento mágico que empezó con Ricardo Katz, porque era vox populi —en la *janutiá* ya era chisme viejo, si hasta las mellizas me lo vinieron a contar— que su esposa lo había encontrado haciendo *eso* con Cynthia Rabinovich, la coordinadora del jardín de infantes.

A partir de ese momento, llevo un listado mental con todas las personas que sufrieron alguna desgracia por haberle causado daño. Ricardo Katz conserva, hasta hoy, el honor de estar primero en la nómina. A él y a todos ellos les quité el saludo para siempre. Como Dios a Caín, los desterré de mi vida.

—¿Hablás con Dios?

—Cómo estamos con las preguntas sobre Dios.

—Bueno, hubieras elegido otra profesión...

—Si yo hablara con Dios probablemente terminaría internado en algún psiquiátrico o canonizado, que en ciertos casos viene a ser más o menos lo mismo. Yo, en realidad, hablo "de" Dios. Y, aun así, con bastante cautela. Porque en cuanto uno cree que lo entendió demasiado bien, ya empezó a inventarlo. Borges decía que la teología es el grado más elevado de la literatura fantástica. Y creo que se quedó corto. Es ciencia ficción, pero con siglos de discusión y comentarios al margen.

Es de noche cuando veo a mi mamá sentada frente a la computadora. Teclea enojada. Me dice que está escribiendo una carta a las autoridades del Colegio Nacional de Buenos Aires para que me cambien de turno. Por sorteo me tocó a la tarde, lo que a mí no me molesta, es más, me gusta, pero mi mamá está obsesionada con que tengo que ir a la mañana por una fantasía que tiene de que "levantarse tarde es de vago".

Unos meses antes había terminado de rendir el último examen y con eso alcancé el puntaje necesario para entrar. Mi papá le había contado a cada feligrés que su hija iría al "Colegio". Como su sueño había sido estudiar ahí, ahora que yo sería parte se sentía habilitado a nombrarlo así. Lo decía como si su hija hubiera ingresado a Harvard y no a una escuela pública argentina. Y por más reputación que tuviera, como no es una universidad de Estados Unidos, a la gente de Beit Iacov no le significaba la gran cosa. Es más, el comentario principal no tenía nada que ver con el sacrificio del ingreso o con transitar las mismas aulas por las que habían pasado varios presidentes de la nación, sino con que la hija del rabino no iba a ir a una escuela judía, y cómo podía ser que el rabino no predicara con el ejemplo. Mi papá me lo contó entre risas, regocijándose. Era la primera vez que yo daba buena comidilla para generar revuelo dentro de la sinagoga. Pero no solo no le molestaban estos comentarios, le gustaba que hablaran de él, aunque fuera para

criticarlo por ciertas cosas que, a esta altura de su vida, parecían importarle un poco menos.

Ese año alguien de la comisión directiva se animó a sugerirle que hiciera más corta la prédica de Rosh Hashaná. Le dijo que la gente comentaba que la del año anterior había sido demasiado larga y compleja, y que además no había sido muy prudente decir "mierda" desde el púlpito, palabra que había usado al citar textualmente un pasaje de *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera. Por supuesto, escribió el doble de páginas que el año anterior y además reiteró esa misma palabra, ahora por motu proprio, ya sin citar a ningún autor.

Para entrar a la escuela secundaria tuve que hacer un curso obligatorio los sábados a la mañana en la sede del Nacional Buenos Aires. Viajar y escribir en *shabat* son dos cosas que están prohibidas para nosotros como familia del rabino. Pero mi papá consideró que entrar al "Colegio" era mucho más importante que respetar los preceptos. ¿Cómo podía ser que, después de doce años sin tomar un transporte un sábado, sin escribir un mensaje en un papel, de pronto eso pasara a ser algo secundario? ¿Por qué podía romper esa regla y no todas? ¿Para qué cumplíamos con todos esos mandamientos si podíamos dejar de hacerlo de un segundo para otro sin que hubiera ninguna consecuencia?

El primer sábado que fui me impactó la cantidad de gente que caminaba por el Centro, los negocios abiertos, los bares despachando cafés con medialunas. El sábado era un día tan agitado y tan laboral como cualquier otro, y el subte estaba tan lleno como un lunes. La calma en la que siempre me había imaginado que transcurría el *shabat*, con la ilusión de que el mundo entero

estuviera permeado en un microclima por el espíritu sabático, se desmoronó en ese instante.

En la carta que escribe mi mamá para pedir el cambio de turno argumenta que, por nuestra religión, los viernes de invierno la primera estrella sale a las seis de la tarde. A esa hora yo estaría tomando el subte para volver a casa y, según explica, en *shabat* nosotros no viajamos. A esta altura, eso ya es una mentira. Se encarga de aclarar en varios párrafos que soy hija de un rabino, hija de un rabino, hija de un rabino. Dos semanas después, llega la respuesta. Las autoridades rechazan el pedido. Mi mamá quiere apelar e incluso, entre gritos, amenaza con hacer una denuncia en el Inadi por discriminación. Por suerte, mi papá le dice que la corte y entonces empiezo a cursar en el turno tarde como yo quería. Al fin puedo elegir algo.

Intercambio mis primeras palabras con Guadalupe Castro, que se sienta al lado mío en un pupitre de madera adosado al piso. De inmediato, se convierte en mi amiga y en la primera persona que conozco en toda mi vida con nombre de santa. Me gusta pensar que las mellizas, que van a la ORT —escuela a la que yo soñaba ir porque iban todos mis amigos y todos los judíos de la Argentina que yo conocía—, nunca van a tener una amiga que se llame Guadalupe.

El preceptor, una figura nueva y temeraria, nos identifica por apellido y ya no hay privilegios como cree mi mamá. Acá soy igual que Guerrero, Ferrer o Sosa. No hay oficina a la que pueda entrar sin permiso, ni gente que me salude a cada paso que doy.

Todas las tardes, cuando salgo del subte en la estación Catedral, camino y me quedo unos minutos leyendo los carteles: “La patria no se vende”, “gobierno de los trabajadores”, “PO”, “MST”, “PTS”, “PCR”.

Observo a los hombres con bombos y redoblantes, a las mujeres con pancartas y aprendo alguna de sus canciones. Huelo el aroma a choripán y sueño con comer uno, pero aún no me animo. A mis nuevos amigos les digo que soy vegetariana. Por suerte, me creen. Si sale en la conversación, a veces miento y digo que mi papá es psicólogo o docente. Cuando confieso la verdad, que soy hija de un rabino, me miran como si fuera una marciana y yo me arrepiento porque es demasiado lo que tengo que explicar y aclarar.

De las cosas que más me gustan de la escuela es cuando los de quinto y sexto año pasan por nuestro curso para convocarnos a participar de reuniones y manifestaciones. Una de mis amigas se convierte en delegada de la división. Una noche nos invita a una reunión del espacio en el que milita. Se llama La Descamisada. Nos dice que nos puede interesar y que, además, hay muchos chicos lindos. Decidimos ir, principalmente, por los chicos lindos.

La reunión es en un aula de sexto año, en el claustro central. Es amplia, con techos altos y ventanas ornamentales. Como había anticipado, hay chicos lindos tomando mate y chicas hermosas pintando afiches. La escena me atrae, me siento en una película ambientada durante la dictadura. Es en esa época que empiezo a fascinarme por todo lo que orbita alrededor de los setenta. Mi amiga nos cuenta quién es cada uno.

—El morocho de ojos verdes que está ahí anotando en un cuaderno es el presidente del centro de estudiantes, Ariel Feldman.

Escucho ese apellido judío y lo demás deja de importarme. Por supuesto que me enamoro al instante y, por supuesto, descubro cómo una chica preciosa, castaña, de pelo lacio, con pecas y una nariz perfecta, le da un beso apasionado en la boca.

—Es Estrella, la novia.

Me parece increíble que una chica se llame Estrella. En un momento, todos se ubican en una especie de ronda. Algunos se sientan arriba de los pupitres; otros, en las sillas. Una lee el temario de la reunión. Hay que discutir sobre asuntos puntuales de la escuela y sobre la adhesión a algunos actos de sindicatos y organizaciones contra el gobierno. Escucho, pero no puedo sacarle los ojos de encima a Ariel Feldman. ¿Habrá ido a una escuela judía? ¿Irá a algún templo? ¿A Hebraica, Macabi, Hacoaj? ¿Conocerá a mi papá? Alguien nombra a la "compañera Evita" y dice que "hay que seguir con su legado". Me río de mí misma. En ese momento se me viene la imagen del cartel de chapa que dice "Colonia Evita", en la entrada del predio sindical donde se hace el *majané.* No era una viejita simpática cocinando mermelada en una cabaña de madera, como imaginé toda mi infancia. Tiempo después me enteraré de que mi papá todos los años negocia las condiciones para alquilar el predio en la sede del sindicato de ferroviarios. La primera vez que llegó a la reunión, le preguntó al dirigente —que era un peso pesado de la Central de Trabajadores— si Perón había estado sentado en alguna de las sillas. El hombre, sorprendido, le señaló una y mi papá —que estaba desplegando, nada más y nada menos, sus dotes de negociador como buen hijo de *cuentenik*— fue y se sentó allí. Desde ese día, aquel dirigente deja todo cada vez que lo va a ver y lo más cómico es que se refiere a él como el "compañero rabino".

Me dan ganas de contarles a las mellizas quién era Evita, pero no creo que les interese. El cambio de escuela generó desencuentros, aunque igual nos vemos los sábados en los "grupitos" de la sinagoga a los que, por ahora, sigo yendo.

En la cena familiar cuento:

—El presidente del centro de estudiantes es judío y es peronista. De ahora en más, yo también soy peronista.

Mi papá levanta los ojos del plato y se ríe. Mi mamá también y acota:

—Que no te escuchen en Beit Iacov.

Lo único que quiero es que toda la comunidad se entere.

—¿Cómo procesás la muerte?

—Nena, ¿no tenés preguntas más fáciles?

—No.

—Bueno… no es algo que se procesa rápidamente. Hubo una época en la que cuando volvía del cementerio no podía hacer nada el resto del día. Llegaba a casa y me metía en la cama.

—Sí, me acuerdo. Nadie te podía hablar.

—Con el correr de las horas, esa pesadez se iba decantando. Me llevó muchos años descubrir que el deudo no era yo.

—¿Cómo que no eras vos?

—Creía que lloraba al muerto. Después entendí que lloraba mi propia finitud. ¡Freud para principiantes! Cada uno hace su duelo con sus propias preguntas.

—Qué cliché tu respuesta, esperaba más de vos. ¿Y se termina alguna vez esa angustia?

—No. Se transforma. Primero es un peso. Después una memoria. Y, con suerte, alguna enseñanza.

—¿Qué enseñanza puede haber ahí?

—Que la vida no es infinita. Y que si uno lo entiende a tiempo, a lo mejor aprende a no desperdiciarla.

Cuando alguien de la comunidad tiene una emergencia, no llama al conmutador de la sinagoga. No. No hay tiempo para escuchar el contestador automático en la voz de Felisa. Ser la secretaria del rabino es un cargo de suma importancia dentro de la sinagoga. Es arquitecta —y lo recuerda cada vez que tiene ocasión—, pero la crisis económica la dejó sin trabajo y mi papá la contrató cuando ella, desesperada, le fue a pedir ayuda porque literalmente no le alcanzaba para darles de comer a sus hijos. Felisa no es solo su secretaria, es sus ojos y oídos en todos los frentes de la comunidad. Sabe lo que ocurre en cada rincón del edificio y maneja, a su vez, una pequeña red de informantes: muchachos de maestranza, docentes, feligreses selectos que entran a su oficina como perros en busca de un hueso. Ella los recompensa con buenos asientos durante Iamim Noraim o con días francos, si se trata de los empleados, que negocia con el intendente, siempre presentados como pedidos directos del rabino. Pero cuando hay una emergencia, nadie escucha la voz de Felisa que dice: "*Shalom*, usted se ha comunicado con Beit Iacov. Si conoce el interno, márquelo; jardín, 151; primaria, 152; rabinato, 153 o si no aguarde y será atendido". Cuando hay una emergencia, todos marcan el número de mi casa.

Una noche, a la hora de la cena, suena el teléfono. No hay dudas de que es para mi papá y tampoco de que, del otro lado de la línea,

no le espera nada bueno. Se levanta de la mesa con calma y se acerca al aparato que está colgado en la pared de la cocina.

—¿Aló? —Se queda en silencio mientras escucha la voz del otro lado del teléfono—. ¿Patricio?

Mi hermana, mi mamá y yo nos miramos. ¿Patricio? El único Patricio que conocemos es un chico de diecisiete años de Beit Iacov. Lo primero que me viene a la cabeza es que está muerto, porque la mayoría de estos llamados anuncian alguna tragedia. Y de acuerdo con la reacción de mi papá en el transcurso de la conversación, podemos intuir la gravedad del asunto. Si pega un grito y se agarra la cabeza, es dramático: algo repentino o de alguien muy joven; si dice "ay, ay, ay", es algo esperable, alguien enfermo que finalmente murió o una persona mayor. Las tres estamos esperando alguno de estos gestos, pero él hace una seña con la mano para que nos calmemos.

—Quedate ahí, te voy a ir a buscar. Avisales a tus padres ya mismo.

No está muerto, pero es obvio que está en problemas. Mi papá vuelve a la mesa y dice:

—Todo bien.

Pero ya no está con nosotras. Se vuelve invisible, y lo que vemos de él es solo un cuerpo llevándose un tenedor a la boca como una acción mecánica. No me conformo con su silencio, con su ensimismamiento que cada vez se hace más frecuente, con fingir que algo está bien cuando sé que algo malo está pasando. Ya tengo cierto instinto periodístico y empiezo con el cuestionario:

—¿Podés contar qué pasó con Patricio? ¿Es grave?

Soy incisiva. Muchos años después, mi mamá, mi papá y mi hermana dirán que soy insoportable cuando no paro de preguntar. Puede ser. Pero es la única manera que conozco para que me cuenten la verdad.

—¿Es muy grave? ¿Se va a morir? ¿A dónde lo tenés que ir a buscar?

No me responde hasta que traga el último bocado, se corre para atrás con la silla y me grita:

—¡Cortala de una buena vez!

Me quedo unos segundos en silencio, mientras la sangre del cuerpo se me sube a la cabeza. Corro a mi habitación, me encierro y lloro.

Unos días más tarde, mis papás se sientan con mi hermana y conmigo en la cocina. Están serios.

—Patricio se va a quedar un tiempo con nosotros. Y si sale bien, como esperamos, va a ser parte de la familia.

Mi hermana me mira con preocupación, creo que no tanto por lo que nos acaban de decir, sino por cómo voy a reaccionar.

A Patricio lo conozco. Lo veo en el *majané*. Sé poco sobre él. Es adoptado. Nadie me lo dijo, pero es obvio. Es de tez oscura, ojos marrones y tiene unos padres blancos, rubios y de ojos celestes, bastante mayores al promedio. Podrían ser sus abuelos. Me lleva cinco años y, en las tres semanas del campamento, las chicas de su edad se desesperan por ese morocho con una cicatriz en la mejilla. Usa remeras de los Rolling Stones, pañuelo tipo *kefia* y, cuando habla, mastica un pedacito de pasto. Entre los varones, también causa furor. Nadie sabe a ciencia cierta qué le pasó para tener esa marca en la cara, pero circulan muchos rumores: que se la hizo

robando o peleando en la calle con alguien a quien dejó en el hospital. Patricio es una suerte de Sansón. Un chico fuerte pero de pocas palabras, un verdadero misterio.

Después de que mi papá nos cuenta que se va a venir a vivir con nosotros, exijo explicaciones. Y ahora sí, no tiene manera de negármelas. Me dice que los padres de Patricio se quieren ir a vivir a Israel, pero él no. Ante las reiteradas discusiones por ese tema, les robó dinero de la caja fuerte y se escapó a Colonia Evita, el predio de *majané*. Y antes de que lo encontrara la Policía —sus padres habían hecho la denuncia—, llamó a mi papá para que lo fuera a buscar a Córdoba. Conmovido por la situación, porque no tiene otros familiares directos y lo que le esperaba probablemente era un instituto de menores, le propuso que viviera con nosotros. Escucho el relato. No quiero que vaya a un reformatorio, pero no puedo creer que seamos su única opción, que no haya otros familiares que se hagan cargo o, incluso, que sus padres reconsideren el viaje.

Que dirija una sinagoga, que sea el guía espiritual, que entierre gente, que dé clases, que tengamos que respetar una serie desmesurada de preceptos, eso es tarea de un rabino. Pero ¿adoptar adolescentes problemáticos de su congregación y llevarlos a vivir con su familia también es parte de su misión? Ahora es Patricio, ¿y después? ¿Cuántos más van a venir? Aunque siempre supe que su oficio nos involucra como familia, esto es demasiado. Entiendo, en este preciso momento, que no hay límites. Digo lo primero que me viene a la cabeza:

—Odio que seas rabino.

Patricio llega a nuestra casa un mediodía. Tiene puesta una camiseta de Boca y lleva una mochila grande. Salgo de mi cuarto y

finjo ir al baño para cruzarlo.

—Se conocen ustedes, ¿no? —dice mi papá, haciéndose el tonto o el gracioso para romper el hielo.

Los dos sonreímos, pero no decimos nada.

—Te voy a mostrar tu habitación —agrega y los dos entran al escritorio.

Unos días antes, habían comprado un sillón cama. Me intriga saber cómo se va a relacionar con su nuevo "hijo" varón. Me genera curiosidad pensar en cuáles podrían ser sus temas de conversación.

Para que se quede con nosotros en casa, mi papá le pone una única condición: tiene que terminar la escuela secundaria. Como ya lo habían echado de varias, Patricio se anota en una nocturna. Intento no coincidir con él en mi rutina diaria. Cuando vuelvo del colegio, ya no está. Los fines de semana se va a lo de algún amigo y yo también. Decido no contárselo a nadie. Trato de no invitar amigas a casa y, si por casualidad alguna pregunta algo, comento que se queda por unos días hasta que le encuentren un departamento. No me acostumbro.

Una tarde volviendo de la escuela, al salir de la estación del subte, ni bien camino una cuadra, dos chicos comienzan a merodearme. Un poco asustada, cruzo la calle, acelero el paso y ellos me imitan. Empiezo a desesperarme. El resto de las personas a mi alrededor sigue su camino. Nadie se da cuenta. Cuando estoy a punto de correr, alguien me frena y me da la mano. Lo reconozco de inmediato. La palma de Patricio es rugosa, con callos. Lo miro por unos segundos a los ojos y, por primera vez, veo de cerca su cicatriz. ¿Qué le habrá pasado? Quiero acariciarla. Apoyo mi cabeza en su

pecho y lo abrazo fuerte. Siento olor a cigarrillo en su cuerpo. Los dos chicos que me seguían desaparecen.

—¿Estás bien? —Su voz es ronca, profunda—. ¿Te hicieron algo?

Niego con la cabeza y empezamos a caminar. Quiero preguntarle: "¿Qué hacías ahí? ¿Acaso nunca vas al colegio y le mentís a mi papá?". Volvemos en silencio. Apenas entramos a casa, mis papás se sorprenden al vernos juntos. Él no me lo pide, pero le devuelvo el favor.

—A Patricio le faltó la de Matemática y nos encontramos de casualidad a la salida del subte.

En la cena, soy amable con él, algo que no había ocurrido hasta ahora en las pocas veces que compartimos la mesa.

Llevamos un mes de convivencia y ya me animo a contarlo. Las mellizas se burlan y se refieren a él como "tu hermano Patricio". Para las vacaciones de invierno, él viaja con un chico de la sinagoga y su familia a la costa. Mi papá cree que es una buena idea que, después de estar con su amigo, pasemos todos juntos en familia unos días allí. Me imagino caminando con él por la arena, cada uno con un auricular, cantando las canciones de los Redonditos de Ricota que él me va a enseñar porque no sé ninguna. Fantaseo con que, en el *majané* siguiente, las chicas más grandes me pregunten cómo es tener un hermano así y, quizás, algunos varones ahora se fijen en mí para estar cerca de él. Pero, un día antes de encontrarnos en la costa, a mi papá le llega un mensaje en su bíper y nuestras vacaciones de invierno se suspenden intempestivamente sin explicaciones.

Voy al escritorio y las cosas de Patricio ya no están. Ahora soy yo la que le grita:

—¡Lo metiste pupilo! ¿Cómo pudiste?

Me abraza fuerte y me tranquiliza. Patricio no está en un reformatorio, me dice, unos tíos lejanos de Entre Ríos se van a hacer cargo de él. En ese momento no quiero saber qué pasó. Lo haré muchos años después, el día en que Patricio lo llame para contarle que va a tener una hija y que se va a llamar igual que yo.

—¿Sentís un gustito por el poder?

—Sería deshonesto negar que a veces hay un pequeño placer en ejercer el poder. Cuando la gente te escucha con demasiada atención, cuando una frase tuya puede quedar dando vueltas en la cabeza de alguien durante años, uno entiende que las palabras no son inocentes. A veces orientan… y a veces pueden torcer destinos hasta estrellarlos.

—¿Te sentís una especie de médium entre la ley judía y la gente?

—No, nena. No soy Tusam. No hay levitación entre la ley y las personas. A lo sumo uno estudia, interpreta y busca adaptar una tradición antigua para una vida contemporánea. Pero con los años también entendí algo inquietante: lo peligroso que yo mismo podría haber llegado a ser. Porque cuando la gente cree demasiado en tu palabra, el primer deber es sospechar de uno mismo antes de empezar a creerse el personaje.

Lo veo en las escalinatas de la puerta del colegio unos minutos antes del timbre de entrada. Con mis amigas nos sentamos a comer una ensalada por peso, después de volver del campo de deportes. Él enciende un cigarrillo y después otro, y después otro, y me tildo viéndolo inhalar sin toser, haciendo círculos de humo en el aire. Me gusta que sea alto, de rulos, con un arito en la ceja, y que use remeras de Los Piojos y una vincha negra que le acomoda el pelo hacia atrás.

Su grupito de amigos y el mío entrecruzan comentarios en el comedor y en la fotocopiadora. En mi cabeza, puedo gustar de cualquier chico que va al Nacional Buenos Aires, porque son todos inteligentes. Como cuando una judía va a Israel y se puede enamorar de cualquiera porque son todos judíos. No tengo que ser una gran detective para saber que el chico que me gusta, de judío, no tiene nada. No solo es *goy*, sino que lleva un nombre muy *goy*: Juan Francisco López Merino. Ese mediodía, apenas lo veo en las escalinatas fumando, sueño con que sea mi novio. Voy a conquistarlo y llevarlo a Rosh Hashaná para que lo conozca Sarita Kopelman.

Juan Francisco toca la batería en una banda tributo a Pescado Rabioso. Con mis amigas nos convertimos en sus groupies. Pintamos una remera blanca con el nombre del grupo en témpera negra, vamos a los recitales que, en general, son los viernes a la noche en

subsuelos mugrientos del Microcentro porteño. Había arreglado con mi papá que podía salir los viernes bajo la condición de que tenía que quedarme al menos a las bendiciones de la cena de *shabat*. Me encanta cuando hay invitados, porque me ven vestida y maquillada para salir. Me gusta incomodarlos como una villana de película, contar que voy a un recital en un antro del Centro con mis amigas de la escuela, mientras que mi papá mira para abajo y mi mamá dice rápido:

—Coman, coman, que se enfría.

No puede quejarse. Él había decidido que yo fuera a una escuela pública y laica, razón por la cual hubo que romper muchas reglas. Había abierto ese portal y ya no había vuelta atrás.

Una noche, después de un show, Juan Francisco López Merino baja del escenario y viene directo a buscarme. Mi corazón empieza a latir cada vez más fuerte, se me estruja el estómago. Con una toalla en el cuello, mientras se seca la cara, me dice una frase que no entiendo, pero lo sigo. Me lleva a un lugar detrás del escenario que solo él conoce. Tiene una voz áspera, una sonrisa seductora y unos ojos turquesas que parecen dos reflectores. Me habla a medio metro de distancia y siento su aliento a cerveza y a cigarrillo. Desde que en el campamento nadie había querido darme un pico, no me animé a volver a ser rechazada. En el viaje de egresados de séptimo grado, las mellizas se besaron con el mismo chico. Les pregunté qué habían sentido.

—Como que te succionan la boca —me dijo Ariana.

—Sí, como si fuera un lavarropas, pero de saliva —completó Johana.

En esa charla sin sentido, Juan Francisco me agarra de la nuca y me da un beso. El primero de mi vida. No me da tiempo para pensar, ni para concentrarme en mi acción. Él mueve la lengua rápido, mientras intento seguir el ritmo a puro instinto, pensando si a eso se referían las mellizas con la succión y el lavarropas. De repente me suelta, me sonríe, toma un poco de cerveza del pico y vuelve a meterme la lengua en la boca. Cierro los ojos.

Me da risa y vergüenza pensar que él no sabe que apenas unas horas antes de estar besándonos yo tuve que bendecir las velas, el vino y el pan. Tampoco sabe —y no sabrá— que hasta ese día solo probé jamón una vez y que cada verano me voy de campamento con otros doscientos chicos judíos. Que nos vestimos de blanco para recibir el *shabat* como si fuéramos miembros de una secta. ¿Acaso no lo es?

Mete la mano abajo de mi remera e intenta pasar abajo del corpiño. Pienso: ¿por dónde empiezo la explicación? ¿Por contarle que mi papá es como un cura, pero de los judíos? ¿Por decirle que sí, que los rabinos sí se casan y tienen hijos, pero que nosotros no somos como una familia religiosa que vive en el Once? ¿Cómo le cuento que sé hablar perfecto en hebreo y hasta sé oficiar un servicio religioso, incluso un casamiento? ¿Cómo le explico que ayuno una vez al año y que esa noche mi papá se pone una túnica blanca y grita como un loco frente a tres mil personas, y que esas personas le responden también gritando como si eso fuera algo normal?

Saca la mano de mi espalda y la pone en mi culo, por encima del jean. Sigo succionando. ¿Cómo voy a contarle a mi papá que tengo un novio con nombre de santo y apellido compuesto? Los límites se

habían corrido, pero ¿tanto? ¿Aceptará que salga con alguien con un pito no circuncidado? ¿Cómo es un pito no circuncidado? ¿Y un pito circuncidado?

Juan Francisco me suelta.

—¿Volvemos, bonita?

Digo que sí con la cabeza. Me agarra de la mano y caminamos hacia donde está el resto del grupo. Llego ilusionada, con una sonrisa que no me entra en la cara, y mis amigas ni se inmutan. Las busco con la mirada, queriendo contarles, necesito que entiendan lo importante que es esto para mí. Pero cada una está en su mundo. En ese momento pienso en Johana y Ariana, a las que ya casi no veo. Me imagino sus caras de felicidad, igual que la mía, y solo deseo que pudieran estar ahí conmigo.

—Una vez, un muchacho, ya adulto, que se iba a convertir al judaísmo me pidió que lo acompañara el día en que le harían la circuncisión. Por supuesto que fui. Él estaba muy nervioso, como cualquiera que está a punto de pasar por un quirófano.

—Y a punto de un cambio rotundo de vida...

—Exacto. Pero cuando vino el médico a buscarlo, el pibe, casi sin darse cuenta, se persignó. Un gesto automático, de esos que viven en el cuerpo desde la infancia. Y en ese momento, entendí que hay costumbres que vienen adheridas a lo que uno fue y es. La conversión no es borrar la biografía. Nadie se convierte en una página en blanco. Más bien, es añadir un capítulo nuevo a la propia historia.

Toco el timbre de la sinagoga. Del otro lado, una voz me pregunta mi nombre completo y qué vengo a hacer. Son cinco segundos en los que me quedo muda y, cuando estoy a punto de responder con algún tipo de grosería —incluso pienso en dar media vuelta e irme—, Javier, el muchacho de seguridad, abre la puerta y me dice:

—*Queguida*, es que no te veo hace tanto tiempo que no te *geconozco*.

Aunque vive en la Argentina desde hace casi veinte años, Javier sigue hablando un español con fuerte acento israelí. Desde el último Rosh Hashaná, yo no había vuelto a pisar Beit Iacov. Me da tranquilidad la broma de Javier, saber que aún no soy una extranjera aquí adentro. ¿Alguna vez lo seré?

Javier nació en Israel, pero sus padres son argentinos y trabaja en la sinagoga desde 1994, el año en que ocurrió el atentado a la AMIA. Todas las instituciones judías llevan pilotes en la entrada para que no pueda volver a incrustarse ningún coche bomba. Y, además, un equipo de seguridad llamado *bitajón*, del cual Javier es parte, nos protege. Es una especie de seguridad privada —o una fuerza parapolicial— cuyos integrantes supuestamente están entrenados para prevenir posibles ataques y controlar los accesos. Hay muchas historias y mitos que circulan a su alrededor. Cada uno de ellos puede ser un amigo de la primaria, un primo, el hijo marginado de los amigos de tus papás. Tampoco está del todo claro quién los

entrena, cómo se organizan, a quién responden o quién los financia: ¿el Mossad? Pero ahora no pienso en nada de esto, solo saludo a Javier con un abrazo.

Ese verano me había reencontrado con Johana y Ariana. Durante los primeros años del secundario, habíamos pasado una gran turbulencia como amigas, pero me di cuenta de que no estaba dispuesta a perderlas. Nos pusimos al día y me dieron la oportunidad de volver a restaurar el hilo dorado y cumplir el sueño de nuestra infancia de ser *madrijot*.

Camino los pasillos de Beit Iacov con la familiaridad de siempre. Saludo a los de maestranza con besos y abrazos, y voy directo a la oficina de mi papá. Toco la puerta y, sin esperar a que me responda, entro.

—Miren quién volvió —dice contento y los que están ahí junto a él, algunos miembros de la comisión directiva, me saludan con sonrisas.

Subo por la rampa los dos pisos hasta el aula del fondo. Ahí están las mellizas y el resto del grupo. No hice el curso de formación de líderes que implica dos años de talleres y prácticas, pero igual me dan el título por ser la hija del rabino. Me siento con las piernas cruzadas y miro el extenso círculo de sillas. Todos en esa aula actuamos con normalidad, como si nunca me hubiera ido.

Volver como líder de la juventud, lentamente, pasa a ser lo más importante de mi vida y todo se parece a un recuerdo de la infancia, algo natural. Mis amigas del colegio no entienden y tampoco sé cómo explicarles por qué estoy la mayor parte del tiempo pensando en las actividades para los chicos, llamándolos por teléfono para asegurarme de su participación los sábados, preparando materiales, confeccionando disfraces artesanales, inventando canciones o yendo

a muchísimas reuniones en la sinagoga. Como una música en volumen bajo, quedan sonando de fondo los recitales en los antros, las fiestas de recaudación para el viaje de egresados, incluso los debates políticos o las tomas de la escuela.

El primer viernes que voy al servicio religioso en mi nuevo rol —es obligatorio para los *madrijim* participar de la ceremonia—, llego tarde. Lo hago a propósito. Quiero que me vean entrar: el regreso triunfal de la hija del rabino que vuelve como Ulises a Ítaca para reencontrarse con Penélope. En mi caso, acá estoy nuevamente en mi hogar, lista para el abrazo con Sarita Kopelman. Canto las canciones del servicio para adentro porque quiero que piensen que me las olvidé. Pero es como andar en bicicleta, el cuerpo sabe.

Saco una radiografía, uno por uno. A un costado está Adrián Mayer, el organista, tan hippie como siempre. Hace un tiempo tuvo una hija a la que me presenta al final del servicio, una nena preciosa y morena porque su esposa es brasileña. Raquel Mirkin, la mamá de Martita, sigue con el pelo teñido de colorado y me cuenta que su hija vive en España y trabaja de moza. ¿Sospechará lo que Martita hacía en la oficina de mi papá? Estelita y Jorge Eidelstein ya no se encargan más de los casamientos. Hace varios años se impuso una nueva moda y ahora la gente se casa en hoteles o salones con ceremonias al aire libre. Mi papá ya no los necesita y ellos ya están grandes, tienen nietos —¡al final sus hijos se casaron, lo logró!—, me cuenta Estelita mientras saca de su billetera una foto de un bebé.

—¿Y vos? ¿Algún novio, mi amor?

Me río y niego con la cabeza. A Carlita se le nota el paso del tiempo. Trabaja en Beit Iacov desde que yo era muy chica y ella,

adolescente, llevando cafés, haciendo fotocopias o cualquier mandado que le inventaran para tenerla activa. Sigue escuálida y todavía se le notan las clavículas. Usa las mismas polleras cortas cuadriculadas, medias turquesas y zapatillas Reebok rojas, como cuando corría a abrazarme y a mí me daba vergüenza que me vieran con ella. Hablaba raro, gangoso, y tenía todos los dientes podridos, igual que ahora. Yo sabía la historia: su mamá había arreglado con mi papá que ella se haría cargo del salario de su hija, aunque Carlita no estuviera enterada de ese acuerdo. Ella siempre pensó que recibía el pago igual que el resto y cada mes se iba contenta con su cheque en mano. Se movía alegre en el único lugar en el mundo en el que se sentía respetada. La tarea más importante que tenía y que se tomaba muy en serio era llevarle a mi papá, cada viernes a la mañana, la prédica a mi casa porque no teníamos impresora. Caminaba las tres cuadras con el sobre manila guardado en la cartera, como si se tratara de un código secreto y no del sermón que esa noche el rabino leería frente a la congregación. Carlita me saluda, ahora sí la abrazo con cariño genuino.

—Qué bueno que volviste, bah, uno nunca se va de acá. Aunque quieras nunca te podés escapar —me dice y yo solo puedo ver sus dientes amarillos y pienso que, aun así, es la única que logra decir lo que a mí no me sale.

En el cuello de Sofía Zafrani, siguen los dijes de sus siete hijos y ahora se suman unos pequeños círculos plateados con los nombres de sus nietos.

—¿Te acordás de la pulserita que te llevaste para tu *bat mitzvá*? —me pregunta.

No solo la recuerdo, sino que aún la tengo guardada.

Roque, el de maestranza, ya se jubiló y el nuevo encargado de que todo allí funcione —y cuando digo *todo*, es el engranaje para que la comunidad esté abierta y limpia, y que no falten sillas, ni los libros de rezo, ni las *kipot*, y un sinfín de etcéteras— se llama Derlis: un paraguayo con cara de perro que al único al que le hace una sonrisa es a mi papá y, claro, ahora a mí.

Ya no me escapo durante la prédica porque los *madrijim* tenemos que quedarnos a escuchar el mensaje del rabino. Sigo teniendo los mismos nervios que cuando era chica, deseo que no llore ningún bebé y que ahora no suene ningún celular. Le pido a Dios, si es que existe y está allí adentro, que por favor mantenga el silencio de la sinagoga a rajatabla, que nada lo desconcentre. Con los años su temperamento se volvió cada vez peor. Tiene menos paciencia. Lo miro hablar. Veo sus silencios, los movimientos de las manos, los cambios de ritmo. Me asombra la capacidad que tiene para leer su sermón sin que parezca que lo está leyendo. Me pregunto qué debe sentir, al escuchar su voz y sus pausas por los altoparlantes.

Volvemos juntos las tres cuadras como hace años que no hacemos, rompiendo los pedazos de la prédica que esparcimos en los tachos de basura. No se lo digo a nadie, y menos a él, pero estoy contenta de haber vuelto.

—Supongo que te pidieron miles de consejos en situaciones límites. ¿Hay alguno que recuerdes?

—Me acuerdo especialmente de uno. Era 20 de junio, Día de la Bandera, feriado nacional. Recibí a las ocho de la mañana el llamado de un político de origen judío que en ese momento tenía un cargo muy importante. Me dijo que necesitaba hablar conmigo con urgencia. Media hora después estábamos en mi oficina de la sinagoga. Su mamá, de noventa y tres años, estaba internada, a punto de morir. Y me contó su último deseo, que era… comer un pedazo de arenque marinado con pan negro y manteca. El problema era que, con la cantidad de sal que tiene el arenque, la presión se le iba a disparar por los aires. Y él necesitaba que yo le dijera qué hacer.

—¿Y qué le dijiste?

—Lo pensé dos segundos… y le dije: "Hoy es feriado. Pero posiblemente la rotisería Tel Aviv, de la calle Seguí, abra a las nueve de la mañana. Ahí tienen el mejor arenque de la ciudad. ¡Que lo disfrute!". El hombre se quedó en silencio un instante, me sonrió… y me dio un abrazo. Tres días después leí en los avisos fúnebres la noticia de su fallecimiento. Y entendí algo muy simple, y es que a veces la tarea no es prolongar la vida, sino acompañar a que los últimos gestos tengan sentido.

Una tarde, en una reunión del equipo de *madrijim*, Guido Moscovich me roza sin querer con sus piernas y una punzada se clava en el medio de mi estómago. Tiene veinte años, tres más que yo, y está catalogado como uno de los más lindos. Morocho, musculoso y con colita, era, hasta hace algunos meses, el novio de Sheila Hanono —diosa, envidiada por todas—. Ella lo dejó, él quedó golpeado. Se sabía.

Guido se hace el tonto, me toca con sus piernas peludas y sé que eso significa que me está histeriqueando, todavía recuerdo las lecciones de Martita, pero en el fondo me parece imposible que un chico de la sinagoga pueda fijarse en mí. Es un escenario con el que soñé muchísimas veces, con distintos varones como protagonistas, pero nadie, hasta ahora, lo había hecho realidad. Guido se levanta para ir al baño y, sin que nadie se dé cuenta, me deja un papelito que dice: "Te acompaño a tu casa".

Me quedo dura, la panza se me estruja aún más; busco a Johana con la mirada, que sigue de cerca la secuencia, y ambas gritamos con los ojos. Cuando termina la reunión y sin levantar sospechas, empezamos a caminar juntos. Guido no necesita que le indique porque él sabe, todos saben, dónde queda mi casa. Y cuando faltan pocos metros para llegar al edificio, me agarra de la mano y empieza a correr. Estoy en una película romántica, está sucediendo. Me lleva a una calle cortada sin salida a dos cuadras de ahí. Me apoya contra

una pared grafiteada y me besa con el cuerpo entero. Levito. Intento demostrar que también sé hacerlo. Pongo al servicio mi poca experiencia con los chicos del colegio a los que besé. Guido me levanta el vestido, apoya la mano en el cachete de mi culo y no lo saco. No quiero parecer pacata, ni quiero que piense que la hija del rabino es una modosita o una virgen a la que no se puede tocar. Lo dejo, también lo toco y él me sonríe.

—Me gustás —me dice—, me gustás mucho.

No quiero que esto se termine.

Después de acompañarme decenas de veces a mi casa, de ir al cine, a comer, de besarnos en distintas plazas, una noche, en un restaurante de moda que sirve sushi libre, me pregunta si quiero ser su novia. No dudo un segundo y me levanto de la silla para sentarme a upa, abrazarlo y besarlo. Estoy enamorada de él, o enamorada de que un chico de Beit Iacov me dé bola, eso da igual. Estoy cumpliendo el sueño que teníamos con las mellizas. Por primera vez soy yo la protagonista de nuestras fantasías. Quiero que toda la comunidad se entere, que Sarita Kopelman esté orgullosa de que la hija del rabino tiene un novio judío y de Beit Iacov.

No me importa que Guido estudie Publicidad en una universidad privada, que no le interese la política como a mí. Porque yo también me pongo en suspenso.

Nadie le pone barreras a nuestro amor. Los fines de semana me quedo a dormir en su casa o él en la mía. Mis papás lo quieren, él los adora. Le fascina cenar con mi familia y se enciende cuando coincide con mi papá. Se esmera por contarle chismes de la juventud como si fuese un espía. Mi papá lo hace sentir importante y le pregunta: quién es este, quién el otro, qué dijo este o aquel.

Guido habla con lujo de detalle, sin filtro, y escucha con especial atención cuando a mi papá se le escapa alguna que otra infidencia.

A veces, mientras estamos solos, menciona cosas que mi papá dijo en alguna prédica o en algún acto público. Trae a nuestras conversaciones frases de él y las cita como si se tratara de un gurú y no de su suegro. Yo finjo no escuchar, pero por dentro destilo odio. No me gusta que lo mencione, que lo idolatre, que sea un tótem: si lo vio en mi casa gritándome, discutiendo con mi mamá, comiendo en pijama pizza fría de un táper de la heladera. Mi flamante novio se siente poderoso mientras camina por Beit Iacov. Le gusta que le pregunten por su suegro. Me da risa porque de chica me habían rechazado por ser la hija del rabino y a veces pienso que Guido está enamorado de mí *solamente* porque soy la hija del rabino.

En el verano vuelvo al *majané* en Colonia Evita, ahora como *madrijá*. Aunque soy adolescente, tener a cargo a un grupo de chicos me hace sentir adulta. Dicto el taller de revista y en el comedor me ubico en la punta de la mesa. Una vida soñando con sentarme en la cabecera y levantar la mano para pedir silencio. Y eso hago: levanto la mano bien alto y una mesa de niños me obedece. Me parece increíble.

Con Guido nos besamos delante de todo el mundo, de Sheila Hanono, su ex —eso es algo que me encanta—, e incluso de mis papás, que siguen yendo al campamento. Muchas noches nos escapamos y tenemos sexo debajo de un árbol o atrás del mangrullo.

El romanticismo escala mes a mes, festejamos cada pequeño aniversario. Me regala chocolates, peluches, fotos en portarretratos, cartas. Cuando cumplimos un año de novios, en la puerta del edificio

hay algo para mí y no puedo creer lo que veo. Subo a pedirle ayuda a mi papá porque las cien rosas rojas que me mandó son demasiado pesadas para cargarlas sola. Él también se sorprende. El único gesto romántico que había tenido con mi mamá había sido un pequeño ramo de violetas el día que se dieron el primer beso en el Teatro Colón. Me resultan muchas las rosas, la relación se torna asfixiante. Cada vez que me dice que sueña con casarse conmigo o con tener hijos —tres específicamente—, no respondo. Hace el chiste de que ya tenemos rabino para nuestro casamiento, ya tenemos rabino para el *bar mitzvá* de nuestros hijos que no existen, ya tenemos rabino, ya tenemos rabino. Lo odio cuando hace este chiste tan estúpido y tan obvio, el mismo que me hace Sarita Kopelman desde que soy chica.

Termino el secundario y me anoto en la facultad. Tomo una decisión drástica: dejo de ser *madrijá*, y eso para Guido es un golpe letal. Ya no tengo el deseo de ir a su casa a mirar una película entre las sábanas de avioncitos. Ahora quiero ir a esas aulas en las que se habla de Marx, Weber y Hobbes, hacerme otros amigos, quedarme tomando mate o cerveza en el bar de al lado, participar de las asambleas del centro de estudiantes y coquetear con los chicos que reparten volantes o trabajan en la fotocopiadora. Soy mi propio cliché. No voy a cortar el hilo dorado, pero necesito, una vez más, guardarlo por un rato.

Me tiembla la voz cuando le digo a Guido Moscovich que lo voy a dejar. Se pone rojo, los ojos se le humedecen. Estamos en la misma calle cortada donde nos besamos por primera vez. Me dice que no lo entiende, que la juventud de la comunidad "es lo más importante para nosotros, pero ya no para vos". Le suplico que me perdone y le

confieso que estoy segura de que me voy a arrepentir, aunque no es cierto. Nos damos un abrazo, él me besa el cuello y huelo su perfume Davidoff por última vez.

Muchas veces vuelvo a pensar en él y hay algo de tranquilidad mientras lo evoco. Ya no me acuerdo tanto de su cara, pero me gusta imaginarme a nuestros tres hijos correteando por Colonia Evita.

Camino temblando hasta mi casa. Es duro dejar ir al único chico de la sinagoga que se animó a ser, por un rato, el novio de la hija del rabino.

—Hay una imagen que siempre vuelve a mi mente. Después de sobrevivir la Shoá, mi abuelo había dejado de lado todo ritual religioso. La guerra le había quitado hasta las ganas de rezar. Pero cuando nació mi hermana mayor… como apostando al milagro de la vida, se envolvió en su talit y empezó a rezar.

—Es hermoso.

—Eso contaban mis viejos y yo siempre imaginaba esa escena: un gesto pequeño, casi secreto, que parece decir "aquí seguimos, después de la tragedia".

Mi papá me sugiere que le escriba a Julio. Curso mi primer año de la carrera de Ciencia Política y pretendo trabajar en algo vinculado a lo que quiero ser: periodista, está decidido.

Julio responde mi mail al instante y me cita en su oficina. Los días previos a la entrevista no consigo calmar mis nervios. Pienso en las veces que tuve en mis manos las *Tikkun Olam*, o cuando me colgaba la lapicera como los personajes del programa *El fantasma escritor*, incluso en el taller de revista del *majané*. Casi no como y me cuesta dormir. Ensayo lo que le quiero decir. Necesito que sepa lo importante que fue su figura en mi vida.

La oficina es un edificio entero situado en diagonal a la Casa Rosada. En la recepción, un guardia de seguridad abre bien grande los ojos cuando le digo a quién vengo a ver. Debe pensar que es una broma, pero al escuchar del otro lado del teléfono que me haga pasar, me indica el camino con toda la amabilidad que no tuvo hasta entonces. Ni bien salgo del ascensor en el octavo piso, cruzo los escritorios de dos secretarias y llego a una pequeña sala de estar. Me indican que espere sentada y me ofrecen un vaso de agua. Oigo el crujido de una puerta y se asoma Julio:

—Qué hacés, piba, pasá.

La oficina no tiene nada que ver con lo que me había imaginado. Por el contrario, esto es una especie de gran monoambiente con un ventanal impresionante desde donde se ve la Casa Rosada, la

Pirámide de Mayo y hasta el Río de la Plata. Los muebles son de roble y, en lugar de whisky, un mozo aparece y ofrece café. Julio es el director de una agencia de noticias que, hasta ese momento, no tengo idea de qué se trata.

A mi edad, la única experiencia laboral que tengo es haber sido *madrijá.* Ser la hija del rabino es mi mérito para estar sentada en esa oficina. Entiendo que Julio es alguien muy importante, aunque yo lo trate con la familiaridad de los almuerzos de la infancia.

—¿Tu viejo, bien?

No me pregunta nada sobre mí, ni qué estudio, ni qué quiero hacer de mi vida.

—Mirá, piba, necesito gente para el portal, así que en estos días te van a llamar de mi parte y vas a arrancar lo antes posible. Son seis horas de laburo, tenés dos días de franco, y el sueldo te lo van a decir cuando te llamen.

Asiento con la cabeza. Quiero hablar y decirle lo que había ensayado, pero Julio levanta el teléfono y le da indicaciones a su secretaria.

—Ella te va a explicar —dice mientras camina hacia la puerta—. Saludos a tu viejo.

La secretaria me ataja del otro lado con un vaso de agua:

—Tranquila. Te va a llamar Leonardo, el jefe del portal.

Salgo a la calle y ni siquiera saludo al guardia.

El llamado de Leonardo llega unos días después. Me pasa la dirección, no es en el edificio donde trabaja Julio, pero también queda en el Microcentro. Me dedico a leer los diarios con especial atención. Memorizo el nombre de cada ministro y me familiarizo con los temas candentes de la coyuntura nacional. Me pruebo distintos

looks. Gana un jean ajustado, una remera al cuerpo y unas zapatillas All Star verdes que parecen botitas. Me ato el pelo largo con un rodete. Me anuncio en la puerta ante un hombre de seguridad privada. Es un edificio colonial en el que funciona, en la planta baja, un museo de arte precolombino. A los pocos minutos, me recibe el famoso Leonardo, alto, morocho y narigón. Se muestra demasiado amable conmigo desde el principio. Está claro que llegar de parte de Julio no es poca cosa. Me invita al primer piso, donde queda la redacción: un cuarto de paredes blancas con una única ventana que da a una terraza sucia y gris. Los escritorios están dispuestos en "u" y nadie registra mi llegada. Leonardo tiene que gritar varias veces para que la gente se saque los auriculares y nos preste atención. Uno por uno, se dan vuelta y me miran. Él me presenta y me da la bienvenida. Me sudan las manos. Algunos me sonríen, otros no hacen ni un gesto.

Me muestra el que será mi escritorio. Durante unos segundos ya me veo ahí: haciendo llamados, tecleando en la computadora artículos que escribiré tan bien que Leonardo me convertirá en su mano derecha. Tendré tarjetas de presentación con mi nombre y mi teléfono personal, como Julio. Me imagino reuniéndome con políticos y empresarios en oficinas oscuras, tomando whisky, y eso llevará a que publique mi primer libro sobre los secretos del poder. Tendré un placard lleno de trajecitos, zapatos y carteras. ¿La sinagoga? Ni para Iom Kipur podré ir, conduciré un programa de televisión todas las noches. Me casaré con un político y la revista *Gente* titulará: "La periodista y el senador, una gran historia de amor". Sarita Kopelman se la va a comprar y se va a indignar.

—Acá picamos cables —me dice Leonardo.

Me aclara que eso significa elegir las notas más importantes de la agencia de noticias, reescribirlas —porque muchas parecen telegramas— y subirlas a la página web. Una especie de call center, pero de noticias. Leonardo sigue con algunos detalles más, hasta que se interrumpe y me mira fijo:

—¿Sabés que tu papá me casó? —Abro los ojos y no puedo disimular mi sorpresa—. Así que la hija del rabino va a trabajar conmigo, ¡qué honor!

Sonrío con esa sonrisa falsa que ya manejo a la perfección.

—Café gratis —me dice Leonardo mientras aprieta el botón que dice "capuchino".

Me quedo en silencio y sigo tildada, observando cómo sale el líquido transgénico marrón y cae, gota a gota, en el recipiente de telgopor.

—¿Alguna vez te sentiste perdido?

—Muchísimas veces. Enseñar sobre la identidad me obligó a indagar en la mía. Ser uno mismo no es tener todas las respuestas, es simplemente reconocer cuáles te pertenecen.

—¿Y cómo sabés cuándo sos auténtico?

—Cuando lo que hacés no te pesa, aunque duela. Lo falso siempre deja una sensación de cansancio.

—¿Creés que nuestra identidad se transforma?

—Cambia, como un río. La tarea no es detenerlo, sino aprender a nadar y aceptar que algunas piedras también forman parte de uno mismo.

Cuando entra por primera vez a mi casa, Guille se queda mirando la lámina colgada en la pared en la que Frida Kahlo se pintó a sí misma tomada de la mano de Diego Rivera. La compré en el Museo de Arte Moderno de San Francisco cuando viajamos al casamiento de Deivid Levner y Paula Wolf, aunque en ese momento no había imaginado que se convertiría en el cuadro más llamativo del living de mi primer departamento. A Guille le encantan mis muebles usados y agarra los libros de la biblioteca sin pedir permiso. Mi nuevo hogar tiene dos ambientes y queda frente a una plaza, una de las pocas que quedan sin enrejar en la ciudad de Buenos Aires. El departamento lo descubrimos en una caminata con mi papá. Vimos el cartel que colgaba en el balcón y me dijo:

—Es este.

Cuando llegó el momento de negociar, desplegó toda su expertise. A esa altura de su vida, pelear precios ya no era un desafío, sino un entretenimiento: le gustaba esa sensación de ser siempre el que llevaba la ventaja en la escena, aunque desde afuera no siempre se viera así. Nosotras ya sabíamos qué decirle —y qué no— para que, al menos para él, siempre pareciera el ganador.

Guille trabaja en la sección de economía de un diario masivo y yo en la sección de política de una revista semanal bastante conocida, una de las tantas que mi papá acumulaba en el baño junto a las *Tikkun Olam*. A la revista también entré por ser la hija del rabino. Un

socio de Beit Iacov había comprado las acciones. Aunque era un feligrés ocasional y solo aparecía en los "días terribles", había ido al *majané* en la época del Maestro y, por supuesto, quería mucho a mi papá. No sé cuánto sabían mis nuevos compañeros de todo esto, pero fue un alivio ir enterándome a medida que pasaba el tiempo de que yo no era la única "acomodada". Una era la hija de un fiscal; otro, el primo de un gran periodista y así. Esa redacción se convirtió en mi verdadera escuela y mi jefe, un hombre que fumaba mucho y tomaba café sin parar, vio mi potencial —él sí lo vio— y me adoptó como su aprendiz. Me enseñó todo, gran parte de lo que sé. Me inventó una sección que se llamaba "Políticos en la cocina", que consistía en pequeños rumores o chismes de la coyuntura semanal. Para eso tenía que empezar a disponer de "fuentes", lo que me implicaba ir varias veces por semana al Microcentro a tomar cafecitos para armarme, de a poco, mi agenda de informantes.

En esa redacción, sentí por primera vez la adrenalina de los cierres de edición hasta la madrugada, presencié las peleas entre periodistas y editores; vi con mis propios ojos sobres cerrados con información que había que convertir en una nota por pedido de las máximas autoridades políticas, mientras que algunos periodistas se negaban a firmar y defendían con uñas y dientes una información exclusiva y propia. Probé bondiola en uno de los tantos asados que hizo el delegado sindical en el patio de la redacción, coqueteé con un fotógrafo y tuvimos sexo en el baño del jefe mientras no podía dejar de pensar en que estaba haciendo lo mismo que Martita en la oficina de mi papá. Y también conocí a Guille en una marcha por el reclamo de paritarias. Me parece lindísimo: rubio, flaco y de ojos

celestes. Después de mirarnos todo el día y de cruzar algunas palabras, me mandó un mensaje por Facebook.

Empezamos una relación intensa, muy distinta a las que había tenido. No hay que buscar espacios para refugiarse porque mi departamento se convierte en nuestro lugar de encuentro. Parecen unas vacaciones. Cada cosa que hacemos es una novedad. Vamos juntos al supermercado de la mano, intentamos cocinar recetas que encontramos en internet. Comemos sin horarios, miramos series, criticamos a nuestros jefes y compartimos chismes de los políticos y funcionarios a los que frecuentamos. Mientras tomamos mate en el desayuno, él me pide que le corrija sus artículos y yo, que me explique los últimos movimientos del dólar o el crecimiento irrefrenable de la inflación.

Guille no es judío, pero, como fue a una escuela alemana, nos une cierto universo. No solo por algunas palabras que se parecen al *ídish* en el que hablaban mis abuelos, sino por el hecho de haber pasado por una institución comunitaria. A él le divierte que yo sea judía, me pide que le explique sobre algunas festividades, que le cante canciones de la sinagoga. Intenta imitarme y nos reímos. Le parece fascinante que mi papá sea rabino y me hace miles de preguntas: por qué ya no celebro el *shabat*, cómo es que trabajo los sábados si está prohibido por la Torá, por qué no tengo una *mezuzá* en mi casa, por qué como jamón sin culpa —no sabe que sí me da culpa y que cada vez que lo hago, la imagen de mi papá se aparece como un espectro—, y, sobre todo, le interesa saber qué clase de rabino es para tener una hija como yo. Intento demostrar que el oficio de él no me afecta, ni siquiera me interesa. Es rabino, así como otro es carnicero, médico o contador. Actúo como una simple judía secular,

igual que algunos de mis amigos de la facultad o muchos de los periodistas de la redacción. Le digo que solo mantengo algunos hábitos de la cultura, de la tradición, y punto.

Pienso que Guille podría haberse llamado Guille Kaufman porque parece judío por su ascendencia alemana, sin nazis en su familia y esto es lo que hay que hacerle llegar a Sarita Kopelman, si es que esta relación avanza. En mi fantasía, Guille se va a convertir al judaísmo por mí, circuncisión incluida. Estoy dispuesta a presentárselo a mis papás. Sé que van a comprender que me haya enamorado de alguien así. Incluso tengo ganas de ver esa escena, de que la gente de Beit Iacov sepa que mi papá es un rabino tan pero tan abierto que no le importa con quién salga mientras su primogénita sea feliz. Que es más importante el hecho de que un novio de su hija sea inteligente y buena persona antes que judío.

La única pregunta que Guille no me hace es cómo se va a tomar mi papá la noticia cuando se entere de que estoy saliendo con un *goy.* ¿Acaso no está pensando en ser mi novio oficial? Duerme casi todos los días de la semana en mi casa, como si conviviéramos, nos mostramos juntos en eventos, incluso hacemos planes con sus amigos y mis amigas. Ni bien nos conocimos, él me contó que aspiraba a ganarse una beca para estudiar en Alemania, aunque nunca le pregunté demasiado sobre eso, no quería saber si era solo un deseo o si se estaba ocupando de que eso sucediera.

Una tarde Guille me cita en un bar cerca de mi casa. Me cuenta, sin demasiadas vueltas, que se ganó la beca y que eso implica irse a vivir dos años a Berlín. Lloramos juntos. No le puedo pedir que se quede, es ridículo, qué mala suerte, decimos, porque realmente nos gustamos, podríamos haber empezado una relación de verdad. Pero

ninguno de los dos puede hablar de un futuro. Dos años es demasiado tiempo y los seis meses que llevamos saliendo no son tan sólidos como para sobrevivir a una relación a distancia. Lloro durante una semana seguida. Era perfecto: *goy* pero rubio, *goy* pero economista.

Las mellizas me insisten en ir a cenar afuera para despejarme. Aunque nos vemos poco, cada vez que lo hacemos, nos abrazamos fuerte y charlamos durante horas. Nos interesan cosas distintas, no circulamos por los mismos espacios, pero juntarme con ellas se siente como estar en casa, en esa mesa de comedor diario con mantel cuadriculado a la espera de que Lourdes nos traiga tostadas y chocolatada. Solo con Johana y Ariana hablo de que Guido Moscovich se casó con la hija de otro rabino, ¿habrá tenido un fetiche por las chicas de mi especie?

Pasamos revista de otra gente de la sinagoga y me reconforta saber que esos personajes de nuestra infancia siguen existiendo. En medio del relato, veo entrar al restaurante a Martín Perelman. Aunque nuestros padres siguen siendo amigos, el vínculo entre nosotros se perdió por completo. Me quedo mirándolo igual que cuando bajaba las escaleras de su casa con la remera de GAP todo perfumado y no tenemos forma de escaparle al saludo, que se convierte en un abrazo exagerado.

—Tantos años…

—Tanto tiempo…

—¡Qué lindo verte!

Es la primera vez que nos vemos en un contexto fuera de la sinagoga o de la casa de nuestros padres. Con las mellizas seguimos charlando sin parar hasta que él interrumpe para saludarnos antes

de irse. Cuando llego a mi casa y abro la computadora, tengo un mensaje que dice: "Me gustó verte". Lo invito y a la media hora toca el timbre. No hace ningún comentario sobre el cuadro de Frida, ni sobre los muebles usados, ni sobre los libros. Se abalanza sobre mí y me tira en el sillón, lo cual lo hace ver bastante torpe. Lo freno y le ofrezco un porro. Él se sorprende como si estuviera viendo un arma calibre 22.

—¡Wow! ¿Tu papá sabe que fumás porro?

Podía imaginarlo, y lo acabo de confirmar. Martín Perelman es un completo idiota. Pero entre el despecho por Guille y mi reivindicación de la infancia, ahí estamos: desnudos en la cama sin saber de qué hablar. Lo único que quiero es que se vaya para poder llamar a las mellizas y decirles que, al final, no nos perdimos de nada.

—¿Te bancás que te critiquen?

—Depende. Hace algunos años otro rabino planteó que me tenían que meter preso por apoyar la ley de matrimonio igualitario.

—Ah, me acuerdo… qué gracioso.

—A mí no me resulta tan gracioso. Lo que puede suceder con los sistemas de creencias es que reflejan los prejuicios de quienes los sostienen. En eso me incluyo. Los prejuicios son como corrientes ocultas. Mueven más de lo que uno imagina, empujan decisiones, forman certezas y rara vez se dejan ver del todo.

—Entonces no te bancás que te critiquen.

—No mucho, nena, no mucho.

Con mis papás y mi hermana nos despedimos creyendo que volveríamos a vernos en quince días.

—Esto es una pavada total —dice mi papá mientras me abraza.

Tengo miedo de tocarlo, pero él insiste en que esto es una exageración. Le pido que se compre un barbijo, y él hace con la mano que no lo moleste con tonterías. Hay una parte de mí que confía en él, como siempre, creyendo que tiene razón, que sabe cosas que otros no. A veces yo también pienso que él tiene alguna conexión con Dios, información de primera mano. A la semana siguiente, su percepción va a cambiar de manera radical.

—Esto va a ser muy jodido. Pero vamos a estar bien —me dice del otro lado de la pantalla del celular, mientras lloro angustiada, pensando que vamos a morir—. En principio, hoy no tengo que ir a la sinagoga y estoy muy contento por eso.

Por primera vez, manifiesta su incipiente hastío de ir a la sinagoga. ¿Será la pandemia el principio del fin de su rabinato?

—Prometeme que no vas a hacer nada. Que te vas a quedar en tu casa —le imploro.

—Quedate tranquila.

—¿Y si le pasa algo a alguien de Beit Iacov?

—Ya vamos a ver, hijita, quedate tranquila —reitera.

Pero con él eso es imposible. Sé que va a priorizar a la comunidad.

—¿Viste el video? Estuve bien en mandarlo, ¿no? —me pregunta.

—Sí, pa, estuviste genial.

—La gente necesita un mensaje que le dé calma.

—Sí, estuviste bárbaro.

No vi ese video, pero ya sé lo que tengo que responderle para que él esté contento. El video se lo había editado Lema, mi novio.

Nos conocimos dos años antes. Me esperaba sentado en la mesa de un bar, a finales de otoño. Apenas me senté, su sonrisa me cautivó. Me enteré ahí mismo de que Lema —así se hace llamar— era el apócope de su apellido, Lemansky; o sea que el chico con el que interactuaba desde hacía varios meses por Twitter era judío. Me dio bronca al principio. Hubiera querido la otra versión, darle ese disgusto a la comunidad; pero, como me dijo una vez Sarita Kopelman con una sabiduría que vaya a saber de dónde sacó: "La sangre no es agua".

Había estudiado Cine y se ganaba la vida siendo camarógrafo. Me contó, en esos primeros minutos en los que todavía nos estábamos aclimatando mientras le dábamos tímidos sorbos a la cerveza, que para pagarse la facultad había trabajado filmando eventos sociales:

—"Socialero" —me dijo—. Filmaba casamientos y *bar mitzvá*.

Me reí con la ocurrencia y sentí nuestra primera conexión. Le conté que de chica acompañaba a mi papá a los casamientos y que él odiaba a los camarógrafos y a los fotógrafos. En chiste, le pedí perdón por si en alguna ocasión lo pudo haber maltratado. Una vez más, en menos de diez minutos de cita, hablé de mi papá. Él me dijo que había filmado ceremonias en Beit Iacov, pero que no recordaba al rabino, había trabajado en tantas sinagogas que no distinguía a uno de otro. No me preguntó nada más al respecto, no le interesó ni siquiera recordar su nombre.

Cuando Lema se levantó para ir a pedir la segunda cerveza y atiné a agarrar mi celular para contarle a alguna de mis amigas que la cita estaba saliendo muy bien, mi cartera no estaba. Me quedé paralizada porque los planes acababan de cambiar de un segundo para el otro. Lema volvió con la cerveza, pero tuvimos que dejarla. Salimos corriendo en busca de un taxi. Las únicas personas que tenían un juego extra de llaves de mi casa eran mis papás. Era la una de la mañana y ellos, seguramente, dormían, pero no tenía otra opción. Hubiera querido llamar a mi hermana, que todavía vivía ahí, pero no sabía su teléfono de memoria. El único que recordaba era el de mi papá. Empecé a llamarlo desde el celular de Lema una cantidad importante de veces hasta que me atendió.

—Estoy bien. Solo que me robaron la cartera y necesito las llaves de mi casa.

Bajó en pijama. Lo esperé en la calle.

—¿Quién es?

—Uno —respondí—. Todo bien, es judío.

Después de hacer las denuncias y cambiar las contraseñas, nos dimos el primer beso de nuestras vidas. Supe que no nos íbamos a separar más.

Ahora, en pandemia, llevamos un año de convivencia y Lema ayuda a mi papá con la edición de una especie de prédica que hizo circular por WhatsApp entre los congregantes de Beit Iacov. Todavía no queda muy claro cuál es el panorama del mundo frente a ese pequeño bicho llamado covid, pero, entre tanta incertidumbre, el mensaje del rabino trae cierta tranquilidad a los feligreses, que lo reenvían como si fuera el de un infectólogo.

A las pocas semanas del encierro, mi papá adquiere un nivel de paranoia absoluto mientras que, en paralelo, le toma el gusto a estar encerrado en su casa.

La actividad comunitaria, como la mayoría de las cosas, se traslada a la virtualidad. Mi papá da varios cursos a los que asisten centenas de personas, no solo de Beit Iacov. Lo escuchan académicos, amigos y feligreses dispersos por el mundo, y eso lo entusiasma. Se compra unos auriculares con micrófono que le tapan media boca —parece un trabajador de un call center—; mi hermana le arma sus powerpoints y, desde la otra punta de la ciudad, Pedro Cagliero oficia de asistente virtual. Pedro es un joven que se convirtió para casarse con una chica de la sinagoga, y se involucró tanto con el judaísmo, y en particular con mi papá, que parece un muchacho nacido en algún pueblo del este europeo.

—Pedro, pasamos de "slait" —dice cada vez y Pedro cambia la filmina.

Yo participo en algunas de sus clases. A él le encanta cuando me ve entre los cuadraditos de la pantalla y dice:

—Ahora que está mi hija, podemos empezar.

Veo las sonrisas en las caras cuando me encuentran en el cuadradito del Zoom y escucho que Rosita Zuker le dice al marido, porque no sabe mutearse:

—Ahí está la hija del rabino, la del buzo rojo, ¿ves?

Los servicios religiosos siguen por ahora suspendidos, así como las cenas de *shabat*.

Mi mamá también le agarra cierto gusto a estar encerrada. Dos años atrás se había jubilado como directora de la escuela, entonces retoma su pasión olvidada de mujeres y Biblia y empieza a dictar

clases virtuales a un grupo de señoras de la sinagoga, igual que cuando yo era chica, pero esta vez soy una más de las asistentes.

Hay algo del encierro, de la distancia con mi familia, que me une al judaísmo de una manera extraña, como si la situación apocalíptica me conectara con mis sentimientos más primarios, con mi hilo dorado.

El primer muerto de la comunidad por covid es Moti Kleiman, de Kleiman Propiedades. Le hago jurar a mi papá que no va a ir al entierro y él me promete que no lo hará, que va a acompañar a la familia de forma remota. Después me va a contar cómo es la metodología. Una vez en el cementerio, algún pariente cercano del fallecido le hace una videollamada y él dirige la ceremonia por teléfono. A eso se le suma que cada semana tiene otra videollamada por alguna *shivá*, el período de siete días de rezo posterior al fallecimiento de alguien. Yo misma participo del que se hace por el abuelo de las mellizas. Es extraño recitar el *kadish* por Zoom, muteada desde la misma silla en la que hace un rato escribí un artículo o en la que en breve voy a cenar.

Después de haber convivido más de un año con la pandemia y cuando las vacunas comienzan a estar en el horizonte, un fin de semana me cuesta dejar de dormir. Es un cansancio raro, como nunca antes había tenido. Empiezo a sospechar y las dos rayas rosas que veo en la tira del test de embarazo que compré son implacables.

Según las reglas de nuestra tradición, con Lema concebimos en pecado. Esa es, quizás, la última cuota de rebeldía que me queda. Estoy en pareja con un chico judío, sí, pero había decidido no casarme. Y no porque no quisiera o porque Lema no fuera la persona indicada. Necesito que Sarita Kopelman se siga

escandalizando como lo hizo, porque, apenas se entere de la noticia —todo Beit Iacov lo sabrá en una milésima de segundo—, llamará a mi papá para felicitarlo y para preguntarle por qué no me había casado. Le dice que en la sinagoga circula el rumor de que Lema es *goy*.

Aunque ya debe rondar los ochenta años, ella todavía se interesa por mí y, a decir verdad, yo, a punto de atravesar el giro más importante de mi existencia, sigo queriendo que mi vida le importe.

—Yo no quiero que todos piensen como yo, ni tampoco que todos sean judíos. No soy un misionero. Quiero que cada persona tenga la gracia de ser como es. Porque intentar que sean como yo sería imponer una condición absolutamente autoritaria. Además, sería bastante aburrido. Imaginate un mundo lleno de gente igual a uno mismo. Sería una conversación interminable con el espejo. La tradición judía es, en el fondo, un debate permanente. No está construida sobre una única voz, sino sobre múltiples ecos de preguntas, desacuerdos e interpretaciones.

—Igual admití que te gusta tener razón.

—Obvio. Como a todo el mundo. No soy una entidad espiritual etérea. Pero sabés… con los años aprendí algo: tener razón no siempre es lo central. Lo que vale es seguir debatiendo.

Por primera vez, un viernes al atardecer, mi papá lleva el celular a la sinagoga. Lo enciende ni bien termina la ceremonia, después de caminar una cuadra por nuestro hilo dorado. Puedo figurarme su cara, su expresión de alegría, sus ojos achinados iguales que los míos, iguales que los de su nieta, que acaba de nacer. Sé que un día como hoy no le importa el *shabat* porque, apenas vuelve a la casa, después de abrazarse con mi mamá y con mi hermana, empieza a mandarles las fotos de la bebé a todos los feligreses de Beit Iacov. Al instante me llegan todas las felicitaciones a mí.

Las contracciones habían comenzado cinco días antes. Era domingo por la noche, casi de madrugada, y una punzada aguda me perforaba. Pegué un grito y entré al baño pensando que rompería bolsa, que íbamos a tener que salir corriendo, subirnos al taxi y sacar un pañuelo blanco por la ventana para que nos abrieran camino. Desesperada, le grité a Lema, que llegó agitado, entró al baño y yo, sentada en el inodoro, al borde del colapso, del llanto, del ataque de pánico, le dije:

—Voy a parir.

Me apoyé en su hombro hasta que la contracción se disipó. Nos acostamos en la cama y contamos el tiempo que pasaba entre una y otra. En ese trance, nos quedamos dormidos de la mano.

A las nueve de la mañana del viernes 22 de octubre de 2021, llamé al obstetra, rompiendo con los protocolos que me habían

indicado y le dije:

—No puedo más.

Llevaba demasiados días dolorida. Del otro lado del teléfono, con solo escuchar mi voz, me sugirió que fuera a verlo. Subimos al auto y llegamos a la clínica. No podía estar ni siquiera sentada. El doctor me revisó y, sin titubear, me dijo:

—A eso de las siete y media de la tarde va a nacer.

En medio del shock, lo único en lo que pensaba era que mi hija iba a nacer apenas empezara el *shabat*.

Ingresé a la antesala de parto a las dos de la tarde y, tal como había anticipado el obstetra, mi hija nace a las 19:45 del viernes, en pleno *shabat.* Imagino que, al momento de parir, mi papá está cantando el "Leja dodí", la canción que le da la bienvenida al día sagrado de la semana y me gusta pensar que también le da la bienvenida a ella. Como madre judía en la que me convertí al momento en que mi hija salió de mi útero, y después de mirarnos fijo a los ojos por unos segundos por primera vez en nuestras vidas, pregunté:

—¿No tiene que llorar? ¿Qué pasa que no llora?

Y ella, que ya llevaba nueve meses dentro de mí, me regala su llanto para que yo deje de preocuparme al menos por esos segundos; y con su llanto llegan el mío y el de Lema; es en ese instante en el que me enamoro perdidamente de esa beba.

Mi papá ve a mi hija dos días después de su nacimiento, cuando volvemos a nuestra casa. Aún es época de pandemia y en la clínica no dejan recibir visitas. Con un barbijo en la boca, lo veo aterrado. Mi mamá y mi hermana se tiran encima, la sostienen, la besan, lloran. En cambio, él se queda a cinco metros de distancia.

El primer regalo que nos hacen es una cuna plegable firmada por "los del grupo de estudio de Torá de los miércoles". Después, el bebe-sit, una sillita hamaca que rebota sola, de "familias Roitman, Koplinsky, Saltzman". La silla para comer —¿cuánto falta para que la pueda usar?— ya la tengo gracias a los Salesky; el piso de goma eva de parte de "las chicas bíblicas" —el grupo de mujeres con el que compartíamos las clases de mi mamá en pandemia—; el gimnasio para bebés de "familia Goransky"; muñecos —unos diez—; libros —unos quince—; conjuntos de ropa —unos veinte—. Sábanas para la cuna de parte de los Mauas, que tienen negocio en Flores. Mi papá me pasará cada contacto, al que agradeceré uno por uno. La nieta del rabino es coronada con el ajuar de toda la comunidad. Sarita Kopelman tejió un conejito de crochet: "Es un muñeco de apego", dice en la tarjeta. Aún no tengo idea de qué es eso, pero un tiempo después será el único muñeco con el que mi hija logrará dormir, "el conejo Sarita".

Mi papá viene a visitarnos a diario, siempre a media mañana, a tomar mate. Le ofrezco que la sostenga, pero no se anima.

Una de esas mañanas, Lema no está y yo necesito bañarme. Intento dejarla en la cuna, pero el llanto nos aturde, así que, sin preguntarle, la apoyo en su pecho. Él se acomoda la barba hacia un costado y ella se acurruca con su abuelo hasta encontrar, en pocos segundos, la posición perfecta. La mira y sonríe. Esa foto la tengo impresa.

—Bueno, basta de hablar de Dios.

—Por fin, hija. Dejame de hinchar un poco las pelotas con Dios.

—¿Un rabino se jubila?

—Sí y no. Como en cualquier oficio, un rabino deja un cargo, pero no deja de ser quien es. Seguramente eso no se apaga de un día para otro como si apretases un botón.

— ¿O sea que no vas a hacer un taller de alfarería o transplantar esquejes?

—Andá a saber. Aunque creo que me va a ser difícil abandonar lo que hice durante la vida activa. Con los años, mi oficio moldeó mi manera de mirar el mundo.

Llevo a mi hija por primera vez a la sinagoga. Me tomé mi tiempo: acaba de cumplir un año. Es un viernes, *shabat*. Apenas nos distinguen, se abalanzan.

—¡A verla, mirá qué divina que es!

—Felicitaciones, es preciosa.

—¡Mirá esa sonrisa!

—Como decía mi abuela: que sea siempre con salud.

Se arma una especie de ronda alrededor de nosotras y no podemos avanzar ni un paso. Veo a lo lejos a alguien que me hace señas con un bastón. Me cuesta distinguirla por mi miopía y porque ya está grande, pero ese animal print es imposible de confundir. Sarita Kopelman no puede caminar.

—Es igual a tu papá —me dice—. Le falta la barba y ya puede predicar.

Me río con el cumplido porque de verdad es la única persona en el mundo que, hasta ahora, cree que mi hija es igual a él.

—El fruto no cae lejos del árbol —repite una vez más.

—El fruto no cae lejos del árbol, Sarita —contesto y asiento con la cabeza.

Le da un beso a mi hija en el cachete y se lo llena de labial. Pero no se lo limpio. Me alegra que Sarita haya podido conocerla porque me reconforta poder contarle a mi hija, en el futuro, que tuvo el

privilegio de saludar a esa mujer que es y será una leyenda dentro de la sinagoga.

La puertita al costado del púlpito se abre. Mi papá se asoma con paso lento. En una mano tiene las hojas de la prédica; en la otra, los anteojos para leer de cerca. Apenas se para en el púlpito, se escucha un grito:

—¡El *zeide*!

Mi hija ya dice unas cuantas palabras. Entonces, frente a su congregación, mi papá avisa por el micrófono:

—No sé si hay alguno en esta comunidad que aún no sabe. Por las dudas lo cuento: soy abuelo y la que grita es mi nieta. A ella la dejo gritar todo lo que quiera.

Me río porque me pasé la vida preocupada cada viernes por si algún bebé lloraba y por cómo eso lo afectaba. Pero ahora, con su nieta, parece haber renunciado a esa batalla.

Un mes después, mi hija empezará el jardín ahí mismo. ¿En qué momento pasó? No solo tengo una hija, sino que está a punto de entrar a la escuela de la sinagoga. Las mellizas, que ya tienen dos hijos cada una, eligieron una escuela laica. Johana y Ariana se habían casado con buenos partidos, van a clubes judíos, pero no eligieron nuestra escuela. ¿Por qué yo sí? Pienso que ahora que tengo una hija solo me interesa que esté en un lugar seguro.

Las primeras semanas me instalaré para hacer la adaptación y me cruzaré con decenas de personas conocidas de cuando era adolescente, ahora devenidos en madres o padres, igual que yo. Algunos habían sido mis *madrijim*. Me causará gracia pensar que los veía con tanta admiración, casi sagrados para mí, y ahora son comerciantes, abogados, psicólogas, hablando de trapitos vomitados

y horas sin sueño. Se pondrán contentos de verme, me abrazarán, dirán que no pueden creer que sea madre. "Tu papá, feliz, ¿no?"; "era obligación que viniera a Beit Iacov, ¿no?"; "tu papá no debe poder creerlo, ¿no?"; y también: "Lo queremos mucho a tu papá"; "¿vos sabes que tu papá nos casó?"; "tu viejo nos ayudó mucho cuando mamá se enfermó".

Otra vez, mi respuesta llegará en forma de sonrisa, achinando los ojos. Les haré un reporte diario a las mellizas y los mensajes de voz siempre arrancarán igual.

—¡No saben quién me vino a saludar!

—Después de tantos años en el púlpito, ¿hay algún momento que todavía te emocione?

—Mirá, hay muchos momentos fuertes, pero si tengo que elegir uno, es el izkor, la oración en la que honramos a nuestros muertos y suele ser al mediodía de Iom Kipur, cuando ya llevamos horas de ayuno, sin comer ni tomar nada. El cuerpo empieza a pasar factura. Justamente ahí me toca dar una prédica. Y siempre hay un instante, apenas antes de hablar, en el que levanto la vista y miro a mi gente. Llegaron bien vestidos, arreglados, con esa dignidad que marca la fecha. Pero después de tantas horas de rezo se ve otra cosa. Caras cansadas, transpiración, cuerpos fatigados. Para mí es una imagen muy potente, porque muestra lo vulnerables que somos. Incluso los que parecen fuertes, seguros, poderosos, en ese momento están igual que todos.

Si lo que tendría que haber ocurrido era lo más parecido a un cumpleaños infantil, ahora estamos en un campo de batalla: se oyen gritos, algunos corren y al mal aliento se le suma la transpiración por los nervios. Mientras me repongo por el susto, me cuentan lo que saben. Los mismos médicos que minutos antes habían asistido a Claudio Birenbaum corrieron como en una maratón y, en cuestión de segundos, subieron al púlpito. A mi papá, tirado en el piso, le arrancaron la túnica y la remera, y lo dejaron en cueros para hacerle algunas maniobras que le salvaron la vida. Rápidamente, llamaron a la ambulancia y llegaron los médicos del SAME con una camilla para llevárselo.

Pienso, otra vez, que deberíamos estar sacando de abajo de las sillas el enorme botín que nos esperaba para el momento final. La sinagoga ya tendría que estar hecha una mugre por los envoltorios de papas fritas y palitos de queso tirados. La gente es sucia y desconsiderada.

Ya podríamos haber encendido los celulares para saber que son las ocho de la noche. Yo tendría que estar comiendo lo que me convidaran, porque a la familia del rabino siempre le acercan comida, como en una ofrenda. En este instante, ya me tendría que estar saludando con los del sector de la extensión. Con las mellizas ya deberíamos estar contándonos los chismes finales, como, por ejemplo, que se vio discutir a Sami Gutman con Shirly Kaplan. Shirly

es la ex del actual marido de Sami. Historia vieja, pero de esas que nunca terminan de cerrar. También que Maxi Barabander, que había sido nuestro *madrij*, está más lindo que otros años, y su esposa, más gorda y ojerosa, y que Sebastián Goldstein se separó de su mujer inglesa y vino con la hija a pasar las fiestas. Pero, lejos de eso, estoy acostada en el piso con las piernas para arriba, sostenidas por la mamá de Pablo Cohen, mientras apoyo la cabeza en Susana Abadi, que me da unos *kakes* muy salados para que me termine de recomponer.

Elio Markevich, el presidente actual de la sinagoga, se acerca a decirme que mi papá ya llegó a la clínica Zabala y que lo están asistiendo. Me dice que, si no me molesta, lo va anunciar desde el púlpito para calmar los ánimos. Hago que sí con la cabeza, no puedo hablar. Busco a mi hermana y veo que la contienen los Silberstein; mi mamá, me cuentan, se fue en la ambulancia con él. Los Abramov, los mismos que veinte años antes me habían llevado a buscarlo al aeropuerto cuando había muerto mi abuela, se ofrecen a alcanzarnos a mi hermana y a mí a la clínica. Mientras caminamos hacia la salida de la sinagoga, escucho, a través de los parlantes, el final de las palabras de Elio Markevich.

—... Y les pedimos por favor que nadie se acerque a la clínica. Nuestro querido rabino y su familia necesitan estar tranquilos en este momento.

También consigo ver desde lejos la toga blanca en el suelo, hecha trizas, pero no me da la fuerza para ir a buscarla. Ojalá que Derlis o alguno de los muchachos de maestranza la rescate.

En el viaje en auto no paro de llorar. Antes le cuento a Lema y agradezco que se haya quedado en casa con nuestra hija. No puedo

ni pensar cómo hubiera sido que ella viera a su abuelo caerse en medio de la ceremonia frente a toda la congregación. Mi hermana está dura y consigue tranquilizarme. Aunque le llevo ocho años, en circunstancias como estas yo parezco la menor. La unidad coronaria queda en el tercer piso y nos encontramos con mi mamá, que está sentada en un sillón acompañada por los Perelman. Me ve desfigurada y me ataja:

—A papi le están poniendo un stent.

Eduardo Perelman pronuncia la palabra "infarto" y yo me tengo que sentar en el piso porque otra vez me baja la presión. Mi papá no pudo haber tenido un infarto, no. Eso les pasa a los congregantes, al resto de la humanidad. No a él. Un enfermero aparece con un vaso de Coca-Cola. Es verdad que te salva del desmayo, como les decía Estelita Eidelstein a todas las novias. Hay otras personas que están en esa sala de espera y siento que me miran mal. Quiero explicarles que mi papá no es como cualquiera de los otros pacientes. Es un rabino, es alguien conectado con Dios, deberían estar contentos de que sus familiares con problemas cardíacos estén compartiendo el espacio con un rabino. Qué tonterías estoy pensando. Estoy realmente muy nerviosa, una sensación que jamás sentí en mi vida. Pienso que mi papá está completamente inconsciente, en manos de otros que le están salvando la vida. ¿Se la salvarán o este es el final? ¿Así se va a morir, como un rockstar en el escenario del templo? ¿Ese es el destino que le tenía preparado el Dios al que le rezó toda su vida, al que le rezamos toda nuestra vida? Imagino hacer alguna promesa. Si se salva, vuelvo a comer *kosher*; si se salva, vuelvo a respetar el *shabat*; si se salva, no vuelvo a hablar mal de nadie de Beit Iacov. Por suerte, no me decido por ninguna y aparece un

médico, se presenta. Apellido, Gavlonsky; es judío, pienso, y sé que mi mamá se habrá puesto contenta de que lo haya operado un médico judío. Nos dice que salió todo bien, que ahora hay que tener paciencia y ver cómo evoluciona. Sé que tenemos que estar contentas porque supuestamente está controlado, pero es difícil lo que pide el médico para alguien tan ansioso como yo. Preguntamos si podemos verlo. Gavlonsky sugiere que lo haga solo una persona y, por supuesto, es mi mamá.

Con mi hermana decidimos irnos. No tenemos nada más que hacer ahí. Nos despedimos rápido. Aunque Elio Markevich pidió que nadie viniera a la clínica, cuando salimos, ya de madrugada, me encuentro con varias familias que están haciendo una especie de guardia. Saludo con la mano, no quiero hablar con nadie, pero, lejos de parecerme desubicados, que estén ahí como ángeles protectores me produce tranquilidad. Mi papá siempre estuvo para ellos y ahora ellos están ahí para él.

Durante dos días, sigue en unidad coronaria. Nos turnamos para visitarlo. La única vez que fui, estaba durmiendo y eso me angustió aún más. Prefiero verlo por las fotos que envían mi mamá o mi hermana cuando lo encuentran despierto. Felisa, la secretaria, escribe un mail diario a todos los socios de la comunidad para dar el parte médico; eso hace que nosotras no recibamos tantos mensajes preguntando por su salud. Pero, al tercer día, llueven los saludos porque lo pasarán a una habitación individual. Ya está fuera de peligro, dice Gavlosnky.

Al día siguiente, me toca relevar a mi hermana después del mediodía. En el hall de entrada, detrás de un pequeño mostrador que le llega a la altura del pecho, una recepcionista, que podría ser

de un restaurante o de un hotel, busca mi apellido en el listado. Todavía fantaseo con que diga que no, que no hay nadie con mi apellido, que todo es una gran confusión.

—Habitación 806 —dice sin ninguna expresión.

Entro al ascensor y salgo perdida en el octavo piso. No entiendo las flechas, parece un laberinto. Me cruzo con un enfermero y le pido que me oriente.

—Ahí, ¿no ves?

No, no veo nada y agradecería un poco más de amabilidad, aunque ni me gasto en contestarle. No toco la puerta, entro directamente y me choco con mi hermana. Tiene una remera de manga corta que deja entrever en su brazo derecho el tallo de una flor. Todavía no puedo creer que se haya tatuado. Para los judíos está prohibido hacerlo, y más para la hija de un rabino. Pero me da orgullo que lo haya hecho, que mi hermana no solo siga mi legado, sino que me supere en provocaciones como esta. Las ventajas de ser la menor, supongo.

Veo los pies de mi papá, que sobresalen por el borde de la cama, y su lunar en la planta del pie izquierdo, ese que toda la vida me había hecho creer que podía borrarse con una esponja húmeda. Las cortinas entreabiertas por las que apenas entra un rayo de luz iluminan su cuerpo. Con camisolín, una sonda que sale de su brazo izquierdo y cuatro ventosas que lo conectan a un aparato que controla los latidos, mira el techo.

—Hola, pa.

No me devuelve el saludo y sigo parada casi sin poder moverme. Me limpio las manos sudorosas en el jean.

—Pasame los anteojos —me dice.

Me quedo mirando fijo cómo la sonda va desde su brazo hasta la bolsita de suero. Sus ojos verdes están vidriosos.

—¿Cómo te sentís?

—Nunca estuve mejor.

Agarra el control remoto que está adherido a la cama, aprieta un botón y comienza a inclinarse. Me mira y sonríe.

—Le voy a decir a mami que compremos una cama así para casa. Es buenísima.

Veo que no pierde el humor ni siquiera en este estado. Termina de acomodarse hasta quedar casi sentado y escuchamos el golpe de la puerta.

—Permiso, rabino… —dice una enfermera.

¿Ya? ¿Rabino? Me pregunto si a un paciente ingeniero la enfermera le diría "permiso, ingeniero" o si a un abogado, "permiso, doctor". Intuyo que no. Pero ser rabino, incluso en la cama de una clínica, posinfarto, incluso así, no pasa desapercibido. Quiero explicarle a la enfermera que esa barba larga y blanca que hace algunos años se dejó crecer no significa que sea ortodoxo. Cree que le queda canchera, que así parece un filósofo europeo o un gran intelectual. Quiero explicarle a la enfermera que es rabino, sí, pero que es considerado un díscolo dentro de la comunidad. Que come *kosher* y no viaja en *shabat*, pero que sus hijas no fueron a una secundaria judía, que se deleitan con jamón, que salen los viernes a la noche, que tuvieron contacto con pitos no circuncidados, que la menor se hizo un tatuaje. Pero qué le importa a la enfermera todo esto, qué le importan mis mambos. La mujer le toma la fiebre y la presión, y le dice que está bien.

Por primera vez, mi papá no puede decidir nada por sí mismo. No puede irse corriendo como hizo toda su vida. No hay presidente de la comunidad secuestrado por una banda de ladrones brasileños, no hay feligrés agonizando, ni entierro del primo del tío del abuelo de Bronstein. Tampoco puede ir a casar al hijo menor de los Ackerman, el último del clan. Por primera vez en la vida, la emergencia es él.

Mientras sigue jugando con el control de la cama hasta encontrar la posición más cómoda, arrastro el sillón de ecocuero marrón de un solo cuerpo hasta quedar lo más pegada a él. Le doy la mano. Me pongo a llorar.

—Tuve mucho miedo, pa.

—Tranquila, mi amor.

—Te podrías haber muerto —digo, y se produce un silencio.

—A la muerte hay que ganársela.

—¿Cómo?

—Eso. A la muerte hay que ganársela. No ganarle. Ganársela.

Me seco las lágrimas. Me levanto rápido del sillón y busco el celular en mi cartera. Mando un mensaje a mi mamá y a mi hermana, les aviso que él está bien y que voy a poner el teléfono en modo avión, que no se asusten. Hago lo mismo con Lema. Me vuelvo a sentar y abro la aplicación de grabador.

—De nuevo, pa.

—¿Me vas a entrevistar? Es buena idea, por si son mis últimas palabras…

—Ay, papá, qué pelotudo. Dale, repetí lo anterior. Lo de que a la muerte hay que ganársela. Está bueno.

—Sí, viste, tu papá, incluso así, por morir, es inteligente. Y humilde, ja ja…

No le respondo. Se saca los anteojos y me mira fijo. Chequeo que la grabación siga en curso. Por primera vez, voy a entrevistarlo. No puede haber fallas técnicas.

—Dale, pa, lo de la muerte.

Agradecimientos

Gracias a las lecturas, los comentarios y hasta las más mínimas observaciones de Dany, Norma y Edna Goldman, Vera Giaconi, Dana Madera, Florencia Gómez García, Yanina Gómez Cernadas, Ana Iriarte, Natalia Millán, Luciana Czudnowski, Marina Mariasch, Magalí Etchebarne, María Eva Álvarez, Pedro Mairal, Magalí Druscovich, Anabella Pecheny, Camila Romano, Agustina Romano, Natan Sonis, Laura Mazzini.

Gracias, Andy, por el amor, por acompañarme.

Gracias, Halina, por tu existencia.



Una niña crece en el centro de una escena que no eligió: ser la hija del rabino. Desde la primera fila de la sinagoga, entre rezos, chismes, jerarquías y rituales, aprende a mirar con una mezcla de fascinación y distancia el mundo que la formó. A lo largo de los años intenta correrse de ese rol que la define, y se debate entre la devoción y la rebeldía. Pero la comunidad, la familia y, sobre todo, la figura de su padre, magnético al mismo tiempo que contradictorio, la devuelven una y otra vez al origen de las preguntas, al lugar que la convirtió en escritora. Sin solemnidad, con mucho humor y ternura, Tali Goldman construyó el retrato de un mundo que, de tan cercano, por momentos le resulta tortuoso. Una historia singular de la vida comunitaria y sobre la relación compleja, absolutamente afectuosa y a veces también asfixiante entre un padre y una hija.



TALI GOLDMAN

(Buenos Aires, 1987) es periodista, licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires y magíster en Escritura Creativa por la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Actualmente, escribe crónicas en la revista mexicana *Gatopardo*. Es autora de *La marea sindical*, con el que ganó el premio de la escuela de periodismo Taller Escuela Agencia (TEA), y del libro de cuentos *Larga distancia*, que recibió una mención especial en los premios nacionales 2022 del Ministerio de Cultura de la Nación. Participó con un perfil de Diego Maradona en *Ídolos*, editado por Leila Guerriero. En 2024 publicó *Cómo se puede querer tanto a alguien*, distinguido en el concurso por los diez años de La Agenda. En 2021 obtuvo una beca del Fondo Nacional de las Artes para escribir *La hija del rabino*.

Foto de la autora: © Alejandra López

Goldman, Tali
La hija del rabino / Tali Goldman. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2026.
(Ficción)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-780-644-1

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

Edición en formato digital: octubre de 2026
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-987-780-644-1

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**
TikTok: **penguinlibrosar**
X: **penguinlibrosar**

Índice

La hija del rabino
Dedicatoria
Epígrafe
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos